

PQ
6670
D4
C3
1993
Main

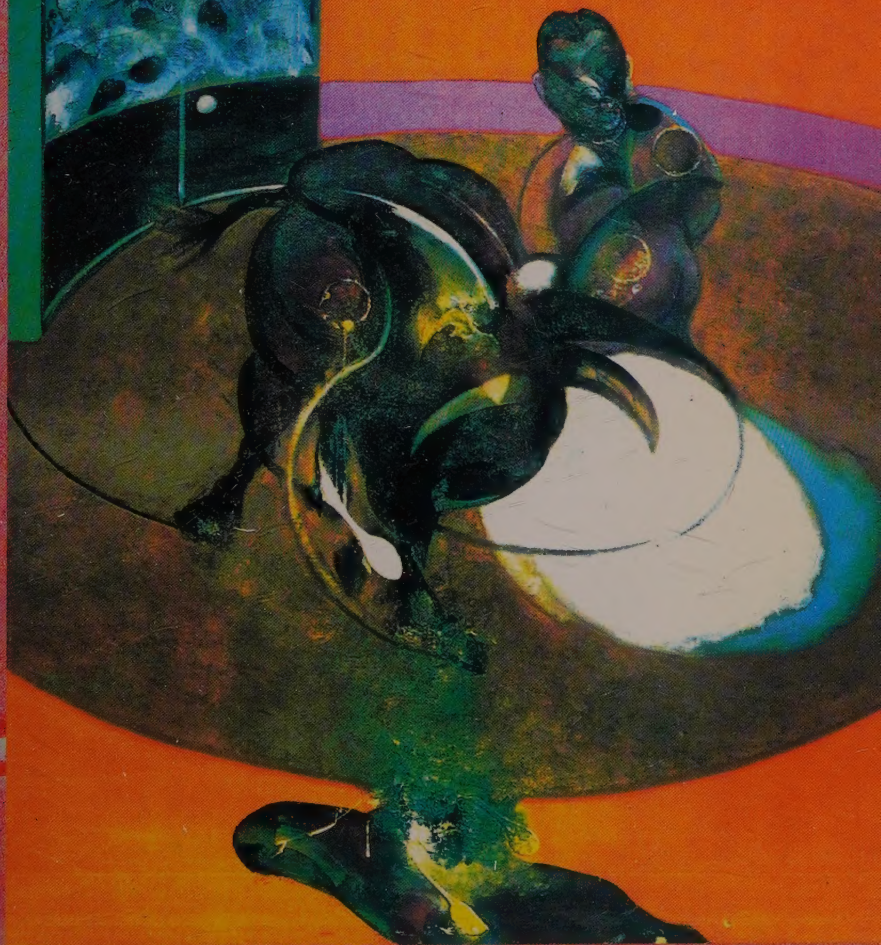
UNIVERSITY OF ARIZONA



39001033013726

cazador

Javier Tomeo



MIRA
editores

Javier Tomeo

el cazador

Prólogo de Ramón Acín

ANDA

6068261

Javier Tomeo

el cazador

Prólogo de Ramón Acín

PQ

6670

04

03

1993

MAIN

MIRA
editores

- © Javier Tomeo
© Del prólogo: Ramón Acín
© MIRA EDITORES, S. A.

I.S.B.N.: 84-86778-95-6

Depósito legal. Z. 1.645 — 1993

Ilustración de cubierta: Francis Bacon

Fondo de cubierta: Bizén Ibarra

Fotografía del autor: Rogelio Allepuz

Ciudad y diseño de la edición: Félix Romeo Pescador

Imprime:

Coop. de Artes Gráficas
LIBRERIA GENERAL
Pedro Cerbuna, 23
50009 Zaragoza

Edita:

MIRA EDITORES, S. A.
Hermanos Gimeno Vizarra, 19-21
Teléfono 27 55 34
50007 Zaragoza

LOS OCULTOS DEMONIOS DE LA FIEBRE

Ramón Acín

I

*Escasos son los escritores que como Javier Tomeo (Quicena, Huesca, 1931) se han mantenido, a lo largo de su trayectoria literaria, tan fieles a los esquemas y principios que dieron lugar a sus inicios creativos. Ciertamente, pocos hay como él que hayan hecho de una reiteración tan continuada en temas y métodos narrativos –con las ramificaciones y variantes pertinentes que sólo una mente segura de lo que escribe puede conseguir– el signo de su autenticidad como muy bien dice Rafael Conte¹, además de evitar el peligro del cansancio lector. La extensa e intensa producción del oscense lo confirma. Desde *El cazador* en 1967, piedra de toque y germen creativo a la par que temático de toda su producción posterior, hasta la reciente *Zoopatías y zoofilias* editada por Mondadori (1993), el lector camina, sin miedos y sin monotonía, por un mundo conocido que, aunque con variantes, siempre está interrelacionado.*

II

*No eran tiempos de bonanza, ni literaria ni social, en aquella España de finales de los sesenta para que un Javier Tomeo tintado por el absurdo, tendente a la parábola y al símbolo y, entre otros aspectos también reseñables, tocado por una especie de surrealismo buñueliano, accediese fácilmente al conocimiento y fervor del público. *El cazador* (Ediciones Marte, febrero, 1967) apenas levantó un par de comentarios críticos pese a que suponía claramente una vía «nueva» y llena de posibilidades temáticas dentro*

1 El País. 28-I-1990.

*del cansino y ya desorientado panorama narrativo español*² y, a pesar, de la bocanada de aire fresco que conllevaba la sugestiva e inusual, hasta el momento, mezcla de humor, fantasía, lógica en el absurdo y reflexión, condimentadas con pequeños toques, apenas entrevistos y generalmente simbólicos, de la realidad cotidiana.

Eran tiempos en que la vida andaba revuelta y la acción primaba sobre cualquier otra posibilidad de visión y conocimiento. Por ello, los tratamientos alegóricos de Tomeo no congeniaron en nada con el realismo imperante, totalmente inclinado a la obligada «catarsis» y a la oposición –literaria y social– contra el sistema dictatorial de Franco. El cazador surgió, pues, a contracorriente e incluso fue vista como un escapismo en aquellos momentos de literatura comprometida, por más que sus temas de fondo –incomunicación, soledad, tratamiento del individuo...– hundiesen, profunda y claramente, su raíz en problemáticas de interés tanto social como humano, alejándose de la superficialidad de escaparate que puede conllevar todo posicionamiento tendente a lo vocinglero. sin prestar atención a su nulo éxito, Javier Tomeo siguió insistiendo con suprema tozudez en su mundo, temas y estilo mediante un guadianesco e intermitente rosario de propuestas narrativas (Ceguera al azul, 1969; El unicornio, 1971; Los enemigos, 1974...) que finalmente, durante la década de los ochenta, le ha llevado al triunfo y al debido reconocimiento crítico y lector.

III

El cazador aparentemente encierra las peripecias que sufre el protagonista Julián, quien en la mañana de su treinta y cinco

2 «... una síntesis entre el expresionismo kafkiano y el hiperrealismo irónico de la escuela del absurdo» matiza certeramente Ignacio Soldevila en *La novela desde 1936* p. 376. Madrid, Alhambra, 1980.

cumpleaños toma la decisión de «no volver a salir nunca más de su cuarto». Se trata, como ya es habitual ahora en las creaciones del aragonés, de una explotación narrativa de la anécdota tocada por el absurdo³ que, a lo largo de su intrigante transcurrir, irá generando mediante su ramificación constante y la interconexión –asimismo constante– de esta ramificación, un complejo alud de situaciones igualmente absurdas o, cuando menos, extrañas. Nada más comenzar la lectura, lo cotidiano que nos rodea, sin perder su corporeidad, se anega de incoherencia generando sorpresa e indefensión. Es el punto de arranque de Tomeo, su trampa literaria: conseguir atrapar para después ir tejiendo su tela de araña mediante, entre otros elementos, el humor suave y la sencillez de estilo.

El absurdo ha sido lanzado. La anécdota inicial y generadora ha sucedido. comienza el estiramiento y la ramificación hasta el infinito, pero muy pronto este absurdo inicial va a teñirse de lógica y va a adquirir, hábilmente para la valoración de la obra, tintes de verosimilitud. En el caso de El cazador, es Julián –Julianito, en ocasiones; no perder de vista esta cariñosa y amigable propensión al diminutivo, tan usada, puesto que encierra abundantes guiños y explicaciones–, quien, con sus primeras palabras lanzadas hacia el lector, echa los cimientos:

"–Puesto que todos se oponen a mi triunfo –piensa– yo me retiro⁴"

es decir, desde los mismos inicios de la novela, existe una mínima posibilidad explicativa a tan extravagante decisión inicial. Pronto, pese a la también abundante y creciente incredulidad del lector con respecto a lo que se dice que hacen Julián o a lo que éste personalmente revela, se irán añadiendo nuevos argumentos como

3 La «fiebre» juega también un papel clave en la novela, al menos en esa relación Madre/hijo muy típica en la narrativa del oscense.

4 P. 7 *El cazador*. Ediciones Marte, Barcelona, 1967. Todas las citas, de ahora en adelante, relativas a la novela provienen de esta edición.

cansancio, pequeña locura momentánea⁵, sentimiento de fracaso⁶... y, como consecuencia, la explicable huida a un refugio propio, personal y, lógicamente, interior que, a la postre, encierra el libro, tanto desde la perspectiva psicológica como desde el acercamiento humano y social. Tomeo establece así un medido vaivén entre el absurdo y la verosimilitud, una confrontación/complementación tensada e intensificada lo máximo posible, pero que nunca suele extenderse más allá de los dominios clásicos del autor, es decir, de las cien páginas⁷. Y en ello consiste el esquema básico de la novela: un pensamiento de fracaso que conlleva una determinación infantil y simple –no se olvide la variante perspectivista filtrada, de manera constante e intensa, por la madre del protagonista–, lanzando en medio de una afiebrada ensoñación imaginativa –la habitación por arte de la fabulación desbocada, se convertirá en jardín, selva, etc.⁸–, da credibilidad a todo el absurdo torrente de circunstancias venideras que, además, se asientan en desarrollos totalmente lógicos y que, incluso, llegan a rizar el rizo –golpes de humor incluidos– de la lógica cuando se

5 «Eso te pasa por leer tanto» dice la madre. No debe caer en saco roto esta asociación lectura/locura y su evidente relación con *El Quijote*. Más adelante, Julián confirmará «soy un muchacho bastante culto que desde hace ya algunos años ha procurado encontrar en las más diversas lecturas *la felicidad que se le negaba y aún la fortaleza que le permitió resistir cotidianamente –hasta ayer– todo un cúmulo de circunstancias adversas...*» p. 46-47. El subrayado es nuestro.

6 «Por muy fracasado que uno sea...» p. 28; «He vivido y he fracasado», p. 140. Dos citas esclarecedoras, a principio y fin de la novela.

7 150 pp. en el pequeño formato de Ediciones Marte que, costumbre de la época y como sucederá en obras posteriores, por ejemplo *Ceguera al azul*, Tomeo tuvo que engrosar con nueve narraciones breves para llegar al mágico número 200 que parece ser el mínimo número de páginas considerado en la época.

8 «Todo consiste en saber emplear convenientemente la imaginación. Tampoco el hecho de encerrarse en este cuarto significa que tenga que renunciar a los horizontes y a las flores». p. 20.

desciende al detalle⁹ por estúpido o inocente que parezca. Añádanse también, entre otros aspectos, los dibujos, las operaciones matemáticas, canciones y onomatopeyas animales, auténticos apoyos «lógicos» para el lector en la asunción del absurdo¹⁰.

*Pero bajo esta apariencia y este grato juego con el absurdo, expuesto a pesar de todo con una gran transparencia mediante el estilo diáfano que busca agilizar la complicación ante tanta ramificación y ante tanta ida y venida en torno a una idea clave, Javier Tomeo hace discurrir auténticos temas cargados de tensión y de verdad y, por tanto, de reflejo de aquello que rodea y acontece al hombre actual. Sentimientos de angustia, fracaso, soledad, aislamiento, incomunicación, miedo... se esconden, como cargas de profundidad dispuestas a activarse al mínimo contacto, bajo el sedante ocultamiento del humor o de la suave sonrisa que, entre sorpresa y recelo, suelen acompañar en la lectura. Tomeo siempre ha huido, desde sus inicios con *El cazador*, de la radiografía plana y objetiva, mediante el uso de la alegoría, de lo parabólico, del símbolo –en general, el mundo animal, tan abundante– buscando, con la plurisignificación y la multivocidad, la posibilidad comunicativa. Piénsese en el porqué de las continuas y abundantes*

9 «–La lluvia –piensa entonces– cae de arriba abajo para que nos mojemos precisamente nosotros, los que estamos abajo. Si lloviese en sentido contrario, se mojarían ellos, los que están arriba, y la gente, por otra parte, *tendría que llevar el paraguas al revés...*» p. 22. El subrayado es nuestro.

10 Los dibujos insertados son la apoyatura lógica desde la esfera de lo *visual*; las operaciones matemáticas se configuran como los soportes relativos a la actividad *mental*; las onomatopeyas y canciones, por su precisión, actúan desde la perspectiva lógica de lo *auditivo*... Todo un trenzado y amplio haz de coordenadas, *sensitivo y mental*, en busca de la credibilidad de lo que se narra. No olvidar tampoco la abundancia de datos «científicos» (zoología) a la apoyaturas de corte bíblico. Ciencia y Palabra de Dios, dos verdades que pesan, desde la razón a la fe, en la mente del lector. En las orquestaciones argumentales de Tomeo nada sobra, por mucho que la innecesariedad o la gratuidad planeen. Todo encaja en aras de esa búsqueda justificativa frente a la fuerza del absurdo y del azar aparente que rodea la historia. El lector debe quedar atrapado en la trampa tendida.

adaptaciones teatrales hechas a partir de las novelas de Tomeo – aparece más diluido, menos frontal y, por supuesto, más placenteramente comunicado. Divertir y conmover, pues, se configuran como los quicios básicos del aragonés a lo largo de toda su narrativa. Divertir gracias al absurdo situacional cargado del pertinente caudal humorístico bajo el que se esconde, aparentemente, lo trágico de la vida. Conmover debido al marcado estigma con el que dota y se manifiestan sus personajes protagonistas.

Las criaturas de Javier Tomeo son antihéroes auténticos si se comparan con los esquemas de triunfo y éxito típicos desde las formas epopéyicas. Son antihéroes imposibilitados para cumplir su proyecto vital; seres dolientes que añoran mundos perdidos o bien mundos que jamás conocieron. Carecen de verdadera historia dada la anodina vida que portan y, ante el futuro que se les avecina, estallan al tiempo que comprenden la soledad en la que están incrustados. De tal asimilación nace el absurdo. Julián al tomar conciencia de «su realidad» decide enfrentarse a ella ejecutando un giro de 180° rompiendo con todos los convencionalismos en los que asienta su vida. De ahí que Julián se manifieste como el prototipo del fracasado (véase nota 6), víctima de la sinrazón de la existencia¹¹, atrapado en el inmisericorde paso del tiempo («El tiempo –piensa– es un tigre», p. 32; «la luz eléctrica no envejece», p. 20) y anegado por la soledad, la incomunicación¹² y los laberintos sin salida. Todo un símbolo en contacto con la realidad, de la misma forma que las historias que sustentan tales parábolas o alegorías de la realidad.

La infelicidad será, el sentimiento constante. Y si nos adentramos a conciencia en El cazador, observaremos que Julián

11 «¿Cómo encontrar –se pregunta– la fórmula matemática que nos permita comprender? Por qué ha de existir una reflexión perfecta, una idea clave que nos haga dueños de nuestro destino y que nos permita comprender...» p. 46.

12 «Frente a un mundo incomprensible –piensa–, lo mejor es hacer un lenguaje incomprensible». p. 29. «El mundo está lleno de tigres. Se los encuentra uno en todas partes: trabajando, cantando, bebiendo, soñando o bostezando en un banco público». p. 30.

*es un gran solitario; un ser aislado pese a vivir en sociedad*¹³ *y pese a contar con una familia: dos microcosmos vacíos y faltos de significado al no proporcionar el sedante de la acción –nunca nuestro protagonista ha sido nada en el trabajo en la oficina– ni el espiritual – por ejemplo: es un solterón que ha perdido toda esperanza*¹⁴. *Encerrarse, evitar el mundo, refugiarse en el interior surge como solución, algo muy propio del universo narrativo de Tomeo, de la misma forma que lo es también la continuada presencia de personajes «encarcelados» que habitan y transitan lugares cerrados, mostrando así, en el otoño de su existencia o en la ya avanzada edad, la disconformidad con el destino.*

En El cazador, tras la decisión de huida con la que se inicia el libro y que luego preside todo el desarrollo posterior de la historia, el protagonista se halla cercado por cuatro paredes, dominando sus doscientas cuarenta baldosas y contactando con el mundo mediante el sonido, una puerta atrancada y una ventana desde la que apenas puede observar el cielo. Espacios cerrados que conllevan la inacción y, por angustia, un intenso dramatismo. Reducir el espacio, acotarlo concuerda perfectamente con la opresión, la angustia existencial, la soledad, paralelos. Por un lado, está el mundo real, abierto a la incomunicación..., preocu-

13 Significativo es su lugar de trabajo en la oficina «empotrado contra la pared». p. 29.

14 La mujer siempre ha tenido función en las novelas de Tomeo pese a no poseer rango de protagonista. Basta acudir a la explorada y abundante relación Madre/hijo para observar, cuando menos, su importancia estructural (relaciones de dominio, dependencia o jerarquía, por ejemplo), pero adquiere mayor dimensión y calado si actúa por ausencia, ya que acrecienta la inmensa soledad que suele envolver a los protagonistas masculinos. Amore, incluso, la tímida variante física, pueden ir ensamblados con el solaz de espíritu, con la felicidad. La ausencia conlleva a lo contrario: la infelicidad. De ahí que Julián tienda a imaginar y afirmar: «Una mujer inventa –piensa– vale más que algunas de carne y hueso. Y no es difícil inventarlas» (p. 30), pero son retóricas, palabras que rezuman tristeza y, también, necesidad dada la inexistencia y la abstinencia derivada, algo que al final de la novela se confirma.

paciones temáticas claves del aragonés que, lógicamente, se manifiestan –al no existir la acción– en un mundo de palabras, un mundo de retórica propenso a la conjetura y a la probabilidad, descolgadas desde la imaginación desbocada. Son, por tanto, posibilidades de ser sin avanzar en la acción, posibilidades que se modifican continuamente. El cazador es un ejemplo manifiesto.

Esta inacción y este poder ser a través de la palabra permiten que el lector en El cazador atienda a dos mundos que corren paralelos. Por un lado, está el mundo real, enorme aunque apenas descrito, marcado por el tiempo; es decir, el exterior, el habitado por los personajes coadyuvantes; es un mundo entrevisto a través de las apostillas del narrador y a través de las borrosas palabras que, de tanto en tanto, nos llegan desde los personajes secundarios. Por otro lado, un mundo cerrado, reducido que tiende a un paralización del tiempo –significativa es la petición del reloj roto como símbolo claro de la necesidad de «inmovilizar» el tiempo–, habitado únicamente por Julián y en el que éste se configura como el Supremo Hacedor ya que puede transformarlo –selva, jardín...– al compás de la caprichosa y desbordada imaginación; es un mundo «irreal» dentro de la perspectiva que rige nuestra existencia pormenorizadamente descrito en sus detalles más nimios y dotado de unas apoyaturas totalmente lógicas (alud de conocimientos científicos, exposiciones lógicas a cada nuevo elemento de la trama...); es un mundo de un personaje «loco» que rehace «su» realidad. El lector es quien debe tomar partido en el ajustado «ping-pong» o confrontación, aunque al final –cuando la cuerda del argumento ya ha sido totalmente tensada– Tomeo opte por cerrar la historia reingresando al personaje y evitando un final abierto que hubiese permitido hacer volar todavía más la imaginación activa del lector. La resultante, pese a lo último, es que ambos existen –no sólo en lo que vemos físicamente, claro– y ambos se complementan. La realidad no es tan unívoca, tan objetivable como parece y se pretende, existen mundos –los interiores, los creados imaginativamente, etc.– que escapan a la concreción.

El cazador deviene así, como la mayoría de la producción narrativa de Tomeo, en un alegoría de la incomunicación, la soledad, el fracaso de la vida y la infelicidad consiguiente. Y aunque, de vez en cuando, se cuele algún pequeño y puntual brote crítico o lance breves «manifestos utópicos» como «lo ideal sería que nuestra capacidad de amor no llevase a identificarnos físicamente con todo lo que existe» (p. 76) de corte panteísta-solidario, solamente el símbolo y lo parabólico son quienes priman en el mundo aparentemente cotidiano que se nos ofrece. Un mundo en el que los animales, existentes o no, sirven para, como un espejo, reflejar o sugerir la variada gama de posibilidades inherentes a la conducta humana y sus circunstancias. A veces, es la semejanza quien asoma en la descripción para dar la puntilla definitiva a un determinado aspecto, pero, en otras, el autor va mucho más lejos llegando a la identificación con todo el transvase de circunstancias y características que ello conlleva. Javier Tomeo se integra así en rico y ancestral venero de los Bestiarios y de los fabulistas amén de surrealismos y absurdos, aunque «lleva el amor y la poesía a cuestras» como dice Rafael Conte¹⁵.

IV

El cazador, primera novela de Tomeo, por todo lo anterior e, incluso, por otros aspectos que sobrepasan la intención y cauce de esta introducción (concepción narrativa, funciones de los personajes,...), deviene en el pilar básico e indiscutible para comprender el posterior universo temático y narrativo elaborado por el aragonés. Leer o releer El cazador (agotado y ya fuera de circulación hace bastantes años) supone ir comprendiendo perfectamente cada una de las piezas compositivas del dominó narrativo de Tomeo, ver su origen y evolución. En ella aparece ya la característica anormalidad que define a los protagonistas del

15 Introducción de *Bestiario*. Javier Tomeo, Madrid, Mondadori, 1988, p. 13.

aragonés y, muy particularmente, al de Amado monstruo¹⁶; la pasión por el mundo animal –con sus respectivas animalizaciones o identificaciones– explotada a fondo en Bestiario, Historias mínimas, Zoofilias y zoopatías y deseminada en obras como Ceguera al azul/Preparativos de viaje, o, entre otras el El gallitigre; la utilización técnica y narrativa de la carta, tan transcendental en El castillo de la carta cifrada; el recurso técnico de las enormes enumeraciones o la abundancia de lo «científico» para justificar y apuntalar la credibilidad ante el absurdo; el dramatismo derivado del uso del diálogo; los espacios cerrados; la figura de la madre; la ausencia del amor correspondido; la técnica de la cosificación; el valor transcendental de la metáfora en su doble función frente a la realidad y frente a la imaginación... amén de los temas siempre explotados y ya propios de la narrativa de Tomeo.

«La seguridad con que el relato está construido, la sobria funcionalidad del lenguaje y la densidad sintética de sus relatos es sumamente sorprendente» decía Ignacio Soldevila¹⁷ antes de que esta literatura personal e intrasferible, tan reiteradamente machacona y sin embargo siempre atractiva y dotada de reflexión, accediese al reconocimiento que hoy posee. Leer El cazador es bucear en los orígenes de Tomeo, observar su ya sólida literatura y comprender los sufrimientos de un autor que supo perseverar para superar la injusticia.

16 Incluido en la trama de pasada, como simple comentario, puede observarse el esbozo de Juan D. *Amado monstruo*: «-¿Sabes que a la hija del carbonero le ha nacido un niño con seis dedos?» (p. 123). Los ejemplos relativos a otros aspectos podrían multiplicarse. Leer *El cazador* es iniciarse en las diversas variantes –sus novelas– compositivas del mundo narrativo de Tomeo.

17 Ignacio Soldevila Durante. Op. cit. p. 376.

el cazador

Para Rafael Conte,
que está desde el principio.

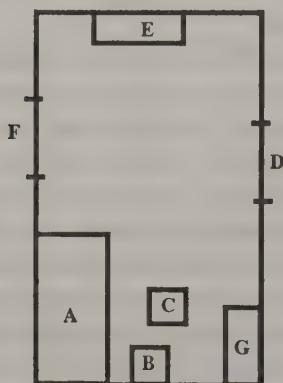
*El ruiseñor cambia en el verano el color de su
plumaje y cambia también su canto.*

Claudio Eliano.

Al llegar a los treinta y cinco años Julián se siente de pronto cansado. La mañana del día de su cumpleaños, al despertarse, decide no volver a salir nunca más de su cuarto. Me retiro, piensa. Y se tapa la cabeza con las sábanas. Su padre sale de casa dando un portazo y su madre va y viene por el pasillo arrastrando la pierna llena de varices, pero él no se mueve de la cama. A las ocho y media su madre golpea la puerta con los nudillos. Vamos, dice, arriba. Julián no responde. La mujer empuja la puerta, asoma la cabeza y pregunta a su hijo si le duele algo. No es eso, responde Julián, pero no quiero volver a salir de este cuarto. Se acabó. Estoy harto. La mujer le pregunta de qué o de quién está harto. También ella está harta de muchas cosas. Julián responde que está harto de lo que está harto, pero dice que no puede precisar más porque no quiere comprometer a nadie.

Durante estos últimos meses su madre estuvo barruntando algo parecido. Ahora, sin embargo, hace como si no se lo tomase en serio. Esto te pasa por leer tanto, dice. Y se marcha a la cocina. Julián cierra la puerta con el pestillo, se sienta en la cama y procura poner un poco de orden en sus ideas. Para empezar, hay algunas cosas que le gustaría tener en el cuarto. La lista no es demasiado larga, podría recitarla en voz alta, pero prefiere relacionarla por escrito. No quiere que nadie se llame luego a engaño: once soldaditos de madera –últimos supervivientes del viejo ejército de su infancia–, un monje de porcelana que sirve de palillero, un reloj de pared roto, el gatito de madera con ojos de cristal verde, un galeón de bronce que sirve de pisapapeles, y, por fin, la plaza de toros de hojadelata y el toro y seis toreros de plomo. Acaba de redactar la lista, llama a su madre y le pasa la cuartilla por debajo de la puerta. Necesito que me traigas todo eso, le pide. La mujer, que no lleva las gafas puestas, se acerca la cuartilla a un palmo de la nariz. ¿Qué tontería es ésta?, pregunta. ¿Es que hoy no piensas

ir a la oficina? Julián responde que no sabe de qué oficina le está hablando y su madre se muerde el labio inferior. Vamos, vamos, arriba, fuera de ahí, dice. Julián no contesta y ella empieza a llorar y golpea la puerta del cuarto con los dos puños. Si continuas llorando, dice Julián, me tiro por la ventana. Se refiere a la ventana que da al patio interior. No habla por hablar, está dispuesto a cumplir su amenaza. La mujer se seca los ojos y se marcha a la cocina. Julián se sienta en la butaca y se echa el pelo hacia atrás. El cuarto medirá unos cinco metros de largo por otros tres metros de ancho, pero no necesita más. Las cosas, al fin y al cabo, son tan grandes como los hombres quieren que sean. En otra cuartilla –en el cajón de la mesita de noche tiene un montón de cuartillas– traza el plano de la habitación con la nueva disposición que piensa dar a los muebles:



en el que A representa la cama, B la mesita de noche, C la pequeña butaca verde –la misma en la que ahora está sentado– D la puerta, E el armario, G la cómoda y F la ventana.

Cambia los muebles de sitio y cuando termina le parece que su cuarto es otra cosa. Se ha convertido en un país extraño que no puede ser conocido sin esfuerzo. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?, se pregunta. Lo primero que hace es contar las baldosas. No es un cálculo sin sentido. Hay veinte baldosas de largo por doce de ancho. En total, hay doscientas cuarenta baldosas. ¿Qué significa eso? Pues significa que si cada una de las baldosas mide veinticinco centímetros de lado –son baldosas cuadradas– el cuarto mediría cinco metros de largo por tres de ancho. ¿Y qué gano sabiendo eso?, se pregunta luego Julián. Muchas cosas, se responde inmediatamente con otra voz, como si estuviese hablando con otra persona. Durante treinta años, continúa explicándose a sí mismo, estuvo usted durmiendo en esta habitación sin saber que tuviese doscientas cuarenta baldosas. Puede que eso signifique el principio de su sabiduría. Su madre está otra vez al otro lado de la puerta. Aquí tienes todo lo que me has pedido, dice. Su voz suena como la de una niña que se ha descubierto de pronto rodeada por un paisaje que no puede comprender. Pregunta a su hijo si ni siquiera va a poder verle. Algún día nos veremos todos, responde Julián. Seguramente anoche te sentó mal la cena, dice. A lo mejor sólo es eso, susurra Julián. Si llaman de la oficina, dice ella, les diré que tienes fiebre. Deja la caja de cartón delante de la puerta y vuelve a la cocina.

Julián abre la puerta, recoge la caja y vuelve a cerrar con el pestillo. En estos momentos siente como si alguien le pasase una pluma por la espalda. En la caja encuentra los once soldados de madera, el gatito de los ojos verdes, el monje-palillero de porcelana, el galeón de bronce y los toreros, además de la plaza de toros de hojadelata que guardaba en el cuarto trastero de la galería. Empuña otra vez el bolígrafo, da la vuelta a la cuartilla y empieza a distribuir cargos. La misión de los soldaditos de madera queda muy clara. Nadie podrá sacarle a la fuerza de este cuarto. Los soldados garantizan su independencia y la inviolabilidad de sus fronteras. Por lo que se refiere al reloj roto, su misión es también muy clara. El tiempo no existe, la angustia no existe. Dispone de

todo el tiempo del mundo para esperar que las cosas mejoren. Nada de prisas. Ese reloj roto le asegura un presente eterno. Pero si el tiempo no existe, tampoco existe el misterio, porque todo sucede dentro de un presente omnicomprendivo. Triste es también el destino del hombre sin misterios. Ahí estará pues su gatito de ojos verdes. De vez en cuando le contará alguna de esas historias que no pueden comprenderse con una regla de cálculo y un compás en la mano. El monje, por su parte, será el confesor benévolo que sólo sabe perdonar. Hace años que Julián dejó de creer en Dios –puede que no creyese nunca– pero no está de más que, por si acaso, tome alguna medida al respecto. La plaza de toros le ofrece la posibilidad de organizar combates entre toreros y toro, según lo tradicional, pero también entre soldados y toro, entre soldados y toreros contra toro, y entre toreros y toro contra soldados. El galeón de bronce, por último, podrá trasladarle en un abrir y cerrar de ojos a las remotas costas de la Patagonia. Hay otras cosas que le gustaría tener también en el cuarto –objetos a los que aprendió a amar a lo largo de los años de soledad–, pero, por ahora, tiene suficiente con los que ha pedido. Lo importante, se dice, es superar este primer día de encierro *su primer día de libertad* de la mejor forma posible.

Existe el riesgo de que este mediodía, cuando su padre vuelva del trabajo, pretenda sacarle a empujones del cuarto. No puede perder, pues, ni un minuto. Es preciso que sitúe cuanto antes a los soldados en orden de combate. Son unos soldaditos de aspecto risueño, con enormes bigotes pintados, casacas azul cobalto, pantalones rojos y largos fusiles napoleónicos. No olviden ustedes, les dice, mientras los va situando en el suelo, frente a la puerta, que por un clavo se perdió una herradura, por la herradura el caballo, por el caballo el general y por el general la gran batalla. Deben actuar sin contemplaciones. No debe importarles, por ejemplo, que el invasor sea su propio padre. La salvación de un hombre, dice, está por encima de cualquier razón de parentesco. Que a nadie le tiemble el pulso, les pide también. El gatito de ojos verdes, el monje-palillero y el galeón de bronce quedan sobre la mesita de noche. La plaza de toros, los toreros y el toro, que ocupan

más espacio, sobre la cómoda. Por lo que respecta al reloj –una especie de plato desportillado, de color verdemar, con sólo una saeta– se le plantea un dilema: situarlo sobre la cabecera de la cama, o situarlo precisamente en el otro lado, es decir, sobre el armario, de forma que pueda verlo sin necesidad de levantar la cabeza de la almohada. En cualquiera de los dos casos necesitará un clavo y un martillo, así que es mejor que, por ahora, aplace la decisión.

Sentado en la butaca verde, Julián recuerda ahora que hace mil años vio ocultarse el sol por detrás de una entalladura del horizonte. Las nubes fueron enrojeciendo, luego se volvieron violetas y, por fin, negras. Llegó la noche y el cielo fue llenándose de estrellas. Entorna los ojos y recuerda que en aquellos tiempos era un príncipe que cazaba tigres montado sobre un gran elefante blanco. Les disparaba saetas de oro y los tigres, agradecidos, le devolvían largas y húmedas miradas. ¿Qué va a ser ahora de aquellas grandes cacerías? ¿Tendrá que renunciar a todas aquellas emociones?

No, nada de eso. El hecho de haberse encerrado en este cuarto no significa que tenga que renunciar a los mejores paisajes de su vida. Más aún, ni siquiera se verá obligado a renunciar al cielo que se comba sobre su oscura ciudad industrial. Basta con que se asome a la ventana y gire la cabeza para que pueda ver un trozo cielo. Por las noches, además, podrá admirar algunas estrellas y recibir en el rostro una luz que empezó a viajar hace millones de años. Las perspectivas, por lo tanto, no son tan malas. Le quedan por resolver algunos problemas de orden práctico, es cierto, pero todo se andará.

La madre, que va y viene por el pasillo, empieza a cantar entre dientes. No deja de pensar en Julián, pero no sabe qué actitud adoptar. Pensó en golpear la puerta del cuarto con el martillo, pensó también en pedir consejo a los vecinos, y pensó incluso en telefonar a su marido y explicárselo todo. Al final, sin embargo, decidió hacer como las avestruces y esconder la cabeza debajo del ala. Ahora vuelve a echarle la culpa a la cena. Estoy segura de que ayer noche te sentaron mal los calamares, grita, desde el pasillo. Julián

responde que sí, que es eso. Lo que te iría bien ahora es una manzanilla, le sugiere ella. De todos modos, antes o después tendrás que comer algo. Y para que su hijo pueda oírle mejor aplica los labios al agujero de la cerradura.

Julián quiere dejar las cosas claras. Nada de malentendidos. Cuando antes dijo que no quería salir de su cuarto, hablaba en serio: por nada del mundo piensa salir del cuarto. No saldrá ni siquiera para sentarse a la mesa del comedor. Ha delimitado sus fronteras para siempre y no piensa traspasarlas. En todo caso, deberán llevarle la comida al cuarto. ¿Qué te hemos hecho para que te portes así con nosotros?, se duele la madre. Ha incluido en la queja a su marido. La respuesta de Julián no tiene vuelta de hoja. Dice que fueron precisamente ellos quienes le trajeron a este mundo, que lo hicieron sin pedirle permiso, es decir, sin preguntárselo previamente, y que es lógico que ahora tengan que cargar con las consecuencias. La mujer no replica. Se le acaba de ocurrir una buena idea: está dispuesta a dar a Julián tres mil pesetas si sale ahora mismo del cuarto, y tres mil quinientas si va a la oficina. Cuatro mil, insiste, al ver que Julián no responde. Resulta patético verla con los labios aplicados al agujero de la llave, doblada por la cintura y con el trasero apuntando al techo. Cuatro mil quinientas, dice.

No es una mujer que se rinda fácilmente y sigue insistiendo. No le faltan argumentos. Lo que te ocurre esta mañana, observa, es bastante normal. Y añade que Julián no es el único chico que, al llegar a cierta edad, le pasan cosas parecidas. Un día, dice, os despertáis con nuevas ideas y queréis cambiarlo todo, pero al día siguiente volvéis a ser los de siempre.

Julián suelta una risita y dice que hasta ayer no tuvo ni una sola idea. La mujer suspira, aparta los labios de la cerradura y se lleva las manos a los riñones. Te podría contar mil casos como el tuyo, dice. Ahora es Julián quien acerca la boca al agujero de la cerradura. De todos modos, susurra, prefiero que nunca más vuelvas a llamarme chico, como si tuviese quince años. La madre mueve la cabeza lentamente. No los tienes, es cierto, murmura. Y en este instante recuerda que su hijo cumple hoy treinta y cinco

años y que después de nacer le mantuvo durante las primeras semanas entre algodón en rama. En estas circunstancias, sin embargo, no le parece oportuno felicitarle. Nunca más me llames chico, repite Julián. Muy bien, dice ella. Voy a hacerte un café muy cargado y te lo dejaré junto a la puerta.

Se trata solamente de una rendición provisional. Reanudará el combate más tarde. Diez minutos después el aroma del café se filtra por las rendijas de la puerta. Es una especie de voz insidiosa que le recuerda las cosas buenas que dejó fuera. Abre la puerta un palmo, recoge la taza y empieza a beber el café a pequeños sorbos. Ni siquiera va a tener que compartirlo con sus soldados. Un ejército perfecto: soldados que no comen y que ni siquiera piensan por sí mismos. Entre todos ni siquiera forman un pelotón. Los divide en dos escuadras, la de fusileros granaderos, y la del fusil ametrallador. El pelotón va al mando de su sargento y cada escuadra al de un cabo. Elige al azar tres soldados y con el bolígrafo les marca con una pequeña cruz en la espalda, pero como de ese modo no podría distinguir cuál es el sargento, a éste le dibuja también otra cruz en el pecho. Reconoce que no anda sobrado de efectivos. La escuadra de fusileros granaderos, por ejemplo, se compone de un cabo, un soldado de primera y siete de segunda, pero habida cuenta de que sólo dispone de cinco soldados para las dos escuadras, reduce a tres el número de soldados de segunda. La escuadra del fusil ametrallador, por su parte, la compondrán un cabo, un soldado de primera, como tirador, y tres soldados de segunda, como primero y segundo y tercer proveedor. Ciertamente que nada distingue a los soldados de primera y segunda, pero ¿qué puede hacer? ¿pintarles la cara de azul, o de rojo y exponerse a que confundan a sus soldados con una horda de salvajes? Dispone el pelotón en dos escalones sobre dos ejes paralelos con el sargento al frente del primer escalón y los dos cabos en cabeza de sus respectivas escuadras. Eso es, por lo menos, lo que le enseñaron en la mili, lo recuerda muy bien, y esa circunstancia, si no estuviese ahora tan absorbido por otras cosas, podría suponerle otro motivo de preocupación. ¿Por qué ha olvidado algunas de las cosas hermosas que le

sucedieron durante estos últimos años, y, sin embargo, recuerda perfectamente que la escuadra de fusileros granaderos se compone de un cabo, un soldado de primera y siete de segunda? ¿Qué puede significar eso?

Empieza a hablar con los soldados como si pudiesen oírle. Ni siquiera tienen ustedes el privilegio de conocer al enemigo, les dice. Deberán considerar como tal a cualquier persona que trate de forzar la puerta del cuarto. Sin excepciones. Caiga quien caiga. ¿Con quién estás hablando?, le pregunta su madre. Julián deja a los soldados en posición de firmes y vuelve al sillón, pero no responde. Hoy cumple treinta y cinco años, le recuerda por fin ella. Julián sigue sin despegar los labios. Vuelve la mirada al reloj roto y se siente reconfortado. Se acabaron los cumpleaños. Para siempre. Y su madre, que sigue en la brecha, dice que tal vez esta tarde vaya a visitarles tía Carlota. Si viene, dice, seguro que te trae una corbata. Como cada año.

Ha llegado el momento de pedirle el martillo y dos o tres clavos. Necesita ver el reloj colgado sobre el armario lo antes posible. Una corbata de seda, insiste la mujer, acercando otra vez los labios a la cerradura. Julián piensa que si las corbatas de seda fuesen un poco más largas serían ideales para ahorcarse. Hace años que le fascinan las muertes por ahorcamiento. Alguna vez pensó incluso en ahorcarse en el sótano de la oficina donde archivaban todas las facturas. Hubiese sido un buen modo de demostrar a sus compañeros que no estaba tan loco como suponían y que precisamente por eso prefería hacer mutis y dejarles con un palmo de narices. Hay, además, otras cosas. En la muerte por ahorcamiento, lo leyó en sus tiempos universitarios en un libro de medicina forense, se distinguen tres fases: Primera fase de sorpresa. Segunda fase de visajes y desarmonía de movimientos. Tercera fase de amnea y, en consecuencia, falta de respiración y muerte.

Nada de clavos ni martillos, dice su madre. Julián no se preocupa ahora por el reloj. Sigue pensando en las corbatas de seda. Por el momento, no tiene motivos para ahorcarse. Se ha convertido en un príncipe persa. Eso no está al alcance de cualquiera. Un

instante después, sin embargo, surge el primer problema: a medida que avanza el día –son ahora las nueve y media de la mañana– la habitación se ilumina cada vez más. ¿Qué significa eso? La respuesta es muy simple. Los relojes rotos no sirven de nada. Igual da, por lo tanto, que lo cuelgue o que no lo cuelgue. Aquí dentro pueden ser las nueve y media de la mañana, pero fuera el sol sigue recorriendo su camino de siempre. Es como si el tiempo se colase por las rendijas de la ventana. Julián, de todas formas, es hombre de recursos. Quita una manta de la cama y la cuelga delante de la ventana, a modo de pantalla. Enciende luego la luz eléctrica –la electricidad no envejece– y abarca a su pequeño reino con una mirada amorosa. Los once soldados siguen en posición de firmes, indiferentes a todo lo que pueda suceder a su alrededor. Parece incluso como si tuviesen otros problemas en sus pequeñas almas de madera. Sólo el monje palillero –eso es, por lo menos, lo que le parece a Julián–, frunce el entrecejo. Tal vez no le gusta el cariz que están tomando los acontecimientos. Demuéstreme que me equivoco, le desafía Julián. Demuéstreme usted que no me equivoco, replica el monje. Me importa un comino saber qué es lo que usted pueda estar pensando, susurra Julián, encogiéndose de hombros. Le aseguro que conozco muy bien cuales son mis posibilidades.

Deja la taza de café en el pasillo, vuelve a cerrar la puerta con pestillo y se tumba sobre la cama. Entorna los párpados y cuando vuelve a levantarlos la habitación, con todo lo que contiene, (es decir, con la cama, el armario, la butaca, la mesita de noche, etc...) se ha transformado en un jardín. Cada baldosa es una flor distinta. Doscientas cuarenta baldosas, doscientas cuarenta flores diferentes. Flores rojas, verdes, azules, amarillas y carmesí. El sol resplandece en el cielo, los pájaros llenan el bosque de trinos armoniosos y en el viejo olmo que lo preside todo, el ruiseñor entona su canción de amor.

Shepetiaou, tokoua, tio, tio, tio, koutio, tsi, tsi, tsssi, tssssi. Eso es, poco más o menos, lo que cantan los ruiseñores traducido a la voz de los hombres. Julián lo aprendió hace tiempo en su gran enciclopedia de flores y pájaros. Un poco más allá se ríen los

guacos colorados y el cuervo ensaya las veinticinco variaciones de sus graznidos. Julián empieza a trinar y a graznar con todas sus criaturas y su madre, que vuelve a estar al otro lado de la puerta, recoge la taza de café y quiere decir algo por lo bajo, pero no puede terminar la primera palabra y se echa otra vez a llorar.

Tsi, tssi, tssi, tsssi, tio, tio, tio, tio, susurra Julián.

Por detrás de tanta belleza está el sexo. Una especie de movimiento pendular que va desde una misteriosa nostalgia hasta la paz, pasando por un periodo intermedio de espasmódicas vibraciones. La hembra, a pesar de estar ya fecundada, no deja de provocar al macho y el pájaro obedece al recuerdo del placer. Es una tempestad en la sangre y en los nervios. No le importa que las glándulas sexuales de su compañera estén ahora en reposo.

Una corbata de seda, balbucea la madre, sin saber exactamente lo que está haciendo. Cuidado. Julián deja de trinar, lanza una cautelosa mirada a su alrededor y comprueba la seguridad del pestillo. En este bosque no todo son amables ensoñaciones. Acechan también algunos personajes siniestros. Los ojitos del gatito de madera fosforecen en la penumbra del cuarto y las brujas trepan hasta lo alto del abdomen, se desprenden de la fuerza de la gravedad y ascienden al cielo. Se avecina una tormenta y Julián se esconde bajo la cama antes de que empiecen a caer las primeras gotas.

Estalla por fin el primer trueno y poco después comienza a diluviar. Julián respira ruidosamente por la nariz. Percibamos ahora este bendito olor a tierra mojada, se propone. Una corbata de seda, gimotea su madre, arañando la puerta con las uñas. Su hijo, sin embargo, no está en estos momentos por cosas de poca monta. ¿Dónde estamos ahora?, se pregunta. ¿Hemos regresado, tal vez, al principio de todos los tiempos? Ahí está el Arca de Noe, flotando sobre las aguas. Julián ha regresado a la edad de los números pares, no hay duda. El sapo macho hunde sus pulgares bajo las axilas de la hembra y la libélula agarra a su compañera gracias a una especie de pinzas que posee en el extremo del cuerpo. Las ballenas se persiguen dando vueltas, la aleta caudal emerge y se despliega. Los

resoplidos estremecen el aire y el navegante solitario que no ha encontrado todavía a su compañera se estremece al oír el frotamiento de las zonas ventrales.

–Yo también te compraré algo– susurra la mujer, que sigue en el pasillo. Ahora disminuye la lluvia. La tormenta se aleja hacia el norte. Reaparece el caracol y vuelve a brillar el sol, pero Julián continúa debajo de la cama. Visto a ras del suelo el cuarto parece mayor. La juntura de las baldosas se prolonga hasta el infinito. Recuerda que el cuarto abarca doscientas cuarenta baldosas y reconoce que muchos hombres no disponen de tanto. Sus compañeros de la oficina, por ejemplo, se peleaban por un palmo. Lo malo es que sólo dispone de once soldados. Soldados, además, liliputienses, de apenas tres centímetros de estatura, armados con fusiles anticuados y con un gorrito emplumado en lugar del reglamentario casco de acero. Asignando a un soldado a cada baldosa, necesitaría nada menos que doscientos cuarenta hombres para cubrir todos sus dominios. Más de dos compañías. Las perspectivas, por lo tanto, no son demasiado buenas.

No ha dejado todavía de llover, pero sale de debajo de la cama y se sienta en la butaca. Los números se lo aclararán todo. Para empezar, divide las doscientas cuarenta baldosas entre los once soldados. Quiere saber exactamente cuántas baldosas tocan a cada soldado. El resultado le intranquiliza todavía más: a cada soldado le corresponden 21,81 baldosas. Más de las que calculaba a ojo de buen cubero. con tan pocos hombres ni el mejor de los estrategas podría organizar una defensa con ciertas probabilidades de éxito. En el reloj roto continúan siendo las nueve y media de la mañana y la manta colgada ante la ventana le asegura la inmovilidad del sol. Dentro de dos mil años continuarán siendo las nueve y media. Dispone, pues, de todo el tiempo del mundo para encontrar una solución.

Shepetiau, shepetiau, canta mientras tanto el ruiseñor.

Es la voz de un bosque que tampoco envejecerá jamás. Los árboles, vivificados por una savia eterna, continuarán elevándose un poquito más cada día y acabarán llegando hasta lo más profundo del cielo.

Shepetiau, shepetiau, sigue cantando el ruiseñor. Su madre canta también en la cocina. Ha abierto de par en par todas las ventanas del piso y se desgañita para convencer a los vecinos de que en su casa no pasa nada. Canta, pues, con descaro, en previsión de que los vecinos, que están siempre a la que salta, puedan descubrir que está representando una comedia. Es una vieja canción de hace veinte o treinta años y no recuerda la letra, pero la melodía fluye sin dificultades: tiara, tiara, tiarara, tiara, tiará... Como una bandera tremolando al viento. Julián frunce el entrecejo. Cuidado, se dice. La canción de su madre, que conoce muy bien, le parece hoy distinta. ¿Por qué tiará?, se pregunta. Por debajo de esa letra absurda se esconde seguramente un significado secreto. Tal vez se trata de una contraseña. Aprieta los puños y lanza una mirada preocupada a sus soldados. Cuidado. Tiara, tiararara, tiara, tiará, sigue cantando la madre. Y Julián se angustia cada vez más. No le gustan los embrollos. Los enemigos deberían atacarnos siempre a cara descubierta. ¿Por qué tantas conjuras secretas y tantas maquinaciones en las tinieblas?

La clave de la canción, sin embargo, no debe ser muy complicada. Su madre no es demasiado lista y lo más probable es que cada letra se corresponda con un número. Escribe el texto de la canción en otra cuartilla y busca las correspondencias. Si A es igual a 1, y así sucesivamente hasta llegar a la última letra del abecedario, es decir, a la Z, que sería igual a 27, la correspondencia numérica del tiara, tiararara de la primera estrofa sería $21+9+1++19+1+21+9+1+19+1+19+1+19+1$, es decir, $\text{tiara} + \text{tiararara} = 51+111$, o, lo que es lo mismo, $\text{tiara, tiararara} = 142$. Sustituye luego esos tres números por sus equivalentes alfabéticos y se encuentra con un $142 = \text{ADB}$, que es una reunión de letras sin sentido y que ni siquiera forman una palabra.

No vale pues la pena que continúe perdiendo el tiempo buscando más correspondencias. Puede que la canción de su madre no tenga un sentido especial. Es mejor que le demuestre que le trae sin cuidado lo que puedan cantar a su alrededor, que su moral no va a desfallecer por esas tonterías, y que, pase lo que pase, sigue

decidido a no salir del cuarto. Se arrodilla frente a los soldados y les ordena las primeras evoluciones. De frente, ¡mar! Izquierda, ¡mar!, Derecha, ¡mar! Alto, ¡mar! Presenten armas, ¡mar! Los soldados no se mueven. Continúan con los pies clavados en el circulito de madera verde que les sirve de sostén. Su madre deja de tararear y corre a la puerta del cuarto.

Lo que tú quieres es matarme, dice. Julián sonríe. Hace años, recuerda, yo cazaba tigres desde lo alto de un elefante. La mujer golpea la puerta con los dos puños. No piensa ahora en los vecinos. Sal de ahí ahora mismo, dice. Julián responde que no puede salir y sus ojos empiezan también a llenarse de lágrimas. Por un momento recupera la lucidez. En este momento le gustaría salir del cuarto, visitar el zoo y admirar la piel listada de las cebras. Le gustaría, también, tomarse una cerveza y hablar con los amigos sin quitarse el cigarrillo de la boca. La mujer aplica los labios al agujero de la cerradura. Recurre otra vez a la técnica del soborno. Si Julián sale del cuarto no sólo le dará las cuatro mil quinientas pesetas que le prometió antes, sino que le hará también para comer lo que más le apetezca. Por ejemplo, una paella de mariscos. O pollo a la chilindrón. O calamares a la plancha, con ajo y perejil. Esta tarde, para merendar, podría hacerle una docena de torrijas, o melocotón con vino. Julián, sin embargo, ha recuperado ya la moral perdida. Fue sólo un momento de debilidad. Vuelve a ser un combatiente dispuesto a todo.

De nada sirve matar al señor tigre, mi querida señora, dice. Salta de la butaca y derriba de un puntapié a todo su ejército. Los soldados no se levantan, prefieren continuar caídos de bruces, sin rechistar. La mujer sigue con el oído pegado a la puerta, escudriña por el agujero de la cerradura y descubre que Julián tiene la luz del cuarto encendida. Eso tampoco le gusta. La electricidad es cara. ¿Por qué tienes la luz encendida?, protesta. Parece como si eso fuese ahora lo único que le preocupa. Porque me da la gana, responde Julián. Pues muy bien, masculla la mujer. Corre al recibidor, desconecta la corriente del contador y el cuarto queda a oscuras. Vuelve al pasillo y se planta con los brazos en jarras delante del cuarto... ¡Ya te ajustará tu padre las cuentas!, grita.

Julián sonríe. Por fracasado que uno sea, resulta ridículo oírse decir eso cuando se han cumplido ya los treinta y cinco años. Le trae sin cuidado, de todas formas, lo que pueda hacer su padre. Le perdió el respeto hace años. Su padre tampoco es como otros hombres. Antes de casarse quiso ser torero y se compró un traje de luces que guarda todavía en el baúl. No llegó a torear nunca, pero algunas noches de verano se viste todavía de torero y se pasa un par de horas tomando el fresco en el balcón, mirando de reojo a los vecinos. Shepiatou, shepiatou, canta el ruiseñor. Shepiatou, shepiatou, susurra Julián, tumbándose otra vez sobre la cama. ¿Se merece este mundo, sin embargo, la voz del ruiseñor? ¿Se merece una sola palabra de amor?

Frente a un mundo incomprensible, se dice, un lenguaje incomprensible. Se olvida pues del ruiseñor y ruge suavemente, como una pantera agazapada en las tinieblas. ¡Ya te ajustará tu padre las cuentas!, le grita su madre, esta vez desde la cocina.

Pero mientras amenaza a Julián se siente culpable de la locura de su hijo. Fue ella, al fin y al cabo, quien lo tuvo nueve meses encerrado en las entrañas. ¡Croc, Croc, Croc, Croc!, grazna Julián, convirtiéndose en cuervo. En el piso de arriba ponen en marcha la televisión y en algún campanario empiezan a dar las diez de la mañana. El tiempo sigue moviéndose, así que es mejor que se enfrente cara a cara con la realidad. Arranca la manta, abre la puerta, lanza el reloj al fondo del pasillo y vuelve a cerrar la puerta con el pestillo. El rayo de sol que entra ahora por la ventana cae justo sobre los soldados, que siguen caídos de bruces. Empieza a moverse imperceptiblemente sobre las baldosas y Julián comprende que ese rayo de sol significa su primera derrota. El tiempo es un tigre que se desliza en silencio, sin que nos demos cuenta. Un tigre que nos sorprende antes de que hayamos terminado de construir nuestra cabaña. Julián, por suerte, no está solo. Ahí tiene al monje. Ese buen hombre ha olvidado el pique que tuvieron antes y ahora le reconforta con una sonrisa. Usted no debe preocuparse, le anima. El tiempo pasa, pero los hombres auténticos le sobreviven. Julián se queda con la boca abierta. En estos momentos ni

siquiera está seguro de ser un hombre. ¿Y si no lo fuese?, se pregunta.

Se asoma a la ventana y se enfrenta a pecho descubierto con las luces y las sombras que se proyectan sobre la pared de enfrente. En el tendedero de la vecina, a su izquierda, cuelgan un par de calcetines rojos. Su jefe solía llevar calcetines rojos. Seguramente los llevará también hoy. El hecho de que Julián se haya encerrado no significa que los que se quedaron fuera vayan a cambiar de gusto. Julián sabe también que en la oficina ni siquiera le van a echar en falta. Cubrirán su vacante con cualquier chico recién salido de la Universidad. Puede incluso que encuentren un candidato con mejor expediente académico que el suyo. Ese chico se pasará el día ordenando facturas por orden alfabético, otro compañero las irá metiendo luego en los archivadores y, a medida que se vayan llenando, un tercer compañero los bajará al sótano. En ese cuarto —el mismo donde alguna vez pensó en ahorcarse— las facturas quedarán sepultadas para siempre. Todo, pues, será igual que antes. ¿Por qué razón tendría que ser distinto? Julián recuerda su mesa de la oficina, cerrada por los lados y pegada a la pared. De ese modo podía mover los pies sin que nadie le viese. Continuaba ordenando facturas, pero en el recoveco oscuro, junto a la papelera, sus pies podían trotar como dos caballitos.

Vuelve a sentarse en la butaca y el monje-palillero le recibe trazando en el aire la señal de la cruz. Usted sobrevivirá, repite. Tiene una hermosa voz de barítono y Julián se le queda mirando con tanta intensidad que le duelen los ojos. No tiene suficiente, sin embargo, con una simple promesa. Las promesas se las lleva el viento. Su supervivencia le importa demasiado para confiar en los buenos deseos del clérigo. Necesita comprobarlo por sí mismo. Ahí está la cuartilla, con los cálculos que hizo antes. Doscientas cuarenta baldosas entre once soldados suponen 21,81 baldosas para cada soldado. Muy bien, pero, si se alistasen también los seis toreros y el monje, dispondría de dieciocho combatientes. A cada uno de ellos le corresponderían entonces 13 baldosas y pico. Exactamente 13,333333 baldosas.

La situación mejoraría algo, pero ni siquiera en ese caso podría considerarse satisfactoria. Se le plantearía, además, otro problema. ¿Cómo convencer al monje para que empuñase las armas? Muy bien, dejemos el monje aparte, se dice. Y sigue calculando. Once soldados de madera más seis soldados de plomo constituyen un ejército de diecisiete combatientes. Cada combatiente debería defender 14,11 baldosas. Las perspectivas continuarían siendo bastante sombrías. No le parece justo que los hombres dispongan de tan poco para defender lo que tanto aman. El monje, sin embargo, vuelve a darle ánimos. Vale más, dice, un ejército de chivos conducidos por un león, que un ejército de leones conducidos por un chivo. ¡Ja, ja, ja! se ríe Julián. ¡Eso está muy bien!, pero luego se pregunta ¿Soy yo realmente el león? ¿Y si sólo fuese uno de los chivos de la historia.

No puede descartar, de todos modos, la posibilidad de un error de cálculo... Puede que se haya equivocado, por ejemplo, al hacer la división o puede que haya utilizado magnitudes indebidas. En el cuarto hay, efectivamente, doscientas cuarenta baldosas, pero podría ser que cada una de esas baldosas no midiese los veinticinco centímetros de lado que calculó en un primer momento a ojo de buen cubero. Si midiesen cinco centímetros menos, es decir, si cada baldosa tuviese sólo veinte centímetros de lado, cada una de ellas ocuparía únicamente una superficie de cuatrocientos centímetros cuadrados en lugar de los seiscientos veinticinco que le salían antes.

Veinte por veinte, se dice Julián, son cuatrocientos, eso es seguro. Aunque altere el orden de factores, el producto será siempre cuatrocientos.

Se hace un pequeño enredo, sin embargo, cuando quiere conocer exactamente la superficie del cuarto y trata de multiplicar los cuatrocientos centímetros cuadrados de cada baldosa por doscientos cuarenta. Le salen nada menos que 960.000 centímetros cuadrados. Se ha equivocado pues en alguna parte, pero no sabe dónde. Las matemáticas nunca fueron su fuerte. Fue una especie de amor no correspondido. Julián se sintió siempre seducido por la

exactitud y la magia de los números, pero nunca supo manejarlos. ¿De dónde saca usted que seis por cinco sean treinta y seis?, le preguntó un día Ruiz, el de los calcetines rojos. Julián sonríe al recordar el lance. Sería estupendo, se dice ahora, que seis por cinco fuesen realmente treinta y seis, y que cuatro por nueve fuesen ochenta y siete. Sería estupendo que multiplicar tres por cuatro no fuese lo mismo que multiplicar cuatro por tres.

—Ocho por tres cuatrocientos ochenta y nueve, grita de pronto, formándose bocina con las manos. Las once menos cuarto, grita su madre casi al mismo tiempo. Las veintiocho setenta y seis, replica Julián. Tenemos que avisar a la oficina, dice la mujer. Les diré que te has despertado con anginas, pero que seguramente mañana estarás bien. Julián dice que jamás volverá a estar bien y la mujer aprieta los dientes. Te equivocas, dice, si piensas que tu padre y yo vamos a mantenerte sin trabajar. Julián suspira. Soy un príncipe persa, exclama. Y añade luego que ha cazado demasiados tigres de Bengala para preocuparse ahora por el hecho de tener o no tener que trabajar. He cazado tigres de todos los colores, puntualiza. Tigres azules, verdes, amarillos y violetas. No hay tigres violetas, dice su madre apretando los puños y clavándose las uñas en la palma de la mano. Julián, pegado ahora al otro lado de la puerta, no se muerde la lengua. Replica que puede que no haya tigres violetas en su mundo, pero que existen en el suyo.

—Nosotros hemos vivido siempre en mundos diferentes, dice, apretándose las sienes con la yema de los pulgares.

Vamos, vamos, piensa en la corbata que te traerá tu tía, le pide su madre. Julián no responde. Ha vuelto a sentarse en la butaca verde. La mujer apoya la frente en la madera y trata de recordar todas las rarezas de su hijo durante estas últimas semanas. Las cosas empezaron a empeorar hace un par de meses, cuando se empeñó en salir a la calle en pijama.

De todas formas, piensa Julián, los peores tigres son los azules. Relinchan como caballos y caminan alzados sobre las dos patas traseras. Desde la radio del vecino del piso de arriba descien- de de pronto un estruendo de guitarras eléctricas y Julián se tapa los

oídos. Frente a esa algarabía sirven de poco nuestros ensueños y nuestros mejores deseos. Los ruseñores enmudecen y las manos se crispan alrededor de los puñales. Tigres azules, repite Julián, sin quitarse la manos de los oídos.

Se tumba en la cama, se cubre la cabeza con la manta que arrancó hace un momento de la ventana, cierra los ojos y se interna cada vez más por una selva en la que todos los animales son posibles. La lista es interminable: palomas torcaces que picotean hojas de laurel para prevenirse de los hechiceros de la tribu, cabras que pueden resistir seis meses sin beber, bueyes que, aparte de mover las orejas, pueden mover también los cuernos, pícaros erizos que roban higos con las púas, focas que se enamoran de los buceadores, tortugas que siguen abriendo y cerrando los ojos después de que les han cortado la cabeza, chanquetes que nacen del limo del fondo del mar...

¿Cómo es eso posible? -le pregunta el monje. Julián se lo explica en pocas palabras. Los chanquetes, en efecto, nacen del limo. No se acoplan entre sí como los demás machos y hembras. En realidad entre los chanquetes no hay ni machos ni hembras. Cuando el barro que hay en el fondo del mar se calienta y se hace untuoso, negro y fino, los chanquetes nacen y desde el primer momento son ya excelentes nadadores. Los hombres, dice luego, tendrían que tener presente todo eso antes de pedir una ración de chanquetes -dice. El monje no replica y Julián continúa internándose en su selva particular. Le gustaría encontrarse con un tigre azul para llevárselo a su madre como regalo, pero los tigres azules no abundan, ni siquiera en esta jungla prodigiosa. Su madre tendrá que creer en su palabra.

¡Ahó, Ahó, Ahí!, canta Julián. ¡Ahó, ahué, ahú! Es la extraña letanía de los exploradores que se pierden en la selva, pero que no desean encontrar el camino que les devuelva a la civilización. La mujer, al oír la salmodia del hijo, corre otra vez al cuarto, golpea la puerta con los dos puños y amenaza con tirarla abajo. Voy a llamar a la policía, grita. Un momento después, cuando Julián se calla, recupera la calma. Es mejor no recurrir a la policía. Se gana

más con miel que con hiel. Dice a Julián que baja a la calle a comprar y que cuando vuelva quiere verle fuera del cuarto y vestido como Dios manda. Se echa el abrigo por encima de los hombros y sale de casa dando un portazo. Julián salta de la cama, corre al baño y orina a placer. Entra luego en la cocina, abre el frigorífico y coge lo primero que encuentra. Regresa al cuarto, deja el botín sobre el mármol de la cómoda y vuelve a cerrar la puerta. El botín ha sido ínfimo: un cuarto de pollo asado envuelto en papel de plata, una botella de agua mineral con gas sin empezar, dos huevos duros, un palmo de salchichón, una barra de pan que su madre guardaba en el congelador (y que habrá, por lo tanto, que descongelar) y una bolsita de aceitunas sevillanas.

Todas esas provisiones, obviamente, no solucionan sus problemas de intendencia. Como máximo, podrá alimentarse durante un par de días. Su madre, además, no permitirá que continúe saqueándole la nevera. Tomará alguna medida al respecto. Su independencia, por lo tanto, no podrá ser completa hasta que su estómago no se proclame también independiente. No hay, sin embargo, estómagos independientes. Julián lo sabe muy bien. en los estómagos está la raíz de todas las esclavitudes. El hambre acaba con todas las resistencias y abre de par en par las puertas de los castillos más inexpugnables.

El problema que puede plantearle el suyo, por lo tanto, es muy grave y exige una solución urgente. Son necesarios otros cálculos. Debe encontrar una fórmula que le permita pasar casi sin comer, o, por lo menos, comiendo lo imprescindible. Hasta fin de mes, por ejemplo, faltan cinco días. Si divide el cuarto de pollo en cinco trozos tendría: $1/4 : 5/1 = 1/20$, es decir, le correspondería un veinteavo de pollo para cada uno de los próximos cinco días. Apenas una brizna de carne. Hay algo a su favor. Julián no ha sido nunca un hombre de mucho apetito. Puede tirar adelante con poca cosa. Puede pues que tuviese suficiente con ese veinteavo de pollo, si añadiese a la dieta un par de olivas o un par de rodajas de salchichón. Para hoy, día 27 (lo anota cuidadosamente en una cuartilla) podría pasar, por ejemplo, con ese veinteavo de pollo,

completado con dos olivas sevillanas, una quinta parte de la barra de pan, cinco rodajas de salchichón de un par de centímetros de espesor y un cuarto de huevo duro.

¿Y mañana?, se pregunta con voz de barítono. Mañana, Dios proveerá, responde inmediatamente, con voz de tenor. Puede, en efecto, que su madre haga la vista gorda y le permita reponer sus previsiones, pero no se hace muchas ilusiones al respecto. Pase lo que pase, sin embargo, sigue decidido a morir de hambre antes que venderse por un mendrugo de pan. No venderá su primogenitura por un plato de lentejas, como se cuenta en la Biblia, eso es seguro. ¿Cómo se llamaba aquel hombre?, le pregunta al monje. El monje, obviamente, tampoco lo sabe. Lo que importa, de todos modos, no son los nombres, sino las cosas que cada nombre representa. Lo que importa, por ejemplo, no es que los cuchillos se llamen cuchillos, sino el hecho de que podamos utilizarlos para cortar.

Julián ha puesto ese ejemplo en labios del monje porque sabe que va a necesitar un cuchillo para partir el huevo duro en cinco partes iguales y, sobre todo, para cortar el salchichón en rodajas. Morir de hambre, se le ocurre de pronto, contemplando la pata de pollo que asoma por debajo del papel de plata, debe de ser como morir durmiendo.

¿Y cómo sabe usted lo que sienten los que se mueren durmiendo?, le pregunta el monje.

He ahí una pregunta sensata. El monje-palillero tiene toda la razón del mundo. Julián no dispone de ninguna razón para saber qué se siente al morir durmiendo porque él nunca se murió durmiendo. Continúa vivo y nunca hubo muerto que resucitase para explicar a los demás qué es lo que sintió al morir. Le gustaría saber, por cierto, qué es lo que piensan sus soldados de la muerte, así que les coloca otra vez en pie y se cruza de brazos, esperando opiniones. Todos los hombres quieren hablar al mismo tiempo y el cuarto se llena de voces.

Para mí, dice el sargento, que consigue finalmente imponer su graduación, la muerte es sólo un instante heroico, un sacrificio supremo.

Pues para mí es sólo una mona, dice uno de los toreros, ceceando.

Los otros toreros, poco más o menos, piensan lo mismo. La muerte es sólo una mona, no hay por qué tenerle miedo. Llego luego el turno a los cabos y a los soldados sin graduación y el primero en hablar es el cabo de la escuadra de fusileros granaderos. Julián lo recoge del suelo con el pulgar y el índice y se lo acerca a la oreja porque sabe que la voz de ese hombrecito es muy débil. El cabo no se siente intimidado por la proximidad del hombre y para demostrarlo se atusa el bigote con sus deditos de madera,

Yo creo, dice por fin, que morir debe de ser como entrar de noche en la habitación de una mujer desconocida. ¿Por qué piensa eso?, le pregunta Julián... El soldadito le guiña un ojo. Uno tiene que estar preparado para recibir las mayores sorpresas, responde. El monje interviene. También él quiere saber qué otras razones asisten al cabo para pensar que la muerte es una mujer desconocida.

¿Usted cree realmente, le pregunta, que la muerte puede ser una mujer?

Pero no obtienen ya ninguna respuesta porque Julián, que en estos últimos instantes ha tenido que cambiar varias veces de voz, se siente fatigado. Traga saliva, carraspea y con la mano derecha se acaricia el cuello, como dando las gracias a las cuerdas vocales por el esfuerzo realizado. De todas formas, valía la pena el esfuerzo. Gracias a ese pequeño sacrificio el sargento pudo hablar con una voz distinta a la del torero, y el torero con una voz distinta a la del cabo y así sucesivamente. Seis o siete voces distintas, que Julián percibió como si le saliesen directamente del abdomen.

La vecina empieza a cantar en el patio. Está inclinada sobre el tendedero donde cuelgan los calcetines rojos. Es la misma canción que antes cantó su madre, aunque el ritmo resulta ahora algo más rápido. Cuidado pues, puede que ese detalle tenga algún significado. La vecina canta Tara, Tararara, Tara, tararará, Tara, tarararara, Tarara de mi Brasil. Las dos canciones sólo se diferencian por la ausencia de las íes y por la coletilla final. Es necesario que encuentre la relación entre el tiarará materno y el tarará de la

vecina. Necesita, sobre todo, descifrar el significado de la palabra Brasil. ¿Qué tendrá que ver ese lejano país con un humilde patio de vecinos lleno de ropa vieja puesta a secar?

La relación, sea cual fuere, existe. Aplica a la nueva letra el procedimiento que utilizó antes con la canción de su madre y por lo que se refiere a las primeras estrofas de cada una de las versiones, obtiene: Tara, Tarararara = Tiara, Tiararara = $(21+1 +19+1) + (21+1+19+1+19+1+19+1+19 +1) = (21 +9 +1 +19+) + (21+ +9+1+19+1+19+1+19+1) = (42 + 102) = (51 + 111)$, y por fin, $144 = 162$, lo que, desde luego, no es cierto.

No puede quedarse cruzado de brazos mientras las mujeres intercambian mensajes. Busca otra cuartilla y prescinde ahora de los sonidos onomatopéyicos. Se limita a analizar la única palabra con sentido, Brasil, y llega a las siguientes combinaciones:

Brasil = papagayo = parloteo insulso.

Brasil = Carnaval = mulatas bailando.

Brasil = Café = insomnio.

Todas esas conclusiones pueden ser válidas, pero prefiere la última: Café igual insomnio. No es necesario buscar más correspondencias. Esa vecina -Julián la espía ahora por detrás de los visillos- está de su parte y con su canción le previene contra el sueño. Es una forma de decirle que no descuide su vigilancia, es decir, que no baje la guardia. Se siente emocionado por la buena voluntad de una mujer a la que sólo conoce de vista, y que, aunque sólo fuese por afinidad de sexo, debería alistarse en el bando de su madre. Acaba de aparecer pues su tercer enemigo, el sueño. Tiempo, hambre y ahora sueño. Esos tres factores, sin embargo, podrían quedar reducidos a uno, tiempo, generador de los otros dos. Lo que está muy claro, de cualquier modo, es que tiempo + hambre + sueño es igual a derrota, y que de esa suma resulta, tal como aprendió hace años en el Instituto, que sueño = derrota - (tiempo + hambre) o, lo que es igual, que tiempo = derrota - (sueño+hambre).

Piensa con tanta intensidad que se le retuerce una venita de la sien. Agota todas las combinaciones posibles entre esos cuatro elementos (llena cinco o seis cuartillas de números y ecuaciones)

y llega por fin a la conclusión de que no vale la pena continuar. en estos momentos se siente más desconcertado que antes. ¿Dónde está, se pregunta, esa fórmula matemática secreta que nos permite descubrir la verdad? ¿Dónde se esconde esa ecuación mágica que puede hacernos dueños de nuestro propio destino?

No hay nadie que pueda responderle. Lo único que ahora le sirve de consuelo es saber que la vecina esté de su parte. Esa mujer merece una carta de agradecimiento. Se transforma en un abrir y cerrar de ojos en el Jefe de Relaciones Públicas de su propia República y dispone una nueva cuartilla. Le tiembla demasiado el pulso y se sujeta con la otra mano la muñeca de la mano derecha, que es la que sostiene el bolígrafo. Tiene, además, muy mala letra (letra de médico, dice su madre) y decide escribir con mayúsculas. Vacila al elegir el tratamiento (duda entre Excelentísima e Ilustrísima) pero al final prefiere llamarle simplemente buena mujer.

Lo del tarará, escribe, sin más preámbulos, me parece muy ingenioso, y le aseguro que no me resultó demasiado difícil pasar de la palabra Brasil a la palabra café, y de ésta a la palabra insomnio, porque todo el mundo sabe que el café no deja dormir a la gente.

Añade que nunca fue demasiado aficionado al café, pero que lo dejó por completo el mismo día que alguien le dijo que era un anafrodisiaco. Porque tiene usted que saber, explica a continuación, como si una cosa tuviese que ver con la otra, que, aquí donde me ve, estudié durante tres años en la Facultad de Derecho de la Universidad de K. y que aunque todo lo que aprendí allí no me ha servido hasta ahora de gran cosa, tampoco puede decirse que sea un ignorante que no sabe dónde tiene su mano derecha.

Una vez que ha escrito todo eso, confiesa a la vecina algo que jamás había dicho a nadie: su trabajo era una lata –se pasaba las horas muertas ordenando copias de facturas–, pero lo peor eran los compañeros. Esos individuos estaban siempre dispuestos a tomarle el pelo: una tarde, a la salida de la oficina, le quitaron un zapato y lo tiraron a la alcantarilla.

El motivo de esta misiva, escribe por fin, aumentando progresivamente el tamaño de las mayúsculas, es, pues, el de hacerle

patente mi más sincera gratitud y el de asegurarle que, con café o sin café, sabré mantenerme en guardia.

Se le presenta luego el problema de hacer llegar la carta a su destino. Puede meterla en un sobre, lacrar el sobre y pedir luego a su madre que lo entregue a la vecina. En su habitación, sin embargo, no tiene sobres ni lacre. Puede, también, doblar la cuartilla varias veces, sujetarla con una de las pinzas de madera del tendedero, hacer señas a la vecina y lanzarle la pinza con la carta. No tiene ocasión, de todas modos, de correr ese riesgo, porque mientras está doblando la cuartilla la mujer se retira de la ventana y le deja con un palmo de narices. Reaparece cantando un par de minutos más tarde, pero la letra de la canción es ya algo más explícita. Lo que ahora canta es lo siguiente:

Tara, tarararara/tara, tarará/Tara, tarararara/corazón de mi Brasil.

Sus deducciones se vienen pues abajo. No se trata de café de Brasil, sino de corazón de mi Brasil, lo que significa, sin lugar a dudas, algo muy distinto.

¿Por qué corazón?, se pregunta Julián, asomándose a la ventana y volviéndose hacia la mujer.

Cuatro o cinco metros más allá, la vecina ni siquiera levanta la mirada. Tiene una pinza entre los dientes y no puede abrir la boca. ¿Por qué corazón?, continúa preguntándole Julián. La vecina le ignora. Se ha puesto otra pinza entre los dientes y no aparta la mirada de uno de los calcetines rojos. Cuando se quita la pinza, sin embargo, vuelve a cantar y Julián advierte entonces que sus senos no abultan demasiado, a pesar de que tiene la voz gangosa. Eso no es normal. Senos aparte, sin embargo, lo que está claro es que a esa mujer le importa un comino el problema de su vecino. Julián se retira de la ventana, se tumba otra vez sobre la cama y con los dos puños se golpea la cabeza. Hizo mal confiando en esa mujer. ¿No estaba ya más que demostrado que fuera de este cuarto no había nadie dispuesto a echarle una mano? Su ingenuidad merece un castigo. Salta de la cama, se arrodilla y se condena a permanecer con los brazos en cruz. Dos minutos después su madre vuelve del

mercado y llama en la puerta del cuarto con los nudillos. Adivina lo que te he comprado, dice. Julián se incorpora, se sienta en el borde de la cama y se frota las rodillas. Huevos de avestruz, responde olvidándose de la vecina. y se echa a reír. Lo has adivinado, suspira su madre. Y con esa respuesta brinda a su hijo una prueba más de su doblez. Está muy claro que Julián ni siquiera puede confiar en la mujer que le trajo a este mundo. En ningún mercado de la ciudad pueden encontrarse huevos de avestruz. Huevos de camello, musita la mujer, camino del recibidor. Abre la puertecilla del contador de la electricidad, devuelve la corriente y guarda en el congelador del frigorífico el pescado fresco que llevaba en la bolsa.

-Huevos de elefante -susurra.

Julián vuelve a sentarse en la butaca, dando la espalda a la ventana. Le sudan las manos y de vez en cuando siente una especie de tirón en el párpado izquierdo. No tiene la menor intención de volver a colgar la manta. Ha empezado a escuchar las notas de un órgano que descienden desde las alturas. Cierra los ojos y el cuarto se transforma ahora en una iglesia. La música es tan hermosa que los fieles lloran avergonzados y se arrepienten incluso de pecados que nunca cometieron. Dios está de mi parte, se dice Julián. Y se pone de rodillas. No es la primera vez que siente en esta misma habitación la presencia de un ser sobrenatural. Nunca pudo verle con los ojos del cuerpo, pero lo sintió como un especial estremecimiento, o, mejor, como una forma de calor interno. ¿Qué pueden temer los hombres que tienen a Dios de su parte?, se pregunta, levantando la mirada al techo.

Si se asomase en estos momentos a la ventana podría ver una gran nube con los bordes ribeteados de oro. Podría ver también que el humo de las chimeneas no oculta completamente el azul del cielo. El órgano, sin embargo, se transforma de pronto en un violín y el cuarto vuelve a ser el de siempre. Doscientas cuarenta baldosas y quince metros cuadrados. Una pequeña habitación con una cama, una mesita de noche, una cómoda, un armario y una ventana abierta al patio interior. El violín suena en el interior de la mesita de noche,

entre los zapatos, y debe de ser tan pequeño que cualquiera de sus soldaditos podría levantarlo sin problemas. Julián lo descubre a las primeras de cambio. Ahí está, ahí está, exclama. Lo recoge entre el pulgar y el índice y lo deposita sobre la palma de la otra mano. La potencia de ese violín, teniendo en cuenta la pequeñez de su caja, resulta increíble, pero enmudece muy pronto, asustado tal vez por la proximidad del hombre. Cuando Julián vuelve a dejarlo entre los zapatos la música se reanuda. El invisible violinista sólo utiliza las cuerdas más agudas. Acomete inesperadamente un aire popular y uno de los soldados se enardece tanto que agarra el fusil como si fuese una mujer y empieza a girar sobre sus talones. Julián monta en cólera. ¿Qué significa esto?, pregunta al soldado-bailarín, fulminándole con la mirada. ¿Cree usted que en la situación en la que nos encontramos podemos permitirnos el lujo de bailar?

Y así, de ese modo tan sencillo, se enciende en la soledad del cuarto un largo y apasionado diálogo en el que Julián va representando sucesivamente el papel de todos y cada uno de los interlocutores. Sucede, poco más o menos, lo que ya ocurrió hace un momento, cuando se pusieron a pontificar a propósito de la muerte. Julián, por supuesto, habla con su propia voz, y el monje conserva su hermosa voz de barítono, pero suenan también otras voces. Al soldadito bailarín le ha correspondido una voz de vicetiple. Cuando Julián le recrimina su afición al baile deja de bailar y le desafía con la mirada. Dice que ni siquiera sabe qué es lo que están haciendo en el cuarto. Ni él, ni sus compañeros. Defienden ustedes mi independencia, le explica Julián. Lo malo, señor mío, es que su independencia no es nuestra independencia, interviene otro soldado, con una voz ligeramente nasal. Julián se siente desconcertado. No esperaba que sus hombres le llamasen señor. Ni siquiera le parece correcto. Lo peor, sin embargo, es que sus soldados piensan. Le sorprende también la pasividad del sargento, que se mantiene vuelto hacia la puerta, dando la espalda a todos sus hombres, desentendiéndose del conato de rebelión. Tendrá que ser él quien haga entrar en vereda a los revoltosos. Recuerda que su madre forra con periódicos el fondo de los cajones

de la cómoda. Es muy probable, por lo tanto, que en alguno de esos diarios encuentre el discurso de algún político que, aun sin venir a cuento, pueda encandilar a los soldados. En los tres primeros cajones no encuentra nada que valga la pena. El país ya no es lo que fue hace años. Ya no se estilan los discursos. La gente no cree en los grandes ideales de antaño. Prefiere que se les hable de otras cosas, por ejemplo, de economía. Continúa buscando y, a falta de otras cosas mejor, se dispone a leer en voz alta las cotizaciones de bolsa. Se propone hacerlo, eso sí, con voz tonante y la entonación adecuada.

La sesión de hoy, empieza a leer, estuvo falta de ambiente y las diferencias se mostraron irregulares. Sólo registraron mejoras el Banco de PNK y el Banco de CUP. Algunos soldados se encogen de hombros. ¿Qué es lo que pretende usted decirnos?, le pregunta uno de los cabos. Julián no está dispuesto a responder preguntas tan obvias. Continúa leyendo y proclama que pronto los cambios volverán a estar orientados hacia un clima de alternativas más moderadas. El cabo ametrallador suspira. No me importa que piense que soy tonto, dice, pero no entiendo nada. Los asmáticos, sigue leyendo Julián, dando la vuelta a la página, descubren sus ventajas. El ahogo, la sofocación y la angustia que el asma produce en el enfermo son síntomas que turban su vida, que deprimen y que, si se prolongan mucho tiempo, pueden llegar incluso a aniquilarle física y mentalmente.

Ha dicho todo eso con pasión, mordiendo las sílabas y arrastrando las erres. Los soldados aplauden, pero él no se inmuta. Con la ingestión de las primeras grageas, lee ahora, el enfermo goza de una sensación de alivio que aumenta a medida que las flemas se fluidifican.

Establece una pausa y sospecha que los soldados no entienden ni una sola palabra. Fluidificar, les explica, por si acaso, viene de fluido. Decir que las flemas se fluidifican significa tanto como decir que se hacen menos espesas. Y a continuación, sin que venga ya a cuento, les explica que la electricidad es un fluido y que en el fondo del mar hay peces que se defienden a base de descargas

eléctricas. ¿Han oído hablar ustedes de los peces-torpedo?, les pregunta. Nadie se atreve a responder y Julián dice que los peces eléctricos se sirven de luces para atraer a sus víctimas. Se ha transformado, pues, en un maestro de escuela que explica a sus niños historias maravillosas.

¿Quién de vosotros, pregunta, sabe cuál es el pez más perezoso del mundo? Los soldados bostezan y Julián empieza a desanimarse. Vuelve la mirada al monje y le pregunta qué es lo que haría él si estuviese en su puesto. El monje le aconseja que improvise un verdadero discurso.

Insista sobre el tema de la independencia, dice. La voz del monje es la que mejor le sale. La verdad es que no se pueden desoír los consejos de un hombre que tiene una voz tan hermosa. Les hablará, pues, de independencia. Un tema bastante complicado, pero que está de moda. Todo el mundo, empieza diciendo, sabe muy bien que nuestra independencia y que nuestra libertad están hoy en peligro. Algunos soldados mueven la cabeza de izquierda a derecha y carraspean. Quieren saber a qué independencia se está refiriendo, si a la de todos los que están en este cuarto o únicamente a la suya. Julián ha utilizado el adjetivo nuestra, pero con eso no tienen suficiente, pretenden que Julián se comprometa un poco más. ¿A qué independencia se refiere usted?, le preguntan. Julián sonríe. Se refiere, por supuesto a la independencia de todos los que están ahora en el cuarto. Dicho de otro modo, a la independencia de todos los que esta mañana se negaron a continuar siendo manipulados y eligieron la libertad.

Procure vocalizar mejor, le aconseja el monje. Julián asiente con un rápido movimiento de cabeza y se lleva la mano a la garganta, como si de ese modo pretendiese afinarse un poco más las cuerdas vocales...

¿Cre-en us-te-des que la in-de-pen-den-cia es al-go que pue-de re-ga-lar-se gra-tui-ta-men-te?

El cabo de la escuadra del fusil ametrallador chasquea la lengua contra el paladar. Adopta el aire de quien acaba de escuchar un chiste que ya conoce y pregunta a Julián si cree realmente que

su independencia es la misma independencia que la de sus soldados. La- sa-gra-da in-de-pen-den-cia- de- la- pa-tria, responde Julián. Los soldados no se impresionan. La patria era verde y se la comió un burro, piensan algunos. Procure usted poner un poco más de convicción en sus palabras, le aconseja el monje. Julián asiente con un movimiento de cabeza y se lleva la mano a la garganta, como si de ese modo pretendiese afinar un poco más las cuerdas vocales y conseguir nuevos registros. ¿Cre-en us-te-des- que la in-de-pen-den-cia de la pa-tria es- al-go que- pue-de con-quis-tar-se sin es-fuer-zos? repite. El violín vuelve a interpretar la misma polka de antes y los soldados se alborotan. Es una melodía alegre que habla de prados verdes, de jarras de cerveza y de muchas rubias como el sol. Esta vez ni siquiera el sargento puede contener los pies y se justifica diciendo que hace no mucho escuchó esa misma canción. No me extraña que los chicos tengan ganas de bailar, suspira, con aire nostálgico. Me es-toy re-fi-rien-do a la sa-gra-da in-de-pen-den-cia de la patria, insiste Julián.

Los soldados se encogen otra vez de hombros y el monje le aconseja que les hable en un idioma en que no puedan entenderle. En un mundo incomprensible, dice, un lenguaje incomprensible. Podría ser el lema de su próxima campaña electoral. ¿Y en qué idioma quiere que les hable?, pregunta Julián. En cualquier idioma, responde el clérigo, que acabe de sembrar la confusión. ¿En esquimal?, sigue preguntando Julián. El monje responde que eso es lo que menos importa. Podría ser en esquimal o en australiano. Lo ideal, de todas formas, sería inventar un idioma nuevo, que nos sirviese de vomitivo y nos dejase con el estómago limpio, predispuestos para el gran cambio. Julián podría incluso inventarse ese nuevo idioma sobre la marcha. De todas formas, añade luego, resultaba ridículo oírle hablar de independencia con el pijama todavía puesto.

Julián resopla por la nariz. No le gusta la observación del clérigo. Si él fue capaz de ver este cuarto transformado en un jardín, ¿por qué los soldados no van a ser capaces de verle con uniforme de general? No conoce, además, ningún otro idioma que el mater-

no. Yo soy un infeliz monóglota, susurra. El clérigo frunce el entrecejo. ¿Existe realmente esa palabra?, pregunta. ¿La recoge el diccionario? Julián se dice que eso no importa mucho, porque todas las palabras se inventaron alguna vez. Dice, finalmente, hablar empleando una sola vocal. Por ejemplo, utilizando sólo la letra o. Independencia se convertiría entonces en ondopondoncoo y patria en potroo. La idea no es mala.

¡O los borrocodos!, grita de pronto, formándose bocina con las manos. Los soldados no entienden que lo que realmente dijo fue ¡A las barricadas! y nadie mueve un dedo. El monje sonríe. Muy bien, dice. Si no hay otro remedio, utilice el latín. Tampoco esa es mala idea. El latín, a pesar de todo, continúa inspirando respeto incluso entre la gente más descreída. Julián recuerda todavía algunos latinajos de sus tiempos universitarios.

Después de tantos años ha llegado el tiempo de utilizarlos. Liber-tas i-nes-ti-ma-bi-lis res est, recita. Y luego: Po-tes-tas te-rrae fi-ni-tur ubi ar-mo-rum fi-ni-tur vis. Y apenas acaba de pronunciar esas sentencias se enciende una nueva luz en la mirada de los soldados. Ni siquiera ha tenido necesidad de gritar. Todos los hombres han regresado a la disciplina de los primeros momentos.

La madre, mientras tanto, continúa en la cocina. Cualquiera que la viese ahora entre las cazuelas podría pensar que empieza a resignarse. Cuando abre el frigorífico y no encuentra el cuarto de pollo, sin embargo, se enfurece. Corre al pasillo y golpea la puerta del cuarto con una sartén. Ahora no piensa en los vecinos. Pregunta dónde está el pollo que guardaba para su padre y Julián no se anda con rodeos y dice exactamente lo que piensa. Su padre es un fracasado y los fracasados no tienen derecho a comer pollo. La mujer quiere replicar, pero se le traba la lengua. Su voz ha subido un par de octavas de tono y una vez más acaba por echarse a llorar. Lanza la sartén al fondo del pasillo y se lleva las manos a la cabeza. Julián vuelve la mirada al monje y le pide un consejo. Suéltele también un sermón en latín, a ver si se calma, le susurra al oído.

¿Dónde está el salchichón? ¿Dónde están las olivas y la botella de agua mineral?, sigue preguntando la mujer. Sic transit gloria mundi, proclama Julián, con la voz del monje. Y la madre,

al oírle, se suena con fuerza, contiene la respiración y permanece en silencio, con el oído pegado a la puerta del cuarto. ¿Quién hay ahí dentro?, pregunta al cabo de un momento. ¿Quién está contigo?

Y esa pregunta ofrece a Julián la posibilidad de utilizar todas sus voces y responder sucesivamente con cuatro voces distintos. Un yo por el monje, otro por el sargento, otro por el cabo ametrallador y, por fin, el suyo propio. Ninguna de las cuatro voces, por supuesto, coincide en tono, timbre y entonación. Su madre regresa a la cocina sin quitarse las manos de la cabeza, pero ha dejado de llorar. Vuelve a revolver con el tenedor los huevos que antes dejó a medio batir, pero está pensando en otras cosas y los golpes carecen de ritmo. Vierte el aceite en la sartén y un par de minutos más tarde el aire se llena de diminutos estampidos. Julián percibe desde su cuarto el olor del aceite quemado y puede oír incluso cómo salta en la sartén. Cierra los ojos –una vez más ha vuelto a tumbarse en la cama– y el crepitar del aceite le recuerda el canto de las cigarras. Se vuelve hacia el monje y observa que en esta época del año todas las cigarras del mundo están durmiendo, o, por lo menos, adormecidas, esperando que llegue un nuevo verano.

–Las muy putas duermen y esperan–, susurra. Pero al llamarles putas no se propuso, ni mucho menos, insultarlas o menospreciarlas. Fue sólo una forma, tal vez un poco chusca, de expresar todo el respeto que le merecen esos insectos. Las cigarras, en efecto, duermen y se limitan a esperar que llegue el verano. Se pasan el invierno tumbadas a la bartola y se despiertan cuando los árboles ya se han cubierto de hojas. Eso es, más o menos, lo que leyó hace unos días en su libro de insectos y flores.

¿Sabe usted por qué cantan las cigarras? El monje se encoge de hombros. No, dice, no lo sé. Julián sonríe. tampoco él lo sabe, pero sí sabe, en cambio, cómo lo hacen, es decir, cómo cantan. No es tan difícil como pueda pensarse a primera vista: esos insectos disponen de un aparato acústico excepcional en la base del abdomen. Yo creo que cantan: porque algo las excita, susurra el monje. Julián afirma con un par de movimientos de cabeza. La observa-

ción le parece muy atinada, seguramente cantan porque alguna cosa las excita.

Hay algo, también, que debe de excitar a la vecina. Esa mujer canta asimismo de forma intermitente. ¿Qué es, sin embargo, lo que inspira las canciones de esa mujer? ¿Qué es lo que puede tener de común con las cigarras? ¿Y si ella fuese también una cigarra? El monje no puede por menos de sonreír, divertido por su propia ocurrencia. El muy pillo está pensando que las cigarras no tienen tetas y Julián, que puede adivinarle el pensamiento, apunta la posibilidad de una nueva especie de cigarras que, sin dejar de ser insectos, sean también mamíferos. ¿Cómo podría ser eso posible?, le pregunta el monje. Ha superado su momento de frivolidad y vuelve a ser el hombre juicioso de siempre. Las cigarras y las mujeres no tienen nada en común porque las cigarras se reproducen por huevos y las hembras, además, son mudas. No parece tener un concepto muy elevado de las mujeres. Aprendió a menospreciarlas cuando tuvo que renunciar a todas sus delicias. De lo que ya no está tan seguro es de que la longevidad de esos insectos cantores. ¿Cuántos veranos pueden vivir? ¿Se les presenta realmente la posibilidad de cantar dos veranos seguidos? Sea como fuere, al monje le parece estupendo que las cigarras puedan cantar, aunque sólo sea un verano. ¿Es usted capaz de aprender la lección que nos brindan esas admirables criaturas?

La vecina del patio continúa cantando entre dientes. Ha llenado todo el tendedero de calcetines y de vez en cuando utiliza una sola pinza para colgar dos calcetines de distinto pie, es decir, una pareja. Esa mujer no es, desde luego, una cigarra. El monje tiene razón. Por mucho que cante, no hay cigarra que tenga semejante par de tetas. No son tan grandes como podría esperarse de su voz gangosa -eso ya lo descubrió antes- pero merecen un encendido piropo. Cuando la mujer levanta la mirada, Julián le muestra discretamente la punta de la lengua.

-Mi respetada señorita, canta usted como los ángeles- le dice. La mujer frunce el ceño. Desaparece de la ventana y Julián vuelve a sentarse en la butaca y se encara con el monje. ¿Quién

puede presumir de entender a las mujeres?, le pregunta. Pero enseguida se olvida de la vecina y regresa al tema de las cigarras. Carraspea para aclararse la voz y confiesa al monje que algunas veces, cuando se ve en un espejo, tienen la impresión de ser una cigarra. La culpa la tienen los ojos, que le han parecido siempre muy abultados. Tengo ojos telescópicos, susurra. Si me alborota el pelo y extiende los brazos como si fuesen alas, me parece que voy a poder volar.

—Si yo pudiese volar— añade luego—, el cielo tendría sentido. El monje se enfada. Lo que acaba usted de decir me parece una blasfemia, dice. Pero esta vez Julián se equivoca y en lugar de utilizar la voz del monje utiliza la suya. No está pues seguro de quién ha pronunciado las últimas palabras. Puede que fuese él, —autoacusándose de blasfemo—, pero puede, también, que fuese realmente el monje. ¿He sido yo, se pregunta, hablando por mí mismo? ¿Ha sido el monje, hablando con mi voz? ¿Fue alguien que no conozco, utilizando una tercera voz parecida a la mía? Y mientras él se formula todas esas preguntas, la madre baja el volumen del gas, cubre la sartén con la tapadera de una cazuela y deja que las patatas vayan friéndose lentamente.

Ha establecido ya la política a seguir: lo mejor, se propuso hace un momento, es no perder la calma y esperar que su marido vuelva del trabajo. Entre los dos verán luego qué es lo que más conviene hacer, si llamar al médico del Seguro o llevar a Julián directamente al hospital. Vuelve al pasillo y se pasa un buen rato con el oído pegado a la puerta. Quiere comprobar si Julián continúa hablando solo. Esta vez dentro del cuarto no se oye ni el vuelo de una mosca. Puede que se haya quedado dormido, piensa. Y para salir de dudas vuelve a repetir su oferta de antes: si sale del cuarto por las buenas, está dispuesta a darle cuatro mil quinientas y a prepararle para comer todo lo que le pida.

Julián no responde, continúa pensando en las cigarras. Sabe, sin embargo, que su madre está escuchándole al otro lado y le pide que le traiga el libro de flores e insectos que está en la última estantería del mueble del comedor. Gente pobre no necesita

criados, responde la mujer. Julián se tumba una vez más sobre la cama y recorre la mirada la grieta que cruza el techo en diagonal. No es la primera vez que la ve ahí, pero hoy la observa con otros ojos. Puede que esa grieta sea algo más que una simple desconchadura de la pintura, puede que la casa amenace ruina y puede incluso que alguien, para evitar al inmueble una agonía lenta, haya decidido dinamitarla esta misma mañana sin avisar previamente a los vecinos. ¿De qué servirían entonces todos los soldados?, se pregunta. Un instante después se ríe de sus aprensiones. No tiene nada que temer. Ningún dinamitero se atreverá a volar la casa mientras su madre esté dentro. Julián lo sabe muy bien: su madre, aunque no lo parezca, es un personaje importante: nada menos que prima segunda del Jefe Superior de Policía y, por si eso fuese poco, emparentada con los príncipes regentes del Tirol.

Tenemos que ir pensando en la excusa que podemos darle a tu padre, dice inesperadamente la mujer por el agujero de la cerradura. La procesión le va por dentro, pero ahora procura mostrarse confiada. Quiere ganarse la confianza de Julián y ha utilizado el plural como si los dos conspirasen juntos contra el padre. Julián no muerde el anzuelo y permanece en silencio y sin apartar la mirada del techo. La grieta empieza en el rincón derecho, junto al armario, cruza el techo zigzagueando, y acaba en el rincón opuesto, es decir, en el izquierdo, sobre la cabecera de la cama. Aunque también pudiera ser que fuese al revés, es decir, que empezase en el rincón izquierdo y acabase en el derecho. ¿Qué excusa podemos darle?, le pregunta su madre, por el agujero de la llave. Julián se acaricia la ceja con el índice. ¿Dónde está realmente, se pregunta, el principio y el fin de las grietas? ¿Quién puede estar seguro en un asunto tan delicado?

—De acuerdo —dice ahora la mujer—. Tú ganas. Voy a buscarte el libro. Te lo dejaré junto a la puerta. Y se aleja hacia el comedor arrastrando la pierna martirizada por las varices. Ahora es Julián quien piensa en su padre. Fue él quien le regaló el libro hace diez o quince años, cuando aún creía en el futuro de su hijo. ¿Es posible, se pregunta Julián, volviéndose a frotar suavemente la ceja, que alguna vez creyese en mí?

Suponiendo que ahora sean las once de la mañana, no volverá hasta dentro de tres horas. Lo más probable es que regrese demasiado cansado de la fábrica (trabaja en una pequeña fábrica de botones, al otro lado de la ciudad) y que se desentienda una vez más de los problemas que le exponga su mujer. Eso es, por lo menos, lo que viene sucediendo desde hace ya bastante años. Se limitará pues a despachar en silencio todo lo que le pongan delante y cuando acabe de comer se echará una cabezada en el sillón. Se despertará luego con el tiempo justo para volver al trabajo y bajará por la escalera protestando. Julián vuelve la mirada al monje y se encuentra con una expresión desconfiada.

—No se fíe usted— viene a decirle—, no se fíe y recuerde siempre que la desconfianza es la madre de la seguridad. ¿Qué podría pasar, por ejemplo, si a su padre no le gusta hoy la comida? ¿Cuál podría ser su reacción, si su madre le cuenta que fue usted quien le dejó sin el pollo?

Julián no las tiene pues todas consigo. Tal vez su padre haya llegado a la conclusión de que su hijo no tiene remedio y que, precisamente por eso, piense que a nadie le importa un comino que haya decidido encerrarse en el cuarto. Otra cosa, sin embargo, es aceptar que tenga que ser él quien sufra las consecuencias de su encierro. No está pues de más que el monje le recomiende prudencia. Nada, pues, de echar las campanadas al vuelo. No existe ninguna razón para que se relaje la disciplina de sus hombres. Si a su padre le da por echar la puerta abajo, sus soldados van a tener que echar mano de todo su coraje para defender los quince o veinte metros cuadrados del cuarto, o, lo que es igual, para proteger sus doscientas cuarenta baldosas. Existe, además, el riesgo de que el violín pueda despertarse en el momento menos pensado con cualquier otra polca, provocando la indisciplina de los soldados. ¿Será esa la misión de los violines? ¿Provocar la indisciplina? ¿Hacernos soñar mundos que no existen?

El monje le pide calma. Debe confiar en el sentido de responsabilidad de los soldados. Desde que les soltó los latinajos los once hombres (incluso los seis toreros) han permanecido en

posición de firmes, inmóviles, sin pestañear, con la barbilla recogida, el pecho abombado y los brazos pegados a los costados del cuerpo. No hay razón para que usted desconfíe de esos chicos, dice el monje. Y añade luego que quizás la situación no sea tan desesperada como suponen y que tal vez Julián se equivocó antes al calcular la relación entre área a defender y defensores.

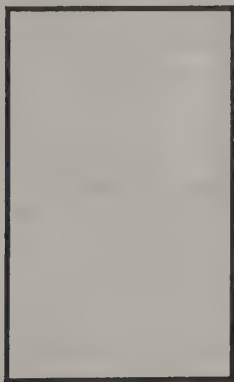
—¿Cómo quiere usted que me haya equivocado en algo tan sencillo? —le pregunta Julián. Y un instante después, cambiando de voz, se da a sí mismo la respuesta. Tal vez, por ejemplo, no hubiera debido de tener en cuenta la superficie que ocupan los muebles. La cama ocupa ocho baldosas de largo por cuatro de ancho y la butaca dos baldosas de ancho por otras dos de largo. ¿Era necesario contar también esas baldosas? ¿No hubiera sido más lógico tener sólo en cuenta las baldosas libres, que son las únicas que, en todo caso, podrían soportar físicamente las pisadas del invasor?

Si no tiene en cuenta esas baldosas, la situación mejoraría algo. La cama, el armario, la cómoda y la butaca ocupan, en total, $32 + 10 + 8 + 4 = 54$ baldosas. Restándolas de las 240 baldosas, resulta $240 - 54 = 186$ baldosas, con lo que llegaríamos a $186 / 11 = 16,9$ baldosas por soldado, lo que significa, evidentemente, una sensible mejora respecto a las 21,81 baldosas que asignó en un principio a cada defensor. Se ha olvidado usted de la mesita de noche, le señala el monje. Julián se da una palmada en la frente. Es cierto, no la tuvo en cuenta, precisamente por estar escribiendo sobre ella. De acuerdo, de acuerdo, reconoce. Cualquiera puede tener un descuido. Debe rectificar, pues, los cálculos. La mesita de noche ocupa cuatro baldosas, así que si las suma a las 54 de antes, obtiene un total de 58. En este caso: $240 - 58 = 182$ baldosas a defender. Divididas entre los 11 soldados, resulta $182 / 11 = 16,545$ baldosas por soldado.

El panorama, por lo tanto, empieza a resultar menos sombrío, pero puede llegar incluso a ser esperanzador si, como base de las operaciones, se toman no ya los hombres, considerados como unidades biológicas independientes —aunque dirigidas por una voluntad única para todos— sino sus brazos, o mejor aún, sus

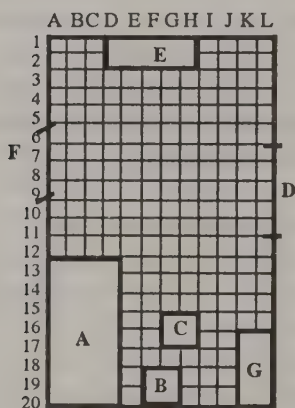
deseos. Calculándolo de ese modo, once hombres suponen un total de 22 brazos y 110 dedos, suponiendo que todos tengan cinco dedos en cada mano, que es lo normal. Julián divide pues el número de baldosas por el número de brazos y le salen 8,27 baldosas para cada soldado, con lo que la situación mejora algo. Pero si lo que tienen en cuenta no son los brazos, sino los dedos, el resultado es todavía mejor, pues corresponderían 1,65 baldosas para cada dedo. Un resultado francamente bueno, pues supone que la relación baldosas-defensores llega casi a equilibrarse.

No quiere, de todos modos, dejar las cosas en pura teoría, tan engañosa en algunas ocasiones. La independencia de su habitación –que equivale, en definitiva, a su propia independencia– le resulta demasiado querida para confiarla a unos cálculos que, en el mejor de los casos, sólo pueden ser aproximados. Quiere verlo todo gráficamente, así que valiéndose de una cuartilla doblada varias veces a modo de regla, dibuja un paralelogramo que sea proporcional a las dimensiones del cuarto.

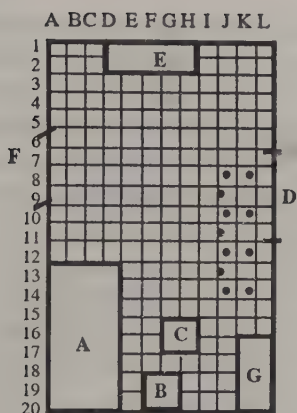


Traza luego veinte líneas transversales y doce longitudinales y obtiene doscientos cuarenta cuadritos que equivalen a las doscientas cuarenta baldosas. Distribuye los cuadros sobre los muebles y obtiene:

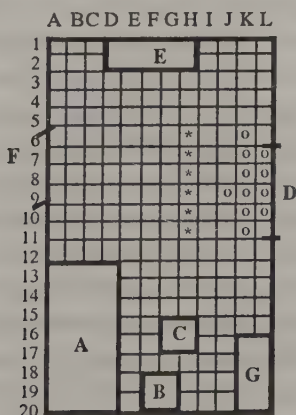
en el que, como ya se vio antes, A representa la cama, B la mesita de noche, C la butaca, D la puerta, E el armario, F la ventana y G la cómoda. esto ya es otra cosa, suspira, mientras su madre continúa pendiente de las patatas fritas. Y cuando vuelve a estudiar el plano -que significa, a fin de cuentas, un posible campo de operaciones- llega a la conclusión de que hay unas baldosas más importantes que otras y que merece por ello una atención especial. Tal sucede, por ejemplo:



con las que están justamente delante de la puerta, es decir, las baldosas 8, 9, 10 y 11, sobre todo las correspondientes a las verticales J, K y L. Sobre estas baldosas, por lo tanto, debe concentrar el mayor número de soldados. Por ejemplo, en donde cada círculo interior corresponde a un soldado.



La situación podría mejorar todavía más si, tal como pensó antes, reclutase también a los toreros. Lo hace así -no se preocupa ahora por saber si entre esos curiosos individuos hay algún objetor de conciencia- y el ejército se amplía a diecisiete hombres. De ese modo consigue un notable aumento en el número de brazos, y, sobre todo, en el número de dedos. Con el refuerzo de los toreros podría establecer ya una primera línea defensiva, encomendada a los soldados profesionales, y una segunda línea de sostén, integrada por los seis toreros. Extiende una nueva cuartilla y dibuja la disposición final de sus hombres:



Nada, pues, de dividir a los soldados en dos escuadras, tal como pensó en los primeros momentos. Les traslada a las nuevas posiciones –lo hace cuidadosamente, utilizando el pulgar y el índice de la mano derecha– y le pide al monje que vuelva a soltarles algunos latinajos. Sic transit gloira mundi, dice inmediatamente, cambiando de voz. Puede que esa sentencia no sea la más apropiada –suena a despedida definitiva–, pero en estos momentos no recuerda otra. Le parece, de todos modos, que los soldados la reciben con una sonrisa. Cree verles incluso con las mandíbulas apretadas y los músculos tensos. Parecen dispuestos a morir sin hacer preguntas, pero Julián prefiere darles algunas explicaciones.

Amigos míos, les dice, desde hace algún tiempo vivo rodeado de enemigos que buscan mi perdición. Me acechan personajes misteriosos. No puedo pregonar todavía quienes son pero algún día haré públicos sus nombres.

Le dice también que durante estos días su situación se ha hecho insostenible y que cuando sale a la calle todos los autobuses tocan la bocina al mismo tiempo y pasan a su lado rozándole. Las porterías, además, con la excusa de que están barriendo lanzan inmundicias a su paso y algunos transeúntes se detienen incluso con aire arrogante y escupen a sus pies.

–Díganos quiénes son esos desalmados –brama el sargento. Julián sacude la cabeza. No, no ha llegado todavía el momento de decirlo. Y luego, en un tono que no resulta todo lo lastimero que cabría esperar tratando un tema tan penoso añade que ni siquiera en su propia casa se siente completamente seguro. ¿Ni siquiera en su casa?, pregunta el sargento. No, ni siquiera aquí, responde Julián. Sólo entre las cuatro paredes de su cuarto su cerebro puede registrar todos los movimientos hostiles que se producen a su alrededor, por leves que sean. Fuera del cuarto, sin embargo, se siente indefenso. Hace sólo una semana, por ejemplo, al reloj del comedor le dio por insultarle. Abandonó su tic-tac habitual y empezó a llamarle cerdo: cer-do, cer-do cer-do... ¿Puede un hombre permitir que un simple reloj de pared le insulte de ese modo y, lo que es peor, sin ningún motivo que pueda justificarle?

Cuando se lo conté a mi madre, prosigue Julián bajando la voz, me dijo que no, que el reloj sonaba como siempre, y que todo eran figuraciones mías. ¿Significa eso que su madre conspira también contra usted?, le pregunta el monje. Julián responde que sí. Incluso su propia madre figura en el censo de sospechosos. Este tema, sin embargo, le resulta especialmente espinoso y por el momento prefiere no entrar en más detalles. Lanza un suspiro, establece una breve pausa y sigue contando que hace tres o cuatro días sus enemigos empezaron a servirse de los ruidos aparentemente más inocentes para transmitirle sus mensajes de odio y de muerte. Tan inocentes, por ejemplo, como puedan ser el goteo de un grifo en el silencio de la noche, el canto de un pájaro, el ladrillo de un perro o, mientras estaba en la oficina, las pulsaciones de una máquina de escribir.

¿De una máquina de escribir?, pregunta el monje, admirado. ¿Se sirven también de esos artefactos? En efecto, responde Julián, utilizan también una simple máquina de escribir, o, mejor dicho, varias máquinas de escribir que pulsan al mismo tiempo. Y añade que las mecanógrafas se comunicaban entre sí imprimiendo a sus pulsaciones una cadencia determinada. La mecanógrafa rubia que tenía a su derecha se comunicaba con la mecanógrafa morena que tenía a mi izquierda, los mensajes secretos pasaban continuamente por encima de su cabeza y él no podía hacer nada por interceptarlos. ¿Puede concebirse algo más desesperante?

La vecina empieza otra vez a cantar en el patio -hay en esa mujer el firme propósito de provocarle a toda costa- y Julián interrumpe sus soliloquios. He ahí a otra de sus enemigas. Se acerca de puntillas a la ventana y levanta el visillo. La mujer le descubre y sacude la cabeza, como lamentándose de algo. No vale pues la pena que se ande con disimulos. Abre la ventana de par en par y se encara con la muchacha. Amiga mía, le endilga a las primeras de cambio, puede usted continuar cantando hasta el día del Juicio final, pero le anticipo que por mucho que cante, jamás conseguirá arrastrarme a la cama.

Cierra la ventana antes de que la vecina pueda replicar, vuelve a sentarse frente a sus soldados y les explica que jamás fue juguete de ninguna mujer, por muy hermosa que fuese, y que piensa continuar así durante toda la vida. Pues hará usted muy bien, opina el monje. Si todos los hombres hiciesen como usted, otro gallo cantaría a las mujeres. Y luego ahuecando un poco más la voz, pide a Julián que cuente lo que hace dos o tres semanas le pasó con el sastre del barrio.

¡Ah, sí! Ese pícaro sastre!, suspira Julián, equivocándose otra vez de voz y utilizando la del sargento. Y se explica a sí mismo que lo que le hizo ese hombre fue una de las mayores humillaciones de su vida y, sobre todo, una muestra más del vasto sistema de vejaciones y de estratagemas puesto en marcha por sus enemigos para convertir su existencia en algo intolerable. Ese sastrecillo se permitió hacerle un traje demasiado estrecho, a pesar de que antes le había tomado las medidas cuidadosamente. Una bribonada de la peor especie que le hubiera convertido en el hazmerreír de todo el barrio.

Su madre, otra vez al otro lado de la puerta, quiere saber ahora cómo se las arregla para hablar al mismo tiempo con tantas voces distintas. Eres único, exclama. Y empieza a aplaudir con entusiasmo. Dice que no hay muchas madres que puedan presumir de tener un hijo ventrílocuo. Julián no responde. Le importan un rábano los halagos de su madre, así es que en lugar de darle las gracias prefiere contar a sus hombres lo que le sucedió hace unas cuantas semanas, mientras estaba pintando una silla: una mariposa llegada de no se sabe dónde cayó en el bote de pintura que tenía a su lado. Aquella mariposa era blanca, pero luego se volvió roja. La pintura era también roja. Lo malo, recuerda Julián, no fue el cambio de color, sino el hecho de que luego, con las alas lastradas, aquella mariposita fue ya incapaz de volar.

¿Green ustedes, pregunta luego, subiendo una octava el tono de voz, que aquella mariposa cayó en mi bote de pintura por casualidad?

Ningún soldado se atreve a responderle, pero es el propio Julián quien les da la respuesta. En su opinión, dice, hubo alguien que condujo a la mariposa hasta allí. ¿Quién fue?, pregunta el

sargento, apretando los puños. Julián se encoge de hombros. Ya lo dijo antes, pero volverá a repetirlo: todavía no puede hacer público el nombre de ese gigante que se complace filtrando veneno en su vida. No ha llegado aún el momento de descubrir el pastel, en el que hay muchos implicados. En realidad, no hay un solo culpable, sino muchos. Gente importante repartida por todo el país y que ocupa altos cargos en la Administración. El individuo que obligó a la mariposa a volar en dirección al bote de pintura fue sólo un funcionario de segunda fila, un simple mandatario. No es ese hombre, por supuesto, el verdadero responsable. Son otros quienes inspiran a todas las mariposas del mundo rumbos equivocados. Algún día, promete Julián, todo el mundo conocerá sus nombres.

Y su madre, que continúa al otro lado de la puerta, vuelve a aplaudir, pero mientras aplaude continúa tratando de recordar dónde guarda la agenda con el teléfono del médico.

Lo que yo quiero decirles, dice Julián, acercándose un poco más a los soldados, es que también a mí me gustaría descorchar un par de botellas y cantar unas cuantas canciones con todos ustedes. Eso podemos hacerlo otro día, dice el sargento. Tal vez mañana, dice el cabo-ametrallador. Quizás pasado mañana, dice el cabo de los fusileros-granaderos. Tal vez la semana próxima, dice un soldado. O mejor dentro de un año, propone uno de los toreros.

Julián tiene sus razones para hacer intervenir a todos sus hombres. Sabe que su madre continúa pegada a la puerta y quiere que ella sea testigo del optimismo de sus hombres. No se trata, pues, de un simple truco de ventrílocuo, son realmente ellos quienes hablan. Magnífico, magnífico, aplaude la mujer. Pero Julián, para acabar de convencerla, decide pasar lista. Presente, responde el sargento. Presente, dicen los cabos. Presente, van diciendo los demás, cada uno a su turno. No ha llegado el tiempo de las canciones, no pueden descorchar esas botellas de vino, pero para que sus hombres comprendan de una vez para siempre la magnitud de su problema empieza a contarles algunas de las humillaciones que tuvo que soportar en la oficina durante los últimos tres meses. Hace un par de semanas, recuerda, me enviaron a cobrar un décimo de lotería que no estaba premiado.

La madre está asomada ahora a la ventana de su habitación que da también al patio interior, pero Julián tiene la suya cerrada y no puede verle. La vecina, que sigue colgando calcetines, sacude la cabeza. Me va usted a perdonar, señora, dice, pero su hijo es una joya. La madre se pone en guardia. ¿Qué pasa con mi hijo? La vecina no tienen pelos en la lengua. Pues pasa que es un guarro, responde. A lo mejor la culpa no es suya, replica la madre. La vecina se olvida de los pañuelos y se pone en jarras. Vaya, dice, la cosa tiene mucha gracia, ahora resulta que la culpa es mía. ¿Ya sabe usted, señora, que su hijo tiene la costumbre de asomarse a la ventana con la pirindola al aire? La madre no pierde la sangre fría. A lo mejor son figuraciones suyas, replica. Ya se sabe lo que pasa. Cada uno ve lo que tiene ganas de ver.

Se retira de la ventana antes de que la otra pueda replicar y vuelve a la cocina. Saca los macarrones de la cazuela, los escurre y una vez escurridos vuelve a echarlos en la cazuela. Echa el sofrito por encima de los macarrones y mientras los está removiendo con una cuchara de palo recuerda por fin dónde guarda la agenda con el número de teléfono del médico. Dos minutos después telefonea al médico y le expone la situación. Sí, sí, recuerdo el caso, dice el médico. Me llamó usted la semana pasada. Su hija tiene algunos problemas. ¿Menstrúa todavía normalmente? la mujer le recuerda que su hijo es un hombre y el médico se disculpa. Pregunta si Julián tiene fiebre y la madre responde que eso no puede decírselo, porque Julián está encerrado en su cuarto y no quiere que nadie le vea.

De acuerdo, dice el médico. La madre acaba de exponerle la situación – le cuenta que su hijo se ha pasado la mitad de la mañana hablando solo, pero no sus provocaciones a la vecina– y quiere saber qué es lo que piensa el médico al respecto. ¿Cree usted que se ha vuelto loco? El médico carraspea y responde que es difícil hacer un diagnóstico por teléfono. Comprende, eso sí, la angustia de la mujer y procura tranquilizarla, pero quiere dejar claro que no está dispuesto a contemporizar, y que si en su momento lo considera necesario insistirá en hacer comprender a los padres de Julián que el internamiento voluntario es preferible al internamiento oficial.

Los internamientos oficiales, añade, son todavía más tristes. Y la razón, señora mía, es de lo más simple. Esa gente no se anda por las ramas e impone la reclusión como una simple medida administrativa de seguridad pública.

Entiendo, susurra la mujer. Lo que usted quiere decir es que las cosas, a la fuerza, son todavía peores. Al otro lado del teléfono el médico finge consultar una agenda. Déme su dirección, dice. Pasaré a verle esta misma tarde.

Julián, mientras tanto, ha doblado la almohada para tener la cabeza más alta y contemplar su ejército sin moverse de la cama. Recorre con la mirada el rostro de sus diecisiete hombres y reconoce que carecen de expresión. Viéndoles la cara, nadie podría descubrir qué es lo que piensan. Valen más pocos leones que muchos corderos, eso es cierto, pero, ¿qué es lo que opinan realmente sus hombres de la situación? ¿Están realmente decididos a combatir? ¿Piensan que vale la pena? Todavía peor: ¿consideran que tienen la obligación de defenderle? ¿Y si, cuando llega el momento de la verdad, deciden desertar en bloque?

Julián se estremece. La idea de que sus soldados puedan acabar traicionándole le resulta tan insoportable que, por un instante, siente la tentación de tirarse por la ventana. Con la pirindola al aire, recuerda mientras tanto su madre, dándole la vuelta a los macarrones. Julián no puede apartar la mirada de la ventana. Sigue pensando en el suicidio como la peor forma de dejar a todo el mundo con un palmo de narices. Cierra los ojos y puede oír el estruendo de su propio cuerpo al caer sobre el tejadillo de plástico que cubre el lavadero de la portera. Sus enemigos gritan alborozados. La victoria ha sido nuestra, claman. Y en ese instante Julián se rebela. No, no, nada de suicidios, no piensa darles ese gusto. Recuerda, además, que es una cigarra y que de nada le serviría tirarse por la ventana. Los insectos pesan muy poco y la fuerza de la gravedad apenas ejerce influencia sobre las cigarras, las hormigas y los ciempiés. Incluso un ratoncito –el ratoncito que fue hace sólo un momento– podría salir ileso de una caída de varios metros. Un ligero choque en el suelo y luego podría alejarse tranquilamente.

¿Le gustaría a usted transformarse en un ratoncito?, le pregunta el monje. ¿Le gustaría a usted, por ejemplo, transformarse en el ratoncito Miguel?

Julián no cae en la trampa. Sabe muy bien que en estas circunstancias no le conviene ser un ratón, y eso no sólo por el gato de ojos verdes que acecha desde la cómoda, sino porque cada día que pasa los ratones tienen que comer la cuarta parte de su peso. En su caso, que pesa alrededor de ochenta kilos, debería comer quince o veinte kilos de alimentos. ¿Por qué me ha preguntado usted esa tontería? exclama Julián. ¿A quién le gustaría verse convertido a la fuerza en un mísero ratón? ¿Cree usted que no sé muy bien lo que significa eso?

El monje le presenta sus disculpas. Dijo ratón como hubiera podido decir elefante o pulga. Julián sonríe. Le divierte la idea de transformarse en pulga. Si yo fuese una pulga y tuviese las dimensiones de un hombre, se dice, podría dar saltos de doscientos metros. Podría saltar por encima de una catedral y nadie sería entonces capaz de toserme. ¿Cómo es eso posible?, le pregunta el sargento. Julián procura explicárselo con palabras muy simples. Los músculos de los insectos, dice, se contraen más rápidamente que los del hombre. Me gustaría ser pulga, suspira uno de los toreros, pensando seguramente en saltar por encima de los toros. Pues a mi no me gustaría, dice Julián, porque las pulgas se alimentan de sangre. El monje carraspea. ¿Y en hormiga?, inquiera, ¿le gustaría convertirse en hormiga?

Cuidado. Julián no quiere comprometerse con una respuesta precipitada. ¿Me gustaría convertirme en hormiga? ¿No me gustaría? ¿Me gustaría? Reflexiona durante un par de minutos y luego se dice que sí, que no le importaría convertirse en una hormiga porque ese insecto es una de las criaturas más admirables de la Creación. ¿Cómo puede un hombre, sin embargo, convertirse en hormiga? La respuesta se la da el monje. Dios está por encima de las cosas que se comprenden y no se comprenden. Podría convertir a cualquier hombre en hormiga en un abrir y cerrar de ojos.

Julián se contempla los nudillos de las manos, ligeramente deformados por el reuma y dice que no cree que Dios se preocupe por la vida de cada hombre en particular. Por lo menos de los hombres como yo.

Blasfemia, clama el monje. ¿No era usted el que hace un rato sentía que Dios estaba a su lado? Julián se siente demasiado cansado para justificar sus contradicciones, así que cierra los ojos y prefiere continuar pensando en las hormigas. Si yo fuese una hormiga, se dice, mis problemas serían también los de una hormiga, es decir, mucho más pequeños. El monje carraspea. Es su forma preferida de dar a entender que no está de acuerdo. Todo eso es muy relativo, observa. Puede que sus problemas fuesen más pequeños, pero también lo sería usted. Julián reconoce que el clérigo tiene razón, pero no renuncia a su sueño. Suponiendo que quisiese transformarse en hormiga debería solucionar previamente dos problemas nada fáciles:

Primero.- El problema del tamaño. Debería reducir su tamaño a los dos milímetros escasos que miden, por ejemplo, las hormigas rojas.

Segundo.- El problema del olor. Debería localizar un hormiguero, determinar su olor social y adaptar luego su olor al de ese hormiguero.

La madre, mientras tanto, decide llamar al médico de cabecera. Le parece de buena educación contarle también a él lo que está pasando. El viejo médico se enfada. Hubiera debido avisarle a él en primer lugar. Hace muchos años que conoce a la familia. Fue precisamente él quien hace muchos años atendió a Julián durante su sarampión. Tiene además otros motivos para sentirse molesto: los médicos que se dedican a la medicina general no son tan ignorantes en materia de enfermedades mentales como piensa la gente porque los trastornos somáticos de los enfermos mentales son numerosos e interesan a todos los órganos del paciente: sensibilidad general disminuida, insuficiencia hepática, notable anestesia cutánea, labios y lengua secos, hipoacusia, digestión lenta, atonía intestinal, y gusto y olfato embotados y, algunas veces, pervertido.

¿Ha notado usted, por ejemplo, si a Julianito le huele el aliento?, pregunta. La mujer repite lo mismo que dijo antes al primer médico: todavía no ha tenido la oportunidad de ver la cara

a su hijo. El viejo médico respira a fondo por la nariz. No conviene precipitarse, dice. Lo mejor es que le siga usted la corriente. Puede que sea algo pasajero. Si esta noche no mejora, puede volver a llamarme y le daré el teléfono de un buen especialista.

Julián, mientras tanto, se ha quedado dormido y sueña que sale de su casa en busca del hormiguero. Sueña, pues, lo mismo que imaginó antes. Es un sueño dentro de otro sueño, es decir, sueña dormido lo que antes soñó estando despierto.

Por lo menos podrías ponerte la bufanda, repite la mujer. ¿Cómo quieres que hoy me ponga una bufanda?, le pregunta Julián. Su madre no quiere admitir que su hijo mida ahora tres milímetros de altura. Sigue aferrada a sus medidas tradicionales. Julián sale a la calle y pesa tan poco que el viento se lo lleva en volandas. Entra en un remolino, asciende mil metros y vuela por encima de las casas. Cae por fin sobre el hormiguero soñado y vive como hormiga durante todo un año. Se despierta luego agarrado a la almohada y la frente bañada por un sudor frío. Sal de la cama e inspecciona los soldados, inmóviles en sus puestos. En el piso de abajo conectan la televisión y a lo lejos se alza un coro de trompetas. Esa es la música que él necesita en estos momentos. Las trompetas recuerdan a los hombres que su puesto está en las trincheras. La vecina, que se mantuvo en silencio durante los últimos minutos, vuelve a cantar con entusiasmo y Julián decide escribir una carta a las autoridades. Extiende una nueva cuartilla sobre la mesita de noche y espera que se le ocurra alguna idea.

Primera duda: no sabe a quién enviar la carta. En un principio piensa en el Jefe Superior de Policía, pero acaba descartando esa idea porque la policía en general y los jefes en particular nunca se han mostrado muy proclives a escuchar a los ciudadanos que se ven acosados por sus enemigos.

Mejor será que escriba al Gobernador, decide finalmente. No se atreve, sin embargo, a contárselo todo con pelos y señales por miedo a que la carta caiga en poder de sus enemigos. Se limita a exponer respetuosamente que es un hombre lleno de buena voluntad que jamás ha roto un plato, pero que, a pesar de todo, vive rodeado

de vecinos que para hacerle patente toda su malquerencia le acosan con canciones incomprensibles o ponen la televisión a todo volumen.

Si el Gobernador quiere entenderme, ya me entenderá, piensa. Pero un instante después, teniendo en cuenta que la carta apenas ocupa cuatro líneas y queda espacio libre en la hoja, decide contarle también en líneas generales, sin entrar en detalles, su experiencia en el hormiguero. No se arriesga, sin embargo, a firmar la carta con nombres y apellidos y se limita a trazar una cruz. Dobla luego la cuartilla por la mitad y la pasa por debajo de la puerta.

Alea jacta est, susurra el monje. Julián no confía, de todas formas, en que la misiva llegue a su destino. En estos momentos su moral vuelve a estar por los suelos. ¿De quién es la culpa? ¿Del coro de trompetas que continúa subiendo desde el piso de abajo? ¿De alguna sutil especie de gas que su madre, sin que él se diese cuenta, ha insuflado en el cuarto por debajo de la puerta? ¿Le ha entristecido, tal vez, tener tantas cosas importantes que contar y no poder contarlas todas? Animo, ánimo, le pide el monje. Recupere el ánimo. Piense que es usted el nieto preferido de Carlos IX.

Su madre se acerca una vez más de puntillas al cuarto y Julián, que vuelve a sentirla al otro lado de la puerta, reconoce que el monje tiene razón. Es preciso que ella piense que ha recuperado todo su entusiasmo. Soy el rey de Alemania, proclama. El único rey legítimo. El sucesor de su glorioso abuelo, el Emperador. Y los dieciséis soldados le aclaman con entusiasmo. Julián, por lo menos, puede ver cómo agitan los larguísimos fusiles por encima de las cabezas. Madre se echa a llorar y recoge la carta del suelo, pero apenas puede descifrar la crispada caligrafía. Julián está cada vez peor. Vuelve a telefonear al especialista para contarle las últimas novedades y le propone leer la carta de su hijo. Adelante, empiece usted, le anima el médico. A mi alrededor, lee la mujer, todas las hormigas me miran a los ojos y mueven las antenas al mismo tiempo. El médico sonríe. La verdad es que quedan pocas cosas por descubrir. ¿Dice usted que su hijo está rodeado de hormigas?, pregunta. Yo no digo nada, puntualiza la mujer, lo dice

mi hijo. El médico, de cualquier modo, lo tiene claro. No se necesita ser un lince para dar el diagnóstico. Delirio de zoopatía interna, sentencia. Hay más gente de lo que parece que piensa que tienen el estómago lleno de hormigas. La mujer protesta débilmente. Mi hijo no dice que tenga hormigas en el estómago, puntualiza. Pero el médico no le escucha. Esos delirios, dice, son típicos en los hipocondriacos. Seguramente su hijo siente las voces en el estómago o en el vientre.

Usted no quiere entenderme, protesta la mujer. Mi hijo no tiene las hormigas en el estómago. Lo que él dice es que las ve a su alrededor y que todas mueven las antenas al mismo tiempo. El médico da un respingo. Eso es distinto, murmura. Vuelva a llamarme esta noche y si su hijo sigue igual, le daré el teléfono de ese especialista.

Julián no se hace demasiadas ilusiones con la carta que acaba de enviar al Gobernador. Es poco probable que le contesten a vuelta de correo. Puede incluso que ni siquiera le respondan o que se limiten a darle buenas razones y deje las cosas, poco más o menos, como están ahora. ¿Qué tal estás por ahí dentro?, le pregunta de pronto su madre, haciendo de las tripas corazón. Acerca la boca a la cerradura y recuerda a Julián que en poco más de una hora puede prepararle un guiso de liebre. Sabe cual es el punto débil de su hijo y concentra todos sus esfuerzos en esa dirección. La única condición que le pone es que salga del cuarto y se vista como Dios manda. Julián no responde, pero al oír hablar del guiso siente un pinchazo en el estómago. No piense usted en eso, le aconseja el monje. Piense en cosas más grandes. Por ejemplo, en la Vía Láctea. ¿Sabe usted que si redujésemos cien millones de veces nuestra escala, la Vía Láctea sería prácticamente invisible?

Fue el propio Julián quien lo leyó hace unos días, pero ahora, dicho con la voz campanuda del monje, la noticia le parece más importante. Cien millones de veces más pequeña, sigue recordándose a sí mismo con la voz del clérigo, y todas las nebulosas descubiertas hasta la fecha podrían representarse en un mapa de apenas un kilómetro. ¿Cree usted que el Universo se acaba

en alguna parte?, pregunta luego con su verdadera voz. ¿Cree usted que si continuamos siempre caminando en una misma dirección acabaremos regresando al punto de partida?

Eso es seguro, responde el monje. Y luego añade que si se pudiese construir una escala en la proporción uno a diez mil millones, la órbita de Neptuno podría contenerse en la cabeza de un alfiler y una pareja de enamorados, en una sola tarde de paseo, podría recorrer toda la Vía Láctea. Haga usted la prueba y verá como tengo razón, le propone. Julián suspira. No puede hacer la prueba porque no tiene una mujer que quiera acompañarle y no le apetecer dar solo un paseo tan largo. No está mal, de todas formas, que le propongan excursiones tan maravillosas porque, pensando en ellas, se olvida de que tiene hambre. Además, añade, le diré que me parece absurdo que se pase hambre en una humanidad que ha aprendido a medir las distancias en millones de años luz.

Tiene usted razón, murmura el monje. A mí también me parece absurdo. Julián se lleva la mano a la garganta. Si tuviese un espejo podría verse a sí mismo haciéndose preguntas con una voz y dándose las respuestas con otra. Su madre, sin embargo insiste con el guiso de liebre. Dice que podría preparárselo antes de lo que canta un gallo con una cebollitas doradas, butifarra negra, pimentón dulce y ensalada de col roja. Julián continúa pensando en el anillo de Saturno, pero la boca se le hace agua. Tápese los oídos, le pide el monje. La mujer establece una pausa. Si no te apetece la liebre, dice luego, puedo hacerte un estofado de cordero. Julián se concentra ahora en la grieta del techo y la ve palpar levemente, como una herida recién abierta. Puede que no tarde en manar sangre, piensa. Y mientras tanto su madre deletrea lentamente la receta del estofado romano de cordero: cebolla, tomate, ajo aceite de oliva, vino blanco, unos cuantos spaguettis, queso parmesano rallado y, por supuesto cordero de primerísima calidad.

Julián entreabre los labios y espera que caiga del techo la primera gota de sangre. El cordero ha sido ya sacrificado, piensa, relamiéndose. El gato de los ojos verdes no le quita la vista de encima. ¿Cómo es posible, señor gato, le pregunta Julián, que

resista usted tanto tiempo sin maullar? El gato se despereza. Miau, miau, maulla Julián. Y el gato repite Miau, miau. Los dos, hombre y gato, empiezan a maullar casi al mismo tiempo. Primero maulla el hombre y un par de segundos después maulla el gato. La madre, de todas formas, continúa acechando. Los guisos de liebre, dice, suelen servirse también con acompañamiento de albóndigas de patatas o de pan y ensalada de tomate. Deja una pausa para que su hijo pueda maullar, pero en esta ocasión Julián no despegaba los labios porque acaba de descubrir que en realidad no es un gato, ni siquiera un hombre que maulla como un gato, sino un ratoncillo al que le interesa pasar inadvertido. Se esconde debajo de la cama y agita todos los pelos del bigote. El gato afila las garras y ronronea suavemente. El monje protesta. Es ridículo, dice, que todos esos hombres no sean capaces de defenderle de un miserable gato de pega.

Los corderos, explica la madre, sin que nadie se lo haya preguntado, son los hijos de la oveja que todavía no han cumplido un año. Establece otra de sus pausas pero cuando comprende que su hijo no tiene la menor intención de responder vuelve a la cocina y guarda la tortilla de patata en el horno de la cocina. En ese momento Julián sale de debajo de la cama y recupera su condición de hombre. No entiende, sin embargo, por qué le pusieron el nombre de Julián. Hubieran podido llamarle Rigoberto. O mejor Recesvinto, como un rey godo. Puede que la culpa de todo lo que le ha venido ocurriendo hasta hoy la tenga su nombre. ¿Vale la pena, sin embargo, volver a escribir al Gobernador para denunciar esa injusticia?

Vuelve a sentir un leve pinchazo en el estómago y se decide, por fin, a abrir la bolsita de aceitunas. Vacía el contenido sobre el cenicero de cristal, cuenta veinte unidades y calcula que si se comiese una aceituna le quedarían todavía diecinueve, pero que si en lugar de una se comiese dos, le quedarían únicamente dieciocho. Se sienta en el borde de la cama y estudia los pros y los contras de la situación. Se lleva por fin una aceituna a la boca y escupe luego el hueso hacia los soldados. No es mala idea bombardear su ejército con unos cuantos huesos de aceituna. Sería un buen sistema de

ponerles a prueba. El hueso fue a caer entre la primera línea defensiva y uno de los seis toreros, pero puede repetir la operación cuantas veces sea preciso. El monje le pide que no lo haga. La moral de sus soldados podría irse al traste. ¿Le gustaría a usted verse derribado por un simple huesecillo de aceituna?

La madre, que vuelve a estar al otro lado de la puerta, le pregunta ahora si está leyendo el libro de las mariposas. Pregúntaselo a tu abuela, responde Julián. La mujer sonríe como si su hijo pudiese verle. Es bueno que no pierdas el buen humor, dice. Y añade que si está cansado del libro de las mariposas puede comprarle otro nuevo. Todas las cosas son nuevas cuando se compran, observa Julián. Su madre vuelve a sonreír y dice que también se compran -y, por lo tanto, se venden- muchas cosas de segunda mano. A ti, sin embargo, te compramos de primera mano, recuerda. Julián se lleva a la boca la segunda aceituna. ¿Y por qué me llamasteis Julián?, pregunta. ¿Qué es lo que os propusisteis al ponerme ese nombrecito? La mujer no sabe qué decir. Está pensando ahora en su abuela paterna, es decir, en la bisabuela de Julián, que murió en el manicomio. ¿Será cierto que la locura pasa de padres a hijos, o de abuelos a nietos, o incluso de bisabuelos a biznietos, como si fuese un piano de cola o una consola de caoba?

Aquella mujer, la bisabuela de Julián estaba convencida de que escribía al dictado de una hermana difunta. Se compró una pizarra, la colgó en una de las paredes del salón y cada tarde, cuando empezaba a oscurecer, cogía una tiza y llenaba la pizarra de palabras sin sentido. En cierta ocasión escuchó una voz en su estómago que le dijo: Desde hoy, no escribirás, sino que hablaremos. Y a partir de aquel día se pasaba las horas muertas conversando con alguien a quien nadie podía ver.

Julián continúa sentado sobre la cama. Tiene hambre y de nada sirve ya que se esfuerce pensando en la órbita de Neptuno. Parte la pechuga de pollo en dos partes (lo ha hecho con los dedos, a ojo de buen cubero) y separa ocho aceitunas de las dieciocho que quedaban en el cenicero. Prescinde, pues, de los cálculos que hizo antes, y que le asignaban para hoy una vigésima parte de pollo y

cinco aceitunas. El monje le abarca con una severa mirada. Jamás había conocido a nadie como usted, dice. Es usted hormiga sin ser hormiga y caza tigres sin cazar tigres. Julián no responde hasta que acaba de tragarse la última brizna de pollo. Lo importante, dice luego, no es cazar, sino querer hacerlo, del mismo modo que lo importante no es huir, sino querer huir, o, por las mismas razones, que lo importante no es comer, sino tener apetito.

Tener apetito, sigue razonando en voz alta, significa tanto como constatar que estamos vivos. Por lo que se refiere a lo de su experiencia como hormiga, sin embargo, tiene que decir ahora que él se convirtió realmente en uno de esos insectos, y que no fue, por lo tanto, un simple sueño. Explica también que lo que resultó más difícil, tal como le dijo antes, fue conseguir el olor social.

Tuve que pasarme quince días escondido en la cáscara vacía de un caracol -recuerda-, y mientras estaba allí descubrí a la hormiga reina con el abdomen hinchado, a punto de dar a luz. El monje le escucha con la expresión de quienes conocen de antemano el desenlace de la historia. ¿Y qué pasó luego?, pregunta. Julián sigue contándole que al ver aquella hormiga con los dolores del parto no pudo por menos de pensar en su madre y en los dolores que también a ella debió de suponerle su alumbramiento. Quiso escribirle una carta pidiéndole perdón, pero no pudo hacerlo porque no tenía a mano papel y pluma. Las madres siempre tienen motivos para recibir una carta de sus hijitos queridos, susurra el monje. Pero luego, cuando añade que las madres son ángeles de bondad, Julián protesta y dice que en este mundo no existen ángeles y que él conoce el motivo de que no pueda haberlos, porque lo leyó en la misma revista de divulgación científica en la que leyó también lo de la órbita de Neptuno.

No existen ángeles, explica, porque si existiesen deberían tener las piernas muy delgadas y un pecho de más de dos metros de ancho. El monje se queda con la boca abierta. ¿Por qué tan ancho? pregunta. Pues porque si no fuese así, no podría albergar los músculos de las alas. Y esa explicación le parece tan divertida que rompe a reír hasta que se le saltan las lágrimas. ¿Cómo es posible

imaginar un ángel con la espada llameante en una mano, pero con las piernas como dos palillos? El monje sacude varias veces la cabeza de izquierda a derecha. Señor mío, replica, las leyes físicas que rigen en el mundo de los ángeles no son las mismas que las leyes físicas que rigen en el mundo de los hombres. Sobre todo, porque los ángeles son espíritus puros. Además, añade finalmente, todos los salmos acaban en gloria. Algún día saldrá el sol y todos los hombres bailarán cogidos de la mano. Lo importante es sobrevivir y esperar.

Se trata tal vez de una indirecta para recriminarle por haber pensado antes en tirarse por la ventana y por tener tan presentes las tres fases de la muerte por ahorcamiento. Es un tipo listo, no hay duda. Julián se admira de que un monje tan juicioso haya servido durante años de palillero a toda una familia. ¿Cómo es posible, se pregunta Julián, que sea capaz de adivinar lo que yo pienso? Los tararás de la vecina acaban ahora con un curioso trémolo y las trompetas que continúan subiendo desde el piso de abajo atacan ahora una marcha fúnebre. Nada de marchas fúnebres, le corrige el monje. Eso es un pasodoble. Julián, con la boca abierta, espera inútilmente que caiga otra gota de sangre del techo. Debe de ser malo, piensa, que los pasodobles nos parezcan marchas fúnebres. Lanza el hueso de aceituna contra el ejército y uno de sus hombres cae hacía atrás sin proferir un grito.

¿Qué es lo que espera conseguir haciendo esas tonterías?, le recrimina el monje. Julián recoge el soldadito entre el pulgar y el índice y vuelve a colocarlo en su puesto. El sonido de las trompetas se esfuma de pronto y la vecina deja también de cantar. No deja de ser una curiosa coincidencia, puede que las trompetas y la vecina se hayan puesto de acuerdo. Suena un timbre y el cartero pide desde el portal que algún vecino le abra la puerta. Julián piensa que tal vez hoy reciba por fin esa carta maravillosa que está esperando desde hace tantos años. No se hace, sin embargo, muchas ilusiones y no mueve un dedo. La vecina del ático habla a gritos con el cartero, pero el cartero no entiende ni una sola palabra porque la mujer está

comiéndose algo y habla con la boca llena. El vecino del piso de abajo da la vuelta al disco de las trompetas y la voz de la vecina del ático se pierde ahora entre los acordes de una marcha militar.

El ejército de mis enemigos se ha puesto en marcha, piensa Julián, estremeciéndose. Por el momento no le interesa presentar batalla. Prefiere volver a esconderse debajo de la cama. Siempre es mejor tener algo encima de la cabeza. Cierra los ojos, pero puede continuar viendo lo que sucede a su alrededor. Tal como temía, sus enemigos se han puesto en marcha. Los hombres que vienen rastreando el bosque desde su confín norte manejan largas pértigas y avanzan desplegados en abanico. Son más de un centenar y se intercambian las consignas a grito limpio. No hay duda de que le odian, dice el monje. Julián le tiene metido en el puño, a un palmo de la nariz. ¿Sabe usted por qué me odian?, le pregunta Julián. El monje tiembla entre sus dedos. Es como si tuviese en la mano el cuerpecillo caliente y palpitante de un gorrión. No lo sé, susurra. Lo único que sé es que me ha metido usted en un buen lío. Julián no entra a considerar esa respuesta. Yo soy ahora el tigre de oro, piensa, sin abrir los ojos. El sol desaparece tras una entalladura del horizonte y el bosque se ilumina con el resplandor de las antorchas de sus perseguidores. Croan las ranas sobre los nenúfares y los hombres se sientan en un calvero del bosque y cantan a coro. Julián reconoce la canción desde primer momento: Tiara, tiarararara, tiararará. Me ha metido usted en un buen lío, repite el monje. No parece el mismo hombre que hace un momento arengaba a sus hombres en latín y hablaba de la necesidad de sobrevivir y esperar. Julián, sin embargo, no le critica. El miedo es libre. Se tumba completamente en el suelo, apoya la mejilla izquierda sobre la baldosa, abre el ojo derecho y tiende la mirada hacia la lejanía, donde permanecen sus soldados. Tampoco él quiere la guerra (de otro modo, no se hubiese metido debajo de la cama), pero si le buscan las cosquillas sabrá defenderse. Dios no ayuda a las causas injustas, antes bien las castiga con severas derrotas, pero ninguna guerra estaría más justificada que la suya.

A las seis empieza a hacerse de día. Los hombres se despiertan y reanudan la búsqueda. Julián ordena al monje que deje de temblar. Adoptemos la inmovilidad de los muertos, le susurra al oído. Es una treta que utilizó hace millones de años, cuando sólo era un insecto. El escarabajo recoge todos sus apéndices y permanece inmóvil, como una brillante semilla. La avispa cazadora no advierte su presencia o, si la advierte, no la tiene en cuenta. Del mismo modo, los hombres pasan ahora a su lado sin verle. Se alejan hacia el Sur y diez minutos después desaparecen entre los abetos.

¿Cree usted que volverán?, le pregunta el monje. Julián no responde. Es mejor que permanezcan en silencio durante un buen rato. A un palmo de su nariz una larga y delgada oruga geómetra pretende hacerse pasar por una ramita muerta. Las orugas vivas pueden imitar a las ramas muertas, pero las ramas muertas no pueden imitar a las orugas vivas. En este caso, de todos modos, el parecido entre la vida y la muerte es tan intenso que algunos podrían llegar a preocuparse seriamente. Tampoco es momento ahora de hacerse ese tipo de reflexiones. Los perseguidores se alejan cada vez más y la vida bulle a su alrededor como un caldero de agua hirviendo. Los árboles envejecen concéntricamente, los lagartos enamorados se persiguen sin descanso y las flores fecundan a distancia.

El monje empieza a tranquilizarse. Tal vez se hundan en el pantano, murmura, pensando en los perseguidores. En estos momentos se arrepiente de haberse mostrado tan pusilánime. Julián, sin embargo, no está tan seguro de que sus enemigos puedan morir. Ellos y yo somos demasiados fundamentales para desaparecer definitivamente, se dice, y apenas acaba de pensar eso se descubre otra vez debajo de la cama. La frialdad de las baldosas traspasa la liviana tela del pijama y le devuelve a la realidad. Gira la cabeza, apoya ahora la mejilla derecha sobre el suelo y le parece recibir un largo y gélido beso. Imprime a las rodillas un sabio movimiento circular, sus rótulas oscilan deliciosamente y sus muslos y sus pies se embriagan en un mundo de presentidos contactos amorosos. Hoy, sin embargo, no tiene suficiente con una mujer inventada. No le basta con masturbarse. No es cierto que una mujer inventada

valga más que una mujer de carne y hueso. Un solo centímetro de piel sudorosa es preferible a cien mujeres de alabastro. Lo que él necesita también en el cuarto es una mujer. Por ejemplo, a su prima Dorotea, la hija de su tía Carlota. No estaría mal que esta tarde viniese también a visitarle. Hace diez o doce años la tuvo sentada a su lado y se pasó la tarde tocándole las piernas por debajo de la mesa camilla. Tal vez, piensa, Dorotea quiera vivir conmigo en este cuarto. -¿Y que harías entonces conmigo?-, le pregunta de pronto Jacqueline, desperezándose a su lado.

Julián no se toma la molestia de responderle. La propia Jacqueline, que no tiene un pelo de tonta, sabe muy bien que ella es sólo un invento y que lo que él necesita es una mujer de verdad. ¿Pueden los hombres casarse con sus primas hermanas? El monje le recomienda que se ande con cuidado. Podría tratarse de una trampa, dice. Su voz suena como un cuerno de caza en una mañana brumosa. Imagínese, observa, que su señora madre le induce telepáticamente desde la cocina la idea de casarse con su prima. Consigue que salga usted del cuarto y su prima le da calabazas. ¿Qué haría entonces? Julián no sabe qué responder, es decir, no sabe qué responderse a sí mismo. Las trompetas se fueron con sus perseguidores, pero todavía no se decide a salir de debajo de la cama. Puede que acabe encontrando otras mujeres, piensa. El monje sacude la cabeza de izquierda a derecha. Es mejor que Julián tampoco se haga ilusiones en ese sentido. Las mujeres prefieren otro tipo de hombres, dice. Julián reconoce que el monje tiene razón. La culpa de que prefieran otro tipo de hombres, sin embargo, no es de ellas, sino de quienes las obligan a preferirlos.

El monje no está seguro de que Julián tenga razón. Sus ojitos pintados chispean maliciosamente. ¿Tiene usted pruebas que me demuestren lo que está diciendo? ¿Puede usted demostrarme que las mujeres prefieren otros hombres por imposición de nuestros enemigos, y no por convencimiento propio? Cuando acaba de hacer esa pregunta se permite la grosería de soltar una risita breve, que suena como un quejido. La verdad es que se muestra cada vez

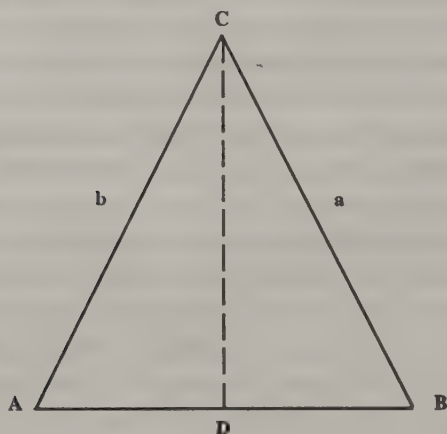
más insolente. No tiene en cuenta que Julián podría convertirle en añicos con solo cerrar la mano.

Usted debería olvidarse definitivamente de las mujeres y proclamarse independiente, le aconseja. Julián afirma con un movimiento de cabeza. En eso estamos, murmura. Pero continúa debajo de la cama, con los brazos pegados al cuerpo y las palmas de las manos vueltas hacia arriba. Al fin y al cabo, prosigue el monje, no olvide usted que la mantis, una vez consumado el amor, devora al macho. Julián se estremece. Valdría la pena hacer la prueba, susurra. Se decide por fin a ponerse en pie, se sienta en la butaca y recuerda que entre sus perseguidores había también una mujer. Lo ha recordado de pronto. No pudo verla, pero oyó sus risas. Una sola mujer en representación de todas las demás. Hombres y mujeres tras sus pasos. Las mujeres persiguiéndole por su pasado y los hombres por su futuro. Aquellas por lo que no fue y éstos por lo que pretende ser. Si eso fuese cierto las mujeres vendrían a ser a su pasado lo que los hombres respecto a su futuro. Una reflexión muy atinada que debe comprobar matemáticamente. No debe de confiar un asunto tan delicado a simples intuiciones y especulaciones. Dispone una cuartilla en blanco y escribe:

$$\begin{array}{ccc} \text{M (Mujeres)} & & \text{H (Hombres)} \\ \hline & = & \\ \text{P (Pasado)} & & \text{F (Futuro)} \end{array}$$

de donde $M \times F = H \times P$. No hay, pues, vuelta de hoja. El monje sonríe y pregunta a Julián a quién quiere convencer con esos cálculos. ¿Quiere convencerse a sí mismo o pretende convencer a los demás? Julián se golpea los dientes con el bolígrafo. No quiero impresionar a nadie, dice, pero yo he pensado siempre que todos los problemas del mundo tiene su traducción numérica. El monje se encoge de hombros. No se atreve a decir que desconfía de la

validez del número. Lo dice, sin embargo, de otro modo. Le aseguro, dice, que una vida dominada por el número no merece la pena vivirse. Para Julián, sin embargo, todo está muy claro. Lo primero que salta a la vista es que los elementos F (futuro) y P (pasado) no son más que dos vertientes opuestas de un mismo elemento, Tiempo. Apoyándose en esa suposición, el problema podría incluso representarse en un triángulo acutángulo,



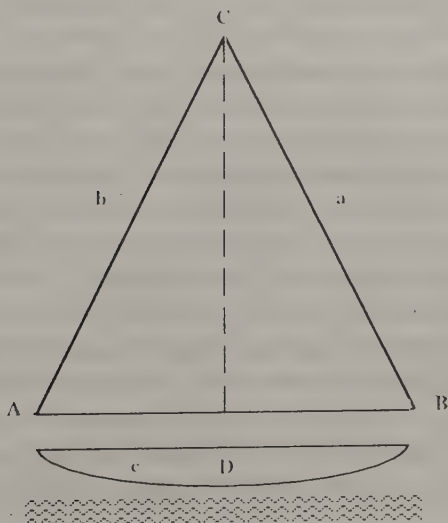
en el que la altura CD divide al cateto AB (tiempo) en dos segmentos: AD (pasado) y BD (futuro), abierto siempre a la derecha de todas las cosas. El lado AC, que por alguna razón misteriosa se le antoja de índole especialmente femenina, representa a las mujeres y BC, por eliminación, a los hombres.

Lo que sigue a continuación resulta hasta cierto punto lógico. Julián recuerda que el área de un triángulo viene dada por el producto de multiplicar la base por la altura y partirlo por dos. Pero recuerda, también que el cuadrado de un lado opuesto a un ángulo agudo es igual a la suma de los cuadrados de los otros dos menos el doble producto de uno de ellos por la proyección del otro sobre él. Aplicando el teorema de Pitágoras y teniendo en cuenta que A es menor que 90° , nadie puede discutirle que $BC^2 = BD^2 + DC^2$ de forma que al sustituir BD por la diferencia entre AB y AD ($BD =$

AB-AD), obtiene $BC^2 = AB^2 - AD^2 - 2AB \times AD + DC^2$, o lo que es igual, $BC^2 = AB^2 + AC^2 - 2(AB \times AD)$.

Sustituyendo los segmentos por sus valores correspondientes, escribe: $Hombres^2 = (Tiempo + Mujeres)^2 - 2(Tiempo \times Pasado)$ de lo que se desprende que el segmento BD (futuro) ni siquiera aparece en las conclusiones finales, al haber sido sustituido por la diferencia entre AB y AD. Julián se siente desconcertado. ¿Significará todo esto, se pregunta, sin apartar la mirada de la cuartilla, que no tengo futuro? El monje le consuela con una sonrisa. Sin necesidad de despegar los labios viene a decirle que tal vez carezca de porvenir, pero sólo en el sentido que se concede generalmente a esa palabra. ¿Cuál va a ser entonces mi porvenir?, pregunta Julián, aunque conoce de antemano la respuesta. Y enseguida se responde a sí mismo que su porvenir podría ser el porvenir del silencio y de la incomprensión.

Sus perspectivas son, pues, bastante sombrías, pero, por suerte, no le falta imaginación. Ahora mismo, por ejemplo, nadie le impide pensar que el triángulo Futuro -Presente- Pasado configura la vela de un balandro mágico que podrá conducirlo hasta su pequeña y entrañable isla.



Adelante, pues. Aquí está la brújula y aquí el timón. Ha cruzado ya el Trópico de Cáncer, pero el Estrecho de Magallanes queda todavía lejos. Una delicia. Se asoma a la borda, cierra un ojo y con el otro escudriña el fondo del océano. Seis o siete metros más abajo avanza un gran pez aplanado y rojo, con la piel lisa y largas pestañas de prostituta acuática. Es un monstruo, pero nuestro hombre, enternecido, levanta la mano derecha y le arroja una sardina plateada. ¿Piensa usted que puede comprarme con una miserable sardina?, le pregunta el pez, con sorna. Julián no ha escuchado nunca una voz tan melodiosa. Nada de eso, se apresura a responderle, por el contrario lo que más admiro de usted es su independencia. El mar, amigo mío, es suyo. Norte, Sur, Este u Oeste. Usted puede ir a donde más le apetezca.

El pez desaparece en las profundidades y Julián continúa navegando. Hace ya seis años que abandonó el último puerto y desde entonces no ha vuelto a ver tierra. Calcula, sin embargo, que debe de encontrarse a la altura de Cabo Blanco, treinta millas a sotavento de las costas patagónicas. Mientras el balandro continúa avanzando hacia el Sur, recuerda que hace años dio un par de sardinas a la pareja de focas del zoo. Era una mañana de domingo y la brisa hacía girar el molinillo de papel que sostenía en la mano izquierda.

Cuidado, le advierte el monje. Tengo la impresión de que estoy asistiendo al principio del fin. Usted dijo que no pensaba volver a salir de este cuarto y ahora le veo navegando por un mar que ni siquiera existe. Julián suspira, se pasa la mano por la frente y se queda mirando al monje con aire retador. Recuerda al monje que hoy cumple treinta y cinco años y que jamás, hasta esta mañana, se le había presentado la oportunidad de viajar en barco. Ni siquiera cuando fue príncipe y cazaba tigres de color rosa. El reloj de algún vecino, mientras tanto, da las doce campanadas. Mediodía. Suena el timbre del teléfono y Julián comprende que le llaman desde la oficina. Pega el oído a la puerta y oye hablar a su madre desde el supletorio del recibidor. Sí, sí, dice, se ha despertado con un poco de fiebre. Nada importante. Mañana estará bien.

Cuelga el teléfono y por el agujero de la cerradura repite a su hijo la excusa que acaba de dar a los de la oficina. Shepiatou, shepiatou, susurra Julián. La mujer vuelve a la cocina y como ya tiene la comida hecha se dedica a poner un poco de orden en los armarios. Necesita tener las manos ocupadas. Los platos soperos con los platos soperos, los platos de postre con los platos de postre y las cucharitas de café con las cucharitas de café. Julián, mientras tanto, continúa pensando en el pez plateado. Cualquiera sabe dónde está ahora porque esos peces son capaces de recorrer medio océano en un abrir y cerrar de ojos. Puede que haya llegado ya a las heladas costas de Groenlandia. Olvídese de ese pez, le pide el monje. Es mejor que me cuente sus experiencias en el hormiguero. Julián comprende también que es preferible que por ahora no piense en la libertad de los peces y dice que se pasó quince días metido en aquel hormiguero y que participó en todos los trabajos comunitarios.

—Durante aquellas dos semanas, recuerda, fui una hormiguita industriosa y feliz. Luego volví a casa. El monje afirma con la cabeza. Dígame qué es lo que pasó luego, le pide. Julián dice que al verle subir por la escalera su madre se emocionó y se puso a llorar, pero que su padre organizó un escándalo y le dijo que estaba ya cansado de soportar sus locuras. No me puso la mano encima, recuerda Julián, pero me obligó a cortarme las antenas. El monje suspira. Eso debió de dolerle mucho, suspira. Lo peor, añade Julián, es que me amenazó con hacerme una transfusión con sangre de oveja. ¿Quién le amenazó?, le pregunta el monje, incrédulo. Mi padre, responde Julián. ¿Son posibles, pregunta el monje, llevándose las manos a la cabeza, esa clase de transfusiones? Uno de los toreros pide permiso para intervenir. Nadie se lo concede pero él levanta la mano. No son posibles, dice. El monje piensa del mismo modo. No son posibles, pero no es eso, de todos modos, lo que más le preocupa ahora. Tiene otras preguntas que hacer a Julián. ¿Regresó usted a la oficina? ¿Volvió a meterse en redil? ¿Se rindió incondicionalmente?

Más o menos, susurra Julián. No quiere, sin embargo, entrar en detalles. No son cosas agradables de recordar. El torero vuelve

a levantar la mano. No son posibles, repite, pensando todavía en las transfusiones. La cecina canta ahora en voz baja, sin alardear, como si, después de haber demostrado a todo el mundo lo feliz que se siente, prefiriese cantar para sí misma. Me imagino la cara de sus compañeros cuando le vieron entrar otra vez en la oficina, insiste el monje. Julián se pasa la mano por la frente. No quiere pensar en aquel día. Hay cosas más interesantes que recordar, aunque tampoco resulten muy alegres. Por ejemplo, la tarde en que su padre le amenazó con la transfusión. ¿Qué pasó ese día?, le pregunta el monje. Julián se lo explica con una media sonrisa. Cuando volví del hormiguero, dice, sorprendí a mi padre vestido de torero y me eché a reír. El Sargento resopla por la nariz. Tampoco es normal, dice, que los padres se disfracen de toreros. El monje arruga la nariz. De todas formas, opina, mal asunto. Esas cosas no se olvidan fácilmente. Puede que a su padre le dé hoy por vengarse. Julián continúa con su media sonrisa. Estaba guiñándose el ojo delante del espejo del armario, dice.

¿Usted cree, pregunta el Sargento, que los padres son capaces de vengarse en sus propios hijos, que son carne de su carne? El monje responde que sí, aunque lo hagan sin darse cuenta, y recomienda a Julián que, por si acaso, no se fíe ni un pelo. No me extrañaría, dice, que a su señor padre le diese hoy por vengarse de todas sus frustraciones. Julián recuerda ahora lo que le ha contado muchas veces su madre. Cuando su padre quiso ser torero, los toros ni siquiera le embestían. La verdad es que no le extrañaría que fuese quien acabase pagando los platos rotos.

Lo mejor que podemos hacer, le dice inesperadamente su madre, es contarle también a tu padre que tienes un poco de fiebre. Te pasas la tarde en la cama y mañana estarás nuevo. Julián se acerca de puntillas a la puerta. ¿Por qué crees tú, pregunta, que no le embestían los toros? Se refiere, obviamente, a su padre. Su madre se seca las manos en el delantal. Cualquiera sabe, susurra. el monje le repite la misma pregunta con su hermosa voz de barítono. ¿Por qué cree usted, señora mía, que ni siquiera los toros le hacían caso? La mujer no responde y sale disparada hacia la

cocina, como si se le estuviese quemando algo en la sartén. No lo veo muy claro, susurra el monje. Si yo estuviese en su puesto me prepararía para la batalla. Julián vuelve la mirada hacia sus hombres y se le llenan los ojos de lágrimas al verles tan desvalidos. Lo más probable es que caigan a la primera embestida.

¡Sobre el hombro, armas!, grita. Pero los soldaditos no se mueven y Julián se tumba otra vez sobre la cama, se tapa la cabeza con la manta y recuerda a las dos secretarias de la oficina, la morena y la rubia, tecleando en sus máquinas de escribir e intercambiando apresurados mensajes secretos por encima de su cabeza.

¿Cómo se llamaba aquella rubia?, le pregunta el monje. Dorotea, responde Julián. ¿Y la morena? sigue preguntando el monje. Julián lo recuerda también perfectamente. La morena se llamaba Elvira. Habla en pasado, como si todo lo que sucedió en la oficina hubiese ocurrido hace años. Tendrá que pasar mucho tiempo, sin embargo, antes de que pueda olvidar aquella cuadra. Es mejor que me lo cuente todo, le pide el clérigo. Servirá para descargarle la conciencia. ¿Qué quiere que le cuente?, pregunta Julián. Puede empezar recordando el organigrama de la empresa, le sugiere el clérigo. Por encima de todos, recuerda Julián, había un Consejero Delegado que sólo se dejaba ver muy de tarde en tarde, envuelto en un abrigo de piel. ¿Quiere usted decir que ese hombre sólo iba a la oficina en invierno?, le pregunta el monje. Más o menos, responde Julián. Y añade luego que por debajo de ese individuo, con el que nunca llegó a intercambiar una palabra, había una larga serie de Directores, Jefes, sub-Jefes y Encargados, agrupados en varios departamentos y secciones.

¿Y dónde estaba exactamente usted?, pregunta el monje. Julián responde con pocas palabras. Yo estaba, dice, entre la mecanógrafa rubia y la mecanógrafa morena. Un poco más allá se sentaba el compañero que metía en el archivador las facturas que yo le iba dando. Y todavía un poco más lejos el que bajaba los archivadores llenos al sótano.

El monje procede ahora como un policía. Quiere saberlo todo, incluso los detalles que a primera vista pueden parecer menos

significativos. Antes, dice, me habló usted de un jefe que llevaba siempre calcetines rojos. ¿Dónde se sentaba ese individuo? Julián responde que tenía la mesa en un cuartito acristalado y que desde allí podía vigilarles a todos. Se llamaba Martín, recuerda, y tenía una pierna más corta que la otra. El monje está pensando ahora en otra cosa, pero no quiere quedarse callado y suelta lo primero que se le ocurre. Eso es típico en todos los jefes, observa. Establece una pausa y se interesa luego por la última broma pesada que le jugaron sus compañeros. Antes, dice, me dijo usted que un día le mandaron a cobrar un décimo de lotería que no estaba premiado. ¿Hubo otras bromas? Julián aprieta los puños y enrojece bajo la manta. Hace tres días, confiesa con un hilo de voz, a la salida de la oficina, me quitaron un zapato y lo tiraron por la alcantarilla.

El monje no puede por menos de soltar una carcajada. Había llovido bastante, recuerda Julián, apenas el clérigo acaba de reírse. Todas las calles estaban mojadas y tuve que volver a mi casa dando saltos. El monje no hace más comentarios y Julián reconoce que después de hacerle todas esas confidencias se siente mejor que antes. La copa de su amargura, sin embargo, no está todavía colmada.

Cuénteme ahora, para acabar, le pide el monje, cómo le recibieron sus compañeros cuando regresó usted del hormiguero. ¿Les contó dónde había estado?

Era precisamente a ese punto a donde quería llegar. Todo el interrogatorio estuvo enfocado hacia esa pregunta. Julián cierra otra vez los puños y se encoge un poco más, buscando inconscientemente la misma postura que hace poco más de treinta y cinco años tuvo en el vientre de su madre. Estando con la cabeza bajo la manta, sin embargo, la confesión no le resulta tan dolorosa. No se lo diga a nadie, susurra, pero la verdad es que nunca estuve en un hormiguero.

El monje no demuestra la menor sorpresa. Seguramente esperaba una respuesta parecida. Dígame, pues, cuándo cazó su primer tigre, dice. Eso es más difícil de responder, murmura Julián. ¿No era usted, inquiere el monje, quien cazaba tigres montado en

un elefante blanco adornado con campanillas de plata? Julián siente la mirada del clérigo entre ceja y ceja y se decide a confesar la verdad. Jamás ha cazado tigres, dice. Ni siquiera uno. Sólo los he cazado en sueños. El monje se aclara la garganta. Lo malo, dice, no es no haber cazado tigres, sino echar la culpa a los demás por no haberlos cazado. Julián se acaricia los párpados con la yema del índice y suspira. De todas formas, susurra, no se lo diga usted a nadie. Guárdeme el secreto. Y asoma la cabeza mientras su madre, que hace un par de minutos volvió a situarse al otro lado de la puerta, le propone llevarle la comida a la habitación.

Un plato de macarrones, un buen trozo de tortilla de patata y un par de plátanos de postre, le anticipa. Luego te echas una buena siesta y duermes hasta que llegue tu tía. Julián se acerca un poco más a la puerta. ¿Te parece que vendrá también Carlota?, pregunta. Eso no lo sé, responde su madre. Tu prima es muy rara. Julián apoya la frente en la puerta y se acaricia el cuello con las dos manos. ¿Por qué crees que mi tía me regala siempre corbatas?, pregunta. Porque no se le ocurre otra cosa, responde la madre, sonriendo. Tu tía es una mujer de ideas fijas. Julián sacude lentamente la cabeza. Nada de eso, dice. Lo que quiere esa mujer es que acabe estrangulándome con una de sus corbatas.

La pega, añade, antes de que su madre pueda protestar, es que nadie puede estrangularse a sí mismo. La mujer se aleja llorando de la puerta y como no tiene pañuelo se seca los ojos con el delantal. Tienen usted razón, dice el monje. El estrangulamiento no es un vicio solitario, como el ahorcamiento. Se necesita otra persona que acabe de cerrar el lazo y tire de los dos extremos. Julián envuelve al religioso con una mirada suspicaz. Algunas veces pienso que usted no cree en Dios, susurra. El vecino del piso de abajo vuelve a poner el disco de las trompetas y la vecina sigue cantando entre dientes, pero sus tararás no suenan ya como los que lanzó a primeras horas de la mañana. Han perdido ritmo y convicción. Julián la espía otra vez a través de los visillos y entorna los ojos. Le parece de lo más sospechoso que esa mujer se pase toda la mañana colgando calcetines. De todas formas, dice el monje, siempre le

queda el recurso de la ventana, ya sabe usted a lo que me refiero. Y la madre, que se desplomó hace un momento en el sillón del comedor, comprende por fin que lo que necesita son unos cuantos tragos que le devuelvan los ánimos. No le queda, sin embargo, ni una sola botella en casa y decide bajar al supermercado. Falta más de una hora para que llegue su marido y le conviene recibirle con un poco más de moral. Vuelve pues a echarse el abrigo por encima de los hombros y baja a la calle en busca de un par de botellas de vino. Julián, que ha oído el portazo, sale del cuarto, corre a la habitación de su madre, abre el baúl y saca el traje de torero de su padre. Vuelve al cuarto y en un abrir y cerrar de ojos se viste de torero.

A partir de hoy, se propone, este será mi único traje. Lanza el pijama por la ventana, se sienta en la butaca y al montar una pierna por encima de la otra se le descose una costura. No importa, nadie va a reírse por eso. Lo que sí importa es que el insecto, el príncipe persa y el cazador de tigres acaban de convertirse en un torero de rompe y rasga. La vecina reaparece en la ventana y celebra la metamorfosis de Julián entonando una canción distinta. La de ahora es To, to, to, ti, ti, ti, to. Se trata, pues, de una letra tan absurda como la otra, pero aunque encerrase algún significado secreto Julián no se tomaría ya la molestia de descifrarla. No siente el menor interés por descubrir lo que pueda decirle una mujer que se enfada sólo porque le enseñan la punta de la lengua. Abre la ventana de par en par y se asoma al patio. Sabe que la vecina está mirando, ha dejado incluso de cantar, pero mantiene la mirada al frente. Los toreros no miran a nadie, están en este mundo para ser admirados.

Aquí estoy, suspira pues Julián, revestido por su nueva y brillante piel.

Su piel anterior, el pijama a listas azules –tan parecido al uniforme de presidiario– yace ahora en el fondo del patio. Fue a caer sobre el tejadillo de plástico que protege el lavadero de la portera. Nada de suicidios. Que se suiciden, en todo caso, los pijamas, pero sin nadie dentro. La vecina comprueba si se han

secado ya los primeros calcetines que colgó esta mañana. Ahora no canta. Se siente intimidada por la presencia de Julián. Lo que menos esperaba era verle vestido de torero. No quiere meterse en más líos y se retira definitivamente de la ventana. Julián continúa asomado al patio. Le entristece ver el pijama sobre el tejadillo de la portera. No puede olvidar que, al fin y al cabo, ese pijama fue su compañero entrañable durante muchas noches solitarias. Durmieron abrazados muchos plenilunios y conoce todos sus secretos. El brillo de las lentejuelas, sin embargo, acaba liberándole de cualquier pensamiento sombrío. Aquí estoy yo, a pesar de todo, exclama, alzando la mano y sonriendo al tendido. Al fin y al cabo, Julián es hijo de su padre. También a él le gustaría que en estos momentos le viesen todos los vecinos del barrio.

Soy un triunfador, proclama. Se retira de la ventana y se sitúa con los pies juntos en el centro del cuarto. Eh, tú, márame un poco. Le pide al toro, doblándose un poco por la cintura hacia atrás. Es una suerte poder hablar con los toros y que los toros te respondan. Toros y toreros pueden contarse entonces hermosas historias y hacerse favores recíprocos. Márame un poco, insiste Julián. En estos momentos, sin embargo, no piensa en suicidarse. Lo único que pretende es que el público se divierta un poco sin escandalizarse demasiado, es decir, que lo pase bien dentro de un orden. El toro, sin embargo, no le sigue la corriente. No, un poco no, responde. Entero o nada. Julián da un paso al frente. Un poco, susurra. El público empieza a impacientarse. Se escuchan los primeros silbidos. Mira, le señala al toro, la gente se alborota. y el toro le contesta: no te preocupes por eso, deja que se alborote, piensa que hoy tienen su día libre. Julián reconoce que eso es cierto. Además, añade el toro, las medias muertas sólo sirven para sufrir. Es una res juiciosa y Julián no tiene más remedio que claudicar. Se planta a un palmo de los cuernos y la fiera le parte por la mitad. Lanza un largo grito que puede oírse en toda la casa, se desploma sobre las baldosas y derriba con su caída a casi todos sus soldados. La tragedia se ha consumado. El público grita y los de la banda, que quieren disimular, soplan inútilmente porque tienen las trompetas agujereadas.

Dígame ahora qué aspecto tengo, le pide al monje desde el suelo. Cierra los ojos, se estremece durante un momento –son los últimos estertores– y se queda definitivamente inmóvil. El monje, desde la cómoda –está ahora entre el galeón de bronce y el gato de ojos verdes– puede verle perfectamente. A primera vista parece que está usted muerto, dice. La sangre se le escapa a borbotones. Julián protesta. Si me corre la sangre es porque todavía estoy vivo, dice. Pero no se atreve a abrir los ojos para comprobarlo por sí mismo. El monje rectifica. Tiene usted razón, reconoce. La sangre ha dejado de manar. Está usted muerto, Julián siente una gran compasión por sí mismo y tiene ganas de echarse a llorar. ¿Dónde están ahora, se lamenta, los poetas que canten mi muerte? ¿Dónde está esa hermosa mujer que rece una oración por mi alma pecadora y abandone una rosa roja sobre mi sepulcro?

Nadie se acerca a levantarlo. Su cuerpo queda olvidado en el centro del cuarto. Su sacrificio ha sido inútil. No quiere, sin embargo, moverse. Continúa tumbado en el suelo, con los brazos en cruz y sin mover un músculo, gozando de la tristeza que le produce el saberse abandonado por todo el mundo.

Cuando su madre vuelve de la calle con las botellas de vino no se oye en la casa ni el vuelo de una mosca. En estos momentos, sin embargo, la mujer no quiere preocuparse por lo que pueda estar haciendo su hijo. Descorcha una de las botellas y empieza a beber sentada a la mesa de la cocina. Se llena un vaso, lo vacía de un trago y vuelve a llenárselo. No quiere emborracharse, lo único que pretende es afrontar los problemas con más confianza en sí misma. El vino hace milagros. Puede obrar, por ejemplo, el milagro de la comprensión. Al fin y al cabo, no hay mucho que ver por esos mundos de Dios. Mejor será pues no dramatizar demasiado. Muy bien, le enseñó la pirindola a la vecina, recuerda, pero eso no deja de ser una travesura sin importancia. Peor sería que me hubiese salido ladrón.

Porque, vamos a ver, pongámonos la mano en el pecho, se dice luego. ¿Qué mujer puede molestarse realmente porque un hombre le enseñe su fe de bautismo? ¿No es como una especie de

piropo, aunque sea un poco subido de tono? Levanta el vaso de vino y lo contempla al trasluz. Al fin y al cabo, sigue razonando, a las mujeres que les enseñan algo que no quieren ver siempre les queda el recurso de cerrar los ojos. Esa mujer, sin embargo, los mantuvo muy abiertos. La muy guarra no quiso perderse detalle de lo que le estaban enseñando.

El vino ha empezado a circular con fuerza por sus venas. Se levanta, sale de puntillas al pasillo y apoya la frente en la puerta del cuarto. ¿Estás ahí dentro, hijo mío?, susurra. Julián no responde porque continúa estando muerto. Sigue tumbado en el suelo, con los ojos cerrados y los brazos extendidos en cruz. No piensa levantarse hasta el día del Juicio Final, suponiendo que llegue alguna vez. Su madre vuelve del comedor con una silla y se sienta en el pasillo, junto a la puerta. Estando ahí sentada no tiene necesidad de doblarse por la cintura para que la boca le quede a la altura de la cerradura.

He comprado una botella de vino, dice. Te la daré si me abres la puerta. en estos momentos, reconfortada por el alcohol, no le desanima el silencio de Julián. Si él tiene sus razones para estar callado, piensa, yo también tengo las mías para continuar hablando. Y para no quedarse callada ni contar a su hijo lo que le pasó en el supermercado, en el instante de pagar las dos botellas de vino: la chica se equivocó con la caja registradora y pretendió cobrarle más de la cuenta.

Tu madre, sin embargo, no tiene un pelo de tonta, dice. Julián no puede ya continuar muerto. Se incorpora y piensa en el vino que le ofrece su madre. Puede que le fuese muy bien echarse un par de tragos, pero no quiere precipitarse, luego verá qué es lo que hace. Se arrodilla junto a los soldados y vuelve a ponerlos de pie. Vuelve a tumbarse sobre la cama y queda pendiente de la gota de sangre que cuelga otra vez de la grieta del techo. Ahí está todavía el toro, mirándole ferozmente. El monje, que continúa sobre la cómoda, le dice que no tiene por qué preocuparse. Los toros no embisten a los muertos y él está muerto. Julián no despega los labios. ¿O no está muerto?, le pregunta el monje, con sorna. Y Julián no se atreve a

responder. ¿Estoy muerto? ¿No estoy muerto? Su madre araña suavemente la madera de la puerta. Nada menos que doscientas pesetas de más, dice, pensando en la chica de la caja registradora.

Estoy vivo, pero sólo a medias, se dice finalmente Julián. El monje no está de acuerdo. No es posible estar vivo ni muerto a medias. O estamos muertos, o estamos vivos. Y si estamos vivos, no caben tampoco medias tintas: tenemos la obligación de proclamarnos independientes. La madre golpea levemente la puerta con el cuello de la botella. Era el vino más caro del supermercado, dice. El monje suelta un respingo. Aunque si estuviese usted muerto, observa, ella no se preocuparía tanto por emborracharle. Julián se impacienta. Mantiene la boca abierta pero la gota de sangre no acaba de caer del techo. Personalmente, susurra el monje, creo que está usted vivo. Julián dice que sí, que también él piensa que está vivo, pero reconoce que el hecho de continuar en este mundo no le entusiasma tanto como antes. Parece como si estuviese empezando a apagarse lentamente el fuego interior que le mantuvo en vilo durante toda la mañana. No olvide que está usted vestido de torero, le recuerda el monje. Julián sonríe tristemente. La verdad es que este traje me cae demasiado estrecho, murmura. Hace un momento, al cambiar de postura, se le descosió un poco más por el mismo sitio de antes.

De todas formas, dice su madre, a lo mejor este año te regala otra cosa. A lo mejor, susurra Julián, bostezando sin disimulo. Se trata del primer bostezo del día y al reflexionar sobre esa circunstancia se dice que tanto puede significar el principio del fin, como el fin del principio. Dicho de otro modo, tanto puede interpretarse como primer síntoma de un aburrimiento progresivo que acabará por obligarle a salir del cuarto, como primer síntoma de su adaptación a un nuevo estilo de vida, superando ya el nerviosismo de los primeros momentos. Lo mejor sería que te regalase un paraguas, dice su madre. Julián lo decide de pronto. Deja la botella de vino junto a la puerta, dice. Su madre tarda menos de un minuto en hacer lo que le pide su hijo. Cuidado con el vino, le aconseja el monje. Julián ha vuelto a cerrar la puerta con el pestillo y bebe directamente de la botella. ¿Qué tal está?, le pregunta su madre,

que se ha quedado con su propia botella. No está mal, reconoce Julián. Pero no acaba de recuperar el entusiasmo perdido. Su madre, sin embargo, no quiere continuar bebiendo. Tiene suficiente. En estos momentos, por lo menos, no le asquea tanto como antes la perspectiva de recibir a un marido insólido. Ni siquiera le parece que lo de su hijo sea tan grave. Cuando venga tu padre le diré que tienes la gripe, repite.

Necesita, sin embargo, la colaboración de su hijo. Mientras su padre esté en casa Julián tiene que guardar silencio. Nada de pláticas con el monje, ni de arengas a los soldados. Nada de proclamas políticas. Nada de canciones. Tiene que fingir que está durmiendo, transido por la fiebre. Shepiatou, shepiatou, susurra Julián, transformándose fugazmente en ruiseñor. En estos momentos, de todos modos, no le apetece volar a ras de suelo. Ni siquiera le emociona pensar en los tigres que hubiera podido cazar y no cazó. Es malo beber con el estómago vacío, le advierte el monje. Julián no tienen en cuenta ese consejo y acaba de un trago el vino que quedaba en la botella. Se limpia los labios con el dorso de la mano y se sienta en la butaca, esperando que regrese la fe perdida. Tu padre ya no puede tardar mucho en volver, dice la madre. Julián oye cómo su madre se levanta de la silla y se aleja por el pasillo. Normalmente comen en la mesa de la cocina. Hoy, sin embargo, servirá la comida en el comedor para mantener a su marido lo más lejos posible de Julián.

Lo mejor sería que se fuese usted a dar una vuelta en el balandro, le aconseja el monje. Ahí está todavía la cuartilla con el triángulo y las otras cuartillas, repletas de números. Ahí están también los soldados y los toreros, esperando órdenes. Julián –parece como si el vino empezase por fin a animarle– coge una nueva cuartilla y, bolígrafo en ristre, se dispone a reconsiderar la situación a la que ha llegado después de más de cuatro horas de hostilidades. Descomponiendo los principales elementos que la configuran, tiene:

A) Un hombre disfrazado de torero sentado en una butaca y encerrado en una habitación de doscientas cuarenta baldosas. Con:

a) Una botella de vino vacía.

b) Una madre que no se decide a dejarle tranquilo.

- c) Un monje-palillero de porcelana con el que puede dialogar y del que de vez en cuando recibe algún consejo.
- d) Unos soldados que todavía no tienen una idea muy clara de lo que van a defender.
- e) Un padre que un día soñó con ser torero, pero que trabaja como encargado en una fábrica de botones.

Ha escrito esa relación con letra de imprenta, para poderla releer sin esfuerzo. Tal vez exista una fórmula que le permita relacionar todos esos factores y que, a la postre, le descubra cual va a ser su destino. No se hace sin embargo muchas ilusiones al respecto. Esas fórmulas, que podrían convertir al más miserable de los hombres en una especie de dios, son muy difíciles de encontrar. Ahí está, sin ir más lejos, el caso de su padre. Lo más probable es que ese hombre se vaya al otro barrio sin haber comprendido siquiera por qué no le embestían los toros que se empeñaban en torear.

Volveré a repetírselo una vez más, repite el monje, desde lo alto de la cómoda. ¿Y si a su señor padre le diese hoy por vengarse de todas sus frustraciones? ¿Y si, con la excusa del cuarto de pollo, se empeñase en echar abajo la puerta del cuarto? Julián se pasa la lengua por los dientes. ¿Por qué tienen usted tanto miedo?, pregunta. La respuesta del monje no tiene vuelta de hoja. Dice que no le gustaría morir a manos de un hombre desesperado. En realidad me asusta la muerte, añade al cabo de un momento. Julián se siente cada vez más estimulado por el vino. ¿Y ese hábito?, observa. El monje –eso es lo que le parece a Julián– sonríe como si hubiese estado esperando una pregunta parecida. Responde con brevedad y se define como un capricho del artesano que lo fabricó. Luego explica que en un principio estaba destinado a ser tirolés –fueron tirolesees las cincuenta figuras que le precedieron en el horno– pero que en el último instante aquel honrado artesano decidió iniciar con él una serie de monjes. Debiera usted haber protestado, opina Julián. Hay cosas contra las que de poco sirve rebelarse y gritar, suspira el monje. Julián se mosquea. ¿Dice usted eso por mí?, le pregunta. ¿Es otra de sus

indirectas? ¿Cree que no voy a ganar nada encerrándome en este cuarto? El monje responde que no estaba pensando en nadie y recuerda que hubo una época en que también él soñó con ser libre. Fue, confiesa, en esta misma casa, en la vitrina del comedor. Durante dos años estuve conspirando y haciendo planes pero en el último momento, cuando llegó la hora de la verdad, me dije que no valía la pena arriesgarme para ser libre entre unas cuantas copas de cristal de mala calidad. Julián frunce el entrecejo. Se lo diré a mi madre, le amenaza. ¿Qué es lo que le dirá usted?, pregunta el clérigo. Le diré que a usted no le gusta su cristalería, responde Julián. El monje sonríe, pero su sonrisa se esfuma cuando la mujer empieza a golpear la puerta con los dos puños. Ha descubierto por fin que el traje de torero no está en el baúl. Si se entera tu padre te matará, gime. Julián replica diciéndole que su padre no tiene por qué enterarse porque sólo se viste de torero los domingos por la tarde. De todas formas, añade, pensaba devolvérselo esta tarde, porque me viene demasiado estrecho.

La mujer se santigua. Lo peor que podría pasar es que Julián saliese a recibir a su padre vestido de torero y le brindase todos los toros que él no fue capaz de matar. Los acontecimientos, sin embargo, van a ir por otros derroteros. Julián recuerda a su madre que nunca le gustaron los toros y que jamás quiso ser torero, como otros chicos del barrio. Pues devuelve el traje, le pide ella. Julián dice que eso es harina de otro costal. El traje lo devolverá a su debido momento. Ni antes ni después. Y la mujer decide de pronto emborracharle. Julián se vuelve loco por el anís dulce. Dejará la botella en el pasillo y le propondrá que se la beba de un par de tragos. Le dirá que es el mejor modo de celebrar la proclamación de su independencia. Que agarre una buena mona y que se pase dos días durmiéndola, susurra. Julián, mientras tanto, continúa pensando en los toreros. Le han parecido siempre héroes gratuitos e innecesarios. ¿Qué hago, pues, con este disfraz?, se pregunta de pronto.

En un abrir y cerrar de ojos se desnuda y arroja el traje al pasillo. Pasó el tiempo de los uniformes, proclama. Y el monje aplaude con entusiasmo. La verdad es que fue una tontería elegir

ese disfraz, dice. Es una forma de echar más leña al fuego, pero Julián se muestra ahora conciliador. Que cada cual sea lo que quiere ser, suspira. Toreros, almirantes, ingenieros o taxistas. Lo importante no es lo que quieran ser los demás, sino lo que quiero ser yo. El monje prosigue el juego. Opina que lo último que acaba de pensar Julián es una solemne tontería ¿Se imagina usted, le pregunta, un mundo en el que a todos sus habitantes les diese por ser almirantes?

Su madre ha vuelto ya a guardar el traje de luces en el baúl. Sigue convencida de que lo mejor es emborrachar a Julián. Puede que con una buena cogorza se le pase todo, dice. Deja la botella de anís junto a la puerta y avisa a su hijo. Anda, celebra tu cumpleaños como Dios manda, le propone. Y contiene la respiración, esperando que Julián diga algo. Ni siquiera será necesario que se beba toda la botella, habrá suficiente con unos cuantos tragos, teniendo en cuenta el vino que ya bebió antes. Recuerda a su hijo que no debe alborotar mientras su padre esté en casa. Julián recoge la botella y vuelve a la cama. Echa el primer trago, se pasa la mano por el vientre y recuerda que hace años se afeitó el vello del pubis. Hubo un tiempo en el que el pelo era el único vestido de todos los hombres. El monje adivina una vez más lo que está pensando y sonríe. De todos modos, le aconseja, es mejor que se eche una manta por encima de los hombros. Llegan desde alguna parte dos camaradas y casi al mismo tiempo suena el timbre de la puerta.

Julián salta de la cama y se encara con los soldados. Les tenía olvidados desde hace un buen rato. Llegó el momento de la verdad. Atención, susurra, llevándose el índice a los labios. Su padre avanza por el pasillo tosiendo y parece como si arrastrase por el suelo un enorme sable. Julián se sitúa junto a la puerta y aprieta los puños. Veo que ha recuperado usted la moral, observa el monje. Nunca la perdí del todo, responde Julián. No quiere llevar la contraria a su madre y tanto él como el monje hablan ahora con voz muy queda. El padre se ha sentado ya en la mesa del comedor. ¿Dónde está ése?, pregunta. Se refiere a Julián. Su mujer le suelta lo que tenía pensado. Le explica que Julián se despertó con un poco

de fiebre y que se quedó en la cama. Hace diez minutos le dio una aspirina con un vaso de leche caliente y seguramente ahora está durmiendo.

El hombre hunde el tenedor entre los macarrones. Tiene los ojos húmedos y aterciopelados como los de un cebú. Estos macarrones, dice, están sosos. No tiene, además, apetito. Aparta el plato a un lado y enciende un cigarrillo. La mujer le recuerda que tiene la tensión alta y que no le conviene la sal. Se lleva la bandeja de los macarrones a la cocina y regresa un minuto después con la tortilla de patatas. Deja el plato en el mismo sitio donde antes estuvo la bandeja de macarrones y critica la costumbre de algunas mujeres de echar demasiada sal en todo lo que cocinan.

Julián, mientras tanto, ha ido cambiando a los soldados de baldosas. Nada de tácticas complicadas. En su ejército no hay ya sargentos, cabos, soldados de primera y soldados de segunda. Todos tiene la misma graduación. Todos son iguales. Carne de cañón. Los toreros, además, vuelven a ser toreros. Ha prescindido incluso de la primera línea defensiva y de la segunda línea de sostén y todos sus hombres están ahora situados frente a la puerta, formando una larga línea que se prolonga desde la baldosa 4-L hasta la 14-L.

A pesar del anís, no las tienen todas consigo. ¿Qué es lo que se esconde por debajo del barniz de sus soldaditos de madera? ¿Que significan esas miradas estúpidas, concentradas en un solo punto? No tienen nada que ver, desde luego, con la mirada del halcón que acecha a la paloma, no es tampoco la mirada del tigre, o la del lobo, observando a sus presas. Recuerdan, más bien, a la mirada estúpida de los que nada comprenden y ni siquiera tienen conciencia de su propia existencia. Estos hombres, reconoce Julián, no tienen nada que ver con los héroes de antaño.

Ni siquiera vale la pena perder el tiempo en más arengas. Que sea lo que Dios quiera. Julián vuelve una mirada resignada hacia el monje, mientras su padre apaga el cigarrillo y ataca de mala gana la tortilla. Tampoco aquí hay sal, murmura. Y su mujer, para distraerle, empieza a contarle los últimos chismes del barrio. Su

marido no le escucha. Quiere saber cuánta fiebre tiene Julián. Puede que no haya creído ni una sola palabra de todo lo que le ha dicho su mujer. Treinta y ocho, susurra la mujer. Levanta la mirada –ahora puede mirar a su marido de frente– y descubre el ramito de muérdago que cuelga de la lámpara desde la última Navidad. Contiene la respiración y escucha los rumores que puedan llegar desde el fondo del pasillo. Tiene miedo de que en cualquier momento Julián empiece otra vez a hablar y pone en marcha el pequeño transistor que está encima del aparador, entre los dos candelabros. El locutor parece estar de buen humor. Mañana, dice, empieza la temporada de rebajas, però cuidado con las gangas. Su marido protesta. Quita a ese imbécil, murmura. La mujer no se mueve. Cuidado con las gangas, repite el locutor, porque en este país nadie vende duros a cuatro pesetas. Cambia de emisora, insiste el hombre. Y ella se decide por fin a girar lentamente la ruedecita del dial.

Julián siente que la cabeza le da vueltas. Está bebiendo usted demasiado, le amonesta el monje. Su madre sube el volumen del transistor. Parece que se ha caído otro avión susurra. El nuevo locutor habla de doscientas víctimas. Pues que no viajen en avión, masculla el hombre. Las distancias no se han hecho para que los hombres las recorran volando. Acaba la tortilla y rechaza la manzana que le ofrece su mujer. Lo que ha querido decir su marido –ella le conoce muy bien– es que las distancias deben respetarse y que los viajeros se purifican cuando las recorren lentamente. Julián, que ha vuelto a echarse sobre la cama, no espera ya que mane sangre de la herida del techo. De vez en cuando oye el ruido de los cubiertos en el plato, pero ni por un momento piensa en comer. El anís le ha quitado el poco apetito que le dejaron los dos vasos de vino que se bebió antes.

La mayor parte de los cuerpos, continúa diciendo el locutor, no han podido ser identificados. Y en ese instante la vecina de los calcetines suelta una larga risa. Ahora está justamente en la habitación de al lado y si Julián abriese un agujero en la pared medianera podría verla dando la vuelta a todos los calcetines secos.

¿Qué es, sin embargo, lo que le ha hecho reír?, se pregunta Julián, con la mirada puesta en la bombilla. Jamás cogeré un avión, susurra el hombre, echando por la nariz una larga columna de humo. La mujer coloca el transistor en el centro de la mesa y la vecina vuelve a reírse. Muy bien, se dice Julián, puede reírse todo lo que quiera, pero si ella se ríe de mí, yo me reiré de su puta madre. Empieza a tener frío y se cubre con la manta. Lo más juicioso sería pedir la paz, le aconseja el monje. Julián dice que no, que nada de eso. El año le ha devuelto ya el brío de sus mejores momentos. Es necesaria, dice, una gran batalla que acabe decidiendo el futuro del mundo. Escuche, sin embargo, cómo continúa riéndose esa mujer, observa el monje. Se ríe porque sabe que tenemos la batalla perdida de antemano. Julián sigue contemplando la bombilla, que cuelga exactamente sobre su cabeza. Esa bombilla es como un hombre que se hubiese ahorcado. Un hombre transparente, sin secretos, de alma luminosa, que un día se armó de valor y decidió colgarse.

Son más fuertes que usted, susurra el monje. Julián le dice que no vale la pena que insista. A pesar de todo, está dispuesto a luchar hasta el fin. Cierra los ojos y goza por anticipado del espectáculo de la batalla. Los combatientes manejan la espada con vigor y, como los héroes de otros tiempos, no dan golpe sin herida ni herida que necesite un segundo golpe. Los caballos negros huyen hacia las colinas y los caballos blancos corren tras ellos.

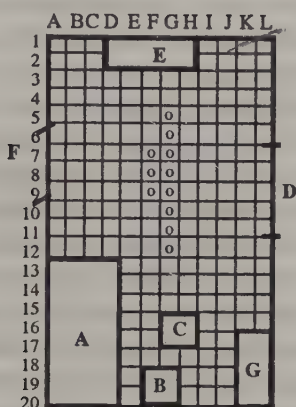
El monje vuelve a protestar. No le gusta que Julián distinga entre caballos negros y caballos blancos. Todos los caballos y todos los jinetes, sean blancos o negros, son ovejas de su rebaño. La culpa es suya, replica Julián. Y tiene razón porque, al fin y al cabo, ha sido el propio monje quien, sin que Julián dijese nada, identificó a los caballos negros con los jinetes malvados, y viceversa. Yo también, añade Julián, pienso que los congoleños hacen muy bien exigiendo un dios negro y angelitos y querubines también negros.

Su madre continúa dando vueltas a la ruedecita del dial y la cajita del transistor se llena inesperadamente de brutales guitarras eléctricas. Eso era, poco más o menos, lo que estaba buscando.

Aunque a Julián le diese ahora por gritar, su padre no podría oírle. El hombre, sin embargo, no resiste el alboroto. Basta, basta, exclama. Y desconecta el transistor. A la hija del carbonero le ha nacido una niña con seis dedos, dice la mujer, para tapar el silencio. Su marido masculla algo por lo bajo. No le interesan los chismes del barrio. Tiene bastante con que los vecinos le vean de vez en cuando en el balcón vestido de torero. Se levanta resoplando por la nariz y se encierra en su habitación. Le queda todavía casi una hora de siesta y no esta dispuesto a perder ni un minuto más. Y mientras su madre se lleva los platos sucios a la cocina y su padre se sienta en el borde de la cama y se quita los zapatos –algunas tardes duerme con los zapatos puestos– Julián cae en la cuenta de que los soldados están muy mal situados. La puerta tiene el pestillo puesto, es cierto, pero supongamos por un momento que su padre arremete como un toro contra la puerta y hace saltar el pestillo por los aires. ¿Qué pasaría entonces? El propio Julián se da la respuesta utilizando la voz del monje. Al abrirse la puerta de par en par, dice, describiría un arco que iría desde la baldosa 8-L hasta la baldosa 11-I, derribando sin piedad a todos los soldados que encontrase en su trayectoria. ¿Está usted seguro de eso?, le pregunta el sargento. Completamente seguro, dice Julián, levantando una vez más la botella de anís. El monje vuelve a amonestarle con la mirada. Si continúa bebiendo acabará emborrachándose, le previene.

En cierto modo Julián ya está borracho. No hasta el punto de caer de espaldas, pero sí lo suficiente para que pueda escuchar otra vez a su alrededor los rumores del bosque. Shepiatou, shepiatou, vuelven a cantar los ruiseñores. Croc, croc, croc, graznan los cuervos. Pero a su alrededor silban también las serpientes y los escorpiones disponen silenciosamente sus pinzas. Una simple picadura de esas criaturas bastaría para acabar de dar al traste con todos sus proyectos e ilusiones. Es preciso, pues, que una vez más actúe con la diligencia de un buen padre de familia. También ahora necesita comprobarlo todo gráficamente. Hace sus cálculos y mediciones sobre una nueva cuartilla –lo ideal sería disponer ahora de cuartillas de papel cuadriculado– y traslada luego a sus hombres

a las nuevas posiciones. Los soldados quedan finalmente del siguiente modo:



Los hombre se lo agradecen con vítores y la madre corre angustiada hacia el cuarto. Teme que los gritos de Julián puedan acabar despertando a su marido. Cuidado, cuidado, susurra por el agujero de la cerradura. Y añade a continuación, para justificar su alarma, que el padre de Julián ha vuelto de la fábrica con un humor de perros. Pues si él está de mal humor, replica Julián, yo estoy de un humor excelente. Se vuelve luego hacia el monje y le dedica una sonrisa de oreja a oreja. La verdad es que muy pocas veces en mi vida me he sentido tan feliz como en estos momentos, le confiesa. El monje suspira. La culpa la tiene el anís, dice. Julián opina que la felicidad, venga de donde venga, siempre tiene que ser bien recibida. ¿De qué forma, se pregunta, los hombres pueden conservar y prolongar indefinidamente su felicidad?

La fórmula que le propone el monje es de lo más sencillo. Para conservar la felicidad indefinidamente, dice, debe usted moverse muy despacio. Julián no le entiende, es decir, no se entiende a sí

mismo. No es la primera vez que se le ocurren ideas que se esfuman antes de que pueda verlas claramente. Supongamos, explica el monje, que quiere usted levantarse de la cama y sentarse en la butaca. Supongamos, también, que esa butaca no está donde está, sino en los confines del universo. Lo que debe hacer es prolongar sus movimientos todo lo que le sea posible. En lugar de moverse a una velocidad normal, alargue sus movimientos hasta el infinito. No importa que necesite seis horas para moverse un par de milímetros, o treinta y cinco días para recorrer un metro.

Si usted consigue suspenderse físicamente en el espacio, sentencia el monje, eternizará también su felicidad.

Julián piensa que vale la pena hacer la prueba. Lo primero que hace es mover el meñique de la mano izquierda. Luego el pulgar del pie derecho. Han pasado tres años y sigue tumbado en la cama, pero continúa siendo feliz. Poco a poco va incorporándose. Los músculos responden muy lentamente a todos los estímulos que les envía el cerebro. Separar la espalda de la cama, por ejemplo, le lleva diez años, que en realidad son diez minutos. Apoya el pie izquierdo en el suelo, luego el derecho, avanza el primer paso y transcurren otros veinticinco años. Lo que menos importa es que ese cuarto de siglo equivalga, únicamente a cinco minutos de su vida real. Al cabo de otros veinte años llega a un par de centímetros del respaldo de la butaca y contiene la respiración. ¿Continúa siendo feliz?, se pregunta. Sí, sí, se responde inmediatamente, continúa siendo tan feliz como hace cien años, cuando inicié mi recorrido por el universo en busca de esta bendita butaca.

No quiere morir, sin embargo, como Moisés, a la vista de la tierra prometida, y se sienta lentamente en la butaca. hacerlo le cuesta otros tres años, pero llega, por fin, a la tierra de la miel y de la leche. Su corazón late jubilosamente. Sería una grosería suponer ahora que tanta dicha se la debe exclusivamente al anís. El pueblo, sentado alrededor de las hogueras, entona a coro dulces canciones de amor y Julián piensa en Fidelity, aquella hermosa tigresa de ojos azules que otro cazador furtivo hirió de muerte, y que él encontró moribunda en un claro del bosque.

¿Murió?, le pregunta el monje. En mis brazos, responde Julián. Y por detrás del entrechocar de las cazuelas y de los platos que su madre está fregando en la cocina le parece escuchar los últimos estertores de aquel hermoso animal y el tañido de las campanas que empezaron a doblar inmediatamente en señal de duelo. Julián continúa con los ojos cerrados, pero puede ver perfectamente todo lo que sucede a su alrededor. El príncipe indio se acerca vociferando. ¿Quién le dio a usted autorización para cazar en mis dominios?, le pregunta, conteniendo a duras penas su indignación. Julián no pierde la calma. Compruébelo usted mismo, responde, echando mano a la cartera, aquí tengo el permiso escrito y firmado personalmente por el Zar. El príncipe le fulmina con la mirada. Sus ojos brillan como dos carbunclos. ¿Y qué tiene que ver ese Zar del que usted me habla con mis tierras?

Mientras Julián sigue discutiendo con el príncipe su padre se despierta y se lleva las dos manos a la cabeza. Echa un vistazo al reloj y advierte que ha dormido más de lo previsto. Enciende el cigarrillo que antes dejó a medio fumar, acaba de vestirse y sale de casa dando un portazo y sin despedirse de su mujer, que sigue en el fregadero. Un minuto después, sin embargo, la mujer vuelve a estar al otro lado de la puerta. Pasó el perejil, dice. Ella dice siempre perejil en lugar de peligro. Araña la madera con los diez dedos al mismo tiempo y suspira. Ahora sal tú también, susurra. Te daré de comer lo que quieras. Julián ha perdido el apetito. Lo único que le apetece es otra botella de anís. Madre siente un pinchazo en el costado. ¿Y tu tía? ¿Y Carlota?, pregunta. Julián responde que las dos pueden zurcir con hilo verde y la mujer comprende por fin que lo de su hijo no tiene remedio, por lo menos a corto plazo. Esta noche, cuando su marido vuelva a casa, no tendrá más remedio que contárselo todo.

Tu verás lo que haces, suspira. Prepara el despertador para que suene a las cinco de la tarde y se mete en la cama. Julián vuelve a tener frío y se echa la manta por encima de los hombros. No es tiempo para estar desnudo, pero no tiene humor para ponerse una camisa y cualquiera de los pantalones que guarda en el armario.

Recorre con la mirada a sus once soldados y está a punto de derribarlos de una patada, pero le da pereza levantar la pierna. ¿Seguro que se trata sólo de pereza? El monje tiene otro motivo para desconfiar. Puede que sea algo peor. Tal vez su madre echó algún somnífero en la botella de anís. Puede incluso que le haya envenenado. No es normal que de pronto le duela tanto la cabeza. Más aún ¿Y si estuviese ya muerto?

Julián se tumba otra vez en la cama y vuelve a esconder la cabeza debajo de la manta. ¿Cómo puedo saber si estoy muerto?, se pregunta. El monje le sugiere que se ponga la mano en el corazón. Si siente que se mueve, es que todavía vivo, dice. Julián se tranquiliza. Su corazón sigue marchando poco más o menos como siempre. Son los mismos golpes de costumbre. Viene a ser una especie de trac-trac-trac-trac, parecido al trac-trac-trac-trac de los viejos relojes de pared, al trac-trac-trac-trac de los soldados desfilando, o incluso al trac-trac-trac-trac de una bomba de relojería. Esta última posibilidad, que se le ha ocurrido de pronto – como suelen ocurrirse todas las cosas –, le aterroriza. ¿Y si mi corazón fuese una bomba?, se pregunta ahora. Su sospecha no carece por completo de fundamento. Sus enemigos han podido encontrar la forma de introducirle una bomba en el pecho sin que él se diese cuenta. Usted sufre de vegetaciones y duerme siempre con la boca abierta, le dice el monje.

Lo primero que se le ocurre es contener la respiración para evitar que el diafragma, al elevarse o descender, dispare antes de hora el mecanismo de relojería. No hay nadie, sin embargo, que sea capaz de vivir sin aire así que no tiene más remedio que continuar respirando, aunque sea entre dientes. en cualquier momento, por lo tanto, puede reventar en mil pedazos. El monje trata de darle ánimos. Si salta usted por los aires, morirá, por lo menos, con todo lo que le rodea, dice. Julián reconoce una vez más que el monje tiene razón. Los que mueren despedazados por una bomba no suelen morir solos. Es una forma de consolarse bastante ruin, impropia, sobre todo, de un hombre que lleva hábito. Sea como fuere, Julián quiere despedirse con dignidad de todo el mundo. Se

sienta frente a la mesita de noche, extiende otra cuartilla –la última que le queda– y se dispone a escribir a sus padres una carta de despedida. Empuña el bolígrafo y se sostiene la muñeca derecha con la mano izquierda. Queridos padres, empieza. Pero ya no se le ocurre nada más y aprovecha la cuartilla para establecer nuevas hipótesis. Lleva cinco minutos respirando y continúa vivo. Cabe pues la posibilidad de que su corazón no sea una bomba. Puede que sólo sea un reloj. En ese caso (y eso es precisamente lo que escribe en la cuartilla), tendría corazón = reloj = tiempo = muerte. Todos los caminos, en definitiva, conducen a Roma, pero no todos los caminos son iguales. No es lo mismo saltar por aires que morir lentamente, empujado por el tiempo. Esta hipótesis le parece bastante razonable. Esta mañana tuvo ocasión de comprobar que el sol continuaba moviéndose a pesar de la manta que había colgado en la ventana. Ahora debe reconocer también que tiene otro sol entre pecho y espalda. Un sol mucho más pequeño, pero tan inexorable como el de ahí fuera.

Mientras estuvo pensando en todo eso dibujó una larga ristra de corazones ensartados por una flecha. Ahora, sin que le tiemble demasiado el pulso, empieza a buscar a los latidos las correspondencias numéricas. Procede, pues de modo similar a lo que hizo antes con los tararás de la vecina. Al fin y al cabo, su corazón actúa como otra vecina que canta por detrás de la persiana. Una vecina a la que no parece importarle demasiado lo que pueda suceder fuera de las cuatro paredes de su casa. Yo me río, dice Julián, y ella: trac-trac-trac. Yo lloro, y ella: trac-trac-trac. Apenas altera el ritmo de su canción. Nace la flor y triunfa el justo: trac-trac-trac. Muere el pájaro cantor y se ensalza al malvado: trac-trac-trac. ¿Dónde se encuentra pues la diferencia? ¿Dónde está ese listillo de turno que sea capaz de advertir una variación significativa en el ritmo y la intensidad de los latidos?

Acaba de un solo trago el anís que quedaba en la botella y el monje le aconseja que escriba la primera estrofa de la canción de la vecina descomponiendo el texto por sílabas. Hágalo con letras mayúsculas, le aconseja. Y Julián escribe: Ta-ra-ta-ra-ra-ra-ra.

Una sucesión de letras que podrían corresponderse perfectamente con el trac-trac-trac de su corazón desprovisto de la consonante c. Agrupa todas esas letras por parejas y obtiene:

$$\begin{array}{c} \text{Ta} + \text{ra} + \text{ta} + \text{ra} + \text{ra} + \text{ra} + \text{ra} \\ \text{Tr} + \text{ac} + \text{Tr} + \text{ac} + \text{Tr} + \text{ac} + \text{Tr} \end{array}$$

La similitud, por lo tanto, es evidente y, apurando un poco las cosas, se le ofrecen dos alternativas:

A.- Su corazón es una vecina que canta,.

B.- La vecina es un corazón que late.

El monje se ríe. Creo que está usted demasiado borracho, dice. Si su corazón fuese una vecina que late, usted sería también vecino de sí mismo. ¿Usted cree que eso es posible? ¿Usted cree que alguien puede ser extraño a sus propios problemas? Julián no replica. Antes de establecer las conclusiones definitivas prefiere recurrir una vez más a las equivalencias numéricas. Recuerda que A equivale a 1, C a 3, R a 19, y T a 21. Sustituye cada letra por su equivalente numérico y la igualdad.

$$\text{Ta} + \text{ra} + \text{ta} + \text{ra} + \text{ra} + \text{ra} + \text{ra} = \text{Tr} + \text{ac} + \text{Tr} + \text{ac} + \text{Tr} + \text{c} + \text{Tr}$$

queda convertida en:

$$\begin{array}{l} (21+1) + (19+1) + (21+1) + (19+1) + (19+1) + (19+1) + (19+1) \\ (21+19) + (1+3) + (21+19) + (1+3) + (21+19) + (1+3) + (21+19) \end{array}$$

que, una vez realizadas las correspondiente sumas (porque los signos aritméticos están para algo), queda reducida a $144 = 172$.

Imposible, exclama el monje. Le divierte que los cálculos de Julián no le hayan llevado a ninguna parte. Tiene usted razón, reconoce Julián, pero, por lo menos, he demostrado que no le resulto completamente indiferente a mi corazón. Explíqueme

mejor eso, le pide el clérigo. Mi corazón, dice Julián, es igual a indiferencia menos 28. Le separan todavía 28 unidades de la indiferencia absoluta. El monje resopla por la nariz. Usted, amigo mío, masculla, hace como Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como. Si se lo propusiese podría demostrar también que el mundo es una pera. Julián lanza una mirada envenenada al clérigo. A lo mejor, susurra. A lo mejor podría demostrárselo. El monje sacude la cabeza. Ya no le divierte hablar con una voz que al fin y al cabo no es la suya. Es mejor se deje ya de tonterías, le aconseja. Saque de una vez la bandera blanca. Julián mantiene los ojos entornados, como si las cosas le doliesen menos vistas a través de las pestañas. Lo que le está proponiendo el monje es, ni más ni menos, que una rendición sin condiciones. Hice mal confiando en usted, dice. Se pone en pie y al levantarse se le cae al suelo la manta que se había echado por encima de los hombros. El clérigo suelta una risita. Se burla de sus genitales –no son, ciertamente, para presumir– y Julián aprieta los dientes. Hay cosas que no pueden tolerarse. Recoge al monje del suelo y antes de que pueda alegar algo en su favor lo estrella contra el suelo. Prefiere verle en trozos antes de que pueda acabar convenciéndole de que su batalla no tiene sentido. Se acabaron para siempre los quintacolumnistas, masculla.

Ahora ni siquiera necesita que un ejército le defienda. Se acabaron las guerras convencionales. Recoge a sus once soldados del suelo y cuando los tiene a todos metidos en el puño los arroja por la ventana. Lanza luego a los seis toreros y se frota las manos sin remordimientos. Se ha quedado, pues, solo. No vale ya la pena que el galeón de bronce se traslade a las costas de los países que no han existido jamás, y que posiblemente no existirán nunca. El gatito de ojos verdes tampoco volverá a maullar. Se tumba en la cama y al levantar la mirada al techo comprueba que la grieta ha desaparecido. Puede que los sentidos le gastasen antes una mala pasada. Durante estos últimos instantes el cuarto ha ido recuperando también sus dimensiones de siempre. Las juntas de las baldosas no se prolongan ya hasta el infinito. No cantan tampoco los ruiseñores porque se esfumaron los jardines y el sonido del minúsculo violín que descu-

brió antes entre los zapatos viejos se ha convertido en el chirrido de alguna puerta mal engrasada. Sólo la bombilla continúa en su puesto. Pue-de que mi corazón sea sólo una bombilla, musita, como rezando. Ahora no tiene a su lado al monje para decirle que eso es otra tontería de las tuyas. Se incorpora, le da la vuelta a la última cuartilla y empuña otra vez el bolígrafo.

Si fuese realmente una bombilla, escribe, podría decirse que mi corazón sería a la vida lo que la bombilla a la luz. Es decir:

$$\frac{\text{Corazón}}{\text{Vida}} = \frac{\text{Bombilla}}{\text{Luz}}$$

de donde Corazón x Luz = Vida x Bombilla.

No puede por menos de sonreír. Tendría mucha gracia que, después de tanto romperse la cabeza, su corazón fuese sólo una simple bombilla de sesenta vatios. No se haga ilusiones, le dice el monje, desde el otro mundo. Si realmente fuese una bombilla tendría que salirle un poco de luz por los ojos. Julián se tapa la cabeza con la manta. Eso es fácil de comprobar, susurra. Abre los ojos de par en par y se queda mirando fijamente el trocito de manta que tiene delante de la nariz. Todo sigue a oscuras. No encuentra reflejados en ninguna parte los círculos de luz que deberían salirle ahora mismo por las pupilas. ¿Por qué?, se pregunta. Y a partir de ese punto sus deducciones se suceden velozmente. El hecho de que su mirada no ilumine (dicho de otra forma, su no luz interior) no es sino prueba evidente de su oscuridad interior. Su corazón, por lo tanto, no alumbra, o lo que es igual, su luz interior es igual a 0, así que si introduce ese nuevo factor en la proporción:

$$\frac{\text{Corazón}}{\text{Vida}} = \frac{\text{Bombilla}}{\text{Luz}}$$

tendría

$$\begin{array}{ccc} \text{Corazón} & & \text{Bombilla} \\ \hline \text{Vida} & = & 0 \end{array}$$

o, lo que es igual: Vida x Bombilla = Corazón x 0, de donde se llega, inexorablemente, a un inapelable $0 = 0$, ya que, según le enseñaron en el colegio, el producto de cualquier cantidad por cero es siempre cero. Otra vez, pues, la misma pregunta: ¿y si estuviese ya muerto? ¿Y si me hubiese muerto hace seis o siete años, mientras archivaba facturas en la oficina? ¿Y si todo lo que he estado pasando hasta ahora hubiese sido sólo una ilusión?

Los muelles del somier, sin embargo, chirrían, y eso significa que su cuerpo pesa y que, además, se mueve, cosa que no pueden hacer los muertos. Es pues evidente que su corazón, aunque no sea una bombilla –o fuese una bombilla fundida– continúa latiendo. Sigue, pues, vivo. Otra cosa es que esos latidos se limiten a expresar un simple acontecer biológico. Estoy vivo, estoy vivo, exclama, sacando por fin la cabeza de debajo de la manta. Y lo primero que piensa, en este momento trascendental, es en recuperar el pijama, que continúa sobre el tejadillo de plástico. Eso es ahora lo único que le importa. Sólo Dios sabe cuántas noches habrán dormido juntos, dulcemente abrazados, mientras fuera, en la calle, llovía a mares y las ratas se ahogaban en las cloacas. Necesito el pijama, se dice. Puede que, con el pijama, quiera recuperar también la cordura perdida. Salta de la cama y se asoma una vez más a la ventana. Por encima de la azotea las nubes recogen los últimos rayos del sol y se desmenuzan lentamente. Ninguna de esas nubes llegará viva a la noche. Antes de que cierre la noche todas esas nubes habrán muerto. Julián estudia el terreno y, para que los vecinos no le vean desnudo, se ha vuelto a echar la manta por encima de los hombros. Si quiere llegar hasta donde está el pijama ocho o nueve metros más abajo, no tendrá más remedio que

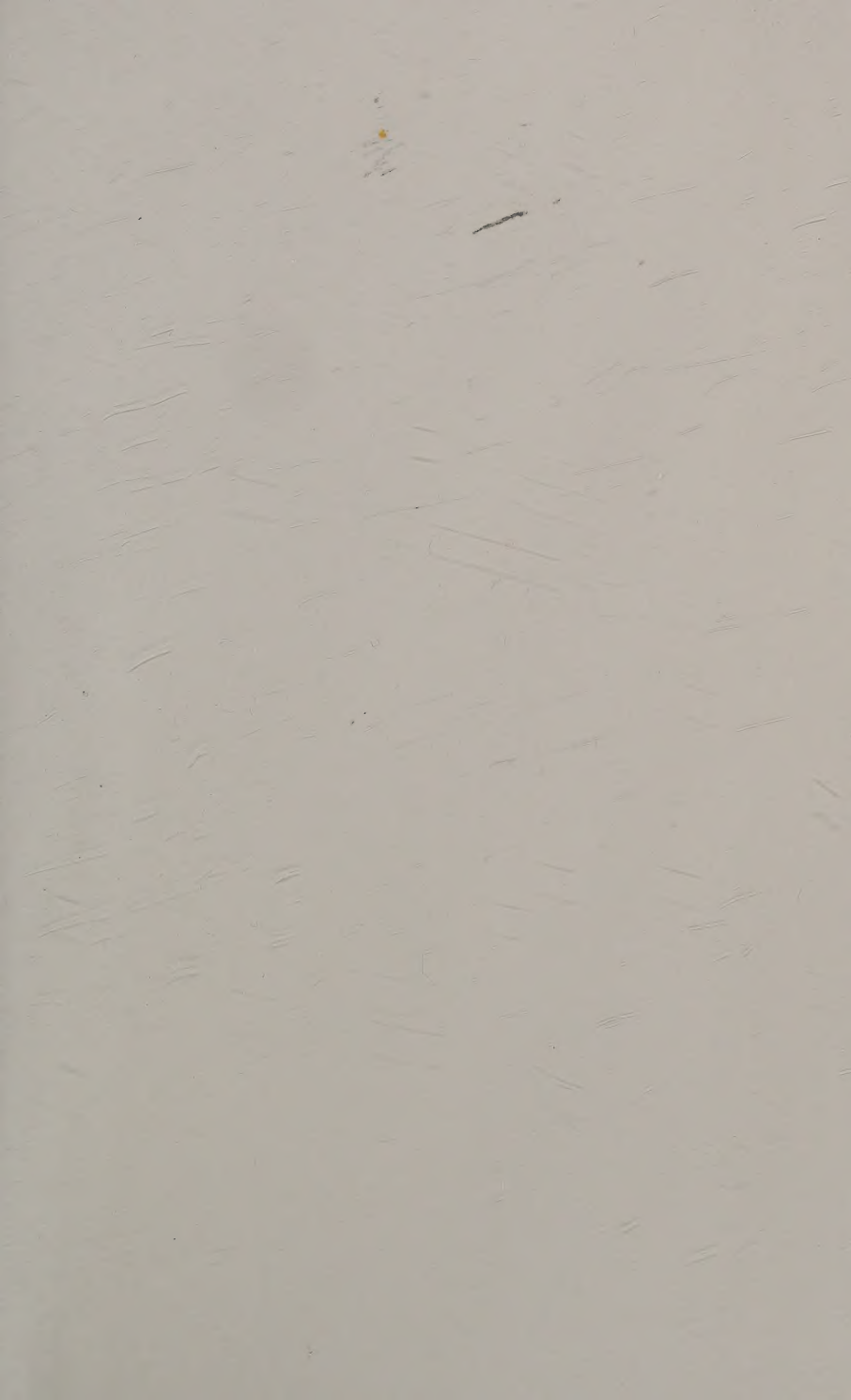
descolgarse por la cañería del desagüe que pasa muy cerca de su ventana. Necesitará de todos modos, encontrar un punto de apoyo para los pies. Soy el hombre mosca, susurra varias veces, tratando de convencerse a sí mismo. Le convendría esperar a que se hiciese de noche –de ese modo las probabilidades de que le descubriese algún vecino serían mucho menores– pero no puede esperar más. No puede dominar la impaciencia. Los botones de nácar de la chaqueta del pijama relucen en el fondo del patio como tres pequeñas lunas. Soy el hombre mosca, susurra Julián, por última vez. Y mientras él pierde el equilibrio y cae de cabeza hacia el tejadillo de plástico, su madre se despierta y piensa una vez más en la corbata de seda.

Esta edición de
El cazador
de Javier Tomeo
se acabó de imprimir
el 31 de mayo de 1993
en los talleres de la
Coop. de Artes Gráficas
LIBRERIA GENERAL
de Zaragoza.





3 9001 03301 3726



El día en que Julián —un apocado oficinista que vive en las faldas de mamá y en las frustraciones de papá, un torero fracasado— cumple 35 años toma una decisión drástica: no volverá a salir nunca más de su habitación. Allí, encerrado con un ejército de soldaditos de plomo, un monje de barro, un reloj que marca siempre la misma hora, una colección de toreros de juguete y un buen montón de cuartillas, podrá desarrollar en los parajes más alucinantes, desde un estrechísimo campo de batalla hasta una selva virgen lluviosa, sus múltiples habilidades: cazador de tigres, príncipe, ventrílocuo, hormiga, matador valeroso, ruiñeñor, analista de lenguajes cifrados, especialista en materias cosmológicas y botánicas...

Julián, único habitante de su mundo perfecto de humor desbordante y absurdo cotidiano, pertenece a la mejor estirpe de los personajes de ficción del siglo, la del Leopold Bloom, cautivo de Dublin, la de Gregorio Samsa, que se descubre una horrible mañana convertido en un insecto o la de los invitados de *El ángel exterminador*, porque comparte con ellos un destino que parece perfectamente delineado y una extraña sensación de que la comedia disparatada irá transformándose en tragedia.

El cazador es la llave de toda la narrativa de Javier Tomeo, una novela delirante que explora el corazón y los sueños de un genial empleado de oficina.



MIRA
editores

